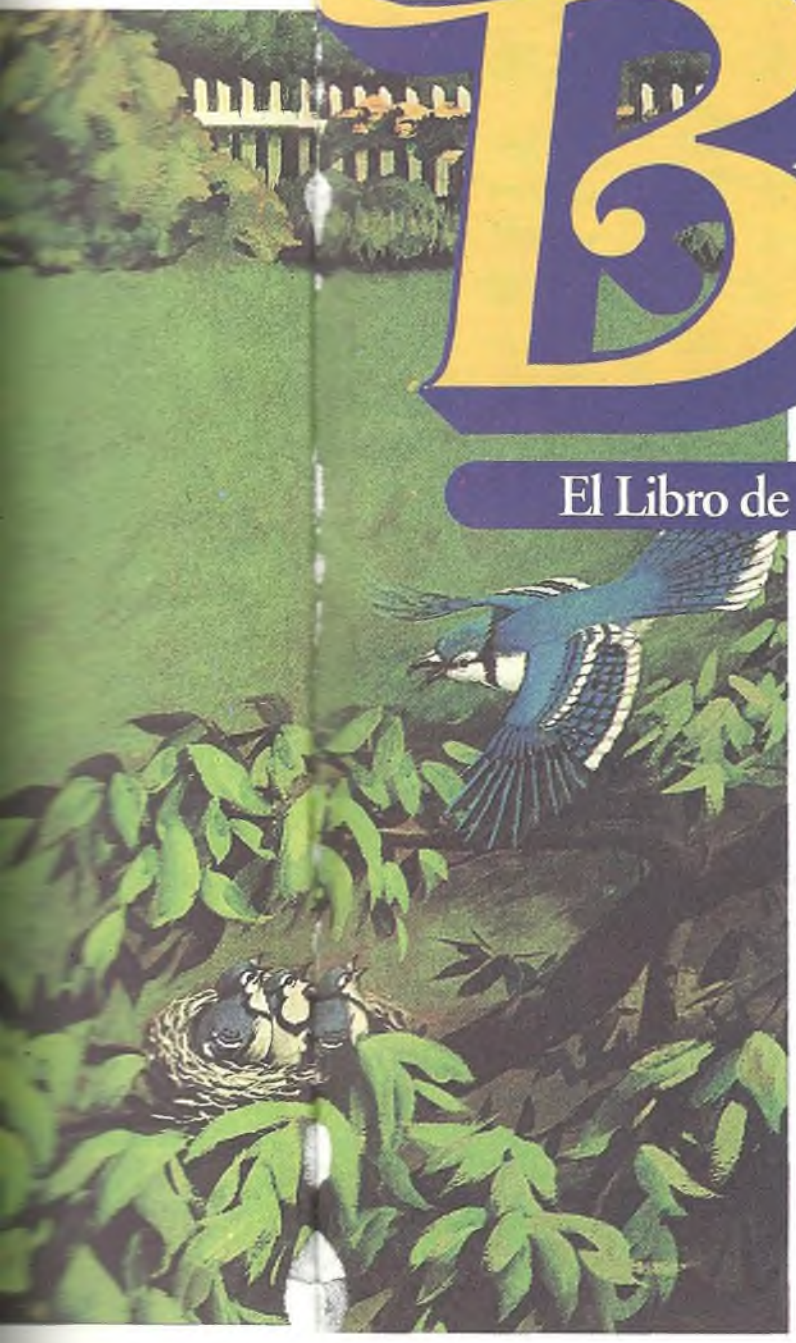
Las Bellas Historias de la Biblia

ARTHUR S. MAXWELL

Las Bellas Historias de la Biblia



El Libro de los Comienzos ✦ Tomo Uno

Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

Mission Publications

Translation copyright, 2009, by Mission Publications.
Illustrations copyright, 1994, by the Review and Herald Publishing Association.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de su contenido literario o pictórico debe ser reproducido sin permiso de los editores.

OFFSET IN KOREA

Qué divertido es soplar el pompón de semillas de diente de león y ver cómo salen volando las suaves y afelpadas partículas. Así es como el viento dispersa las semillas de los árboles y de las plantas por todos lados.

Una Palabra Del Autor

La Biblia es el libro de historias más fascinante que se haya escrito alguna vez. Está repleto de historias, desde el primer capítulo del Génesis hasta el último capítulo del Apocalipsis.

Estas historias se han narrado una y otra vez durante miles de años. No obstante, todavía son nuevas, frescas y fascinantes para cada generación. Es necesario que volvamos a relatarlas, para que los niños y las niñas del siglo XXI puedan ver su belleza y percibir su inspiración.

Una de las paradojas más extrañas de nuestra época es que, precisamente cuando la Biblia está disfrutando de su mayor circulación, puesto que se venden millones de ejemplares anualmente, al parecer, hay cada vez menos gente que la lee. Dado que se ha descuidado el culto familiar y la lectura de la Biblia en infinidad de hogares, y que los mismos padres casi nunca abren sus páginas, se está formando toda una generación con un conocimiento muy escaso o nulo de este Libro fascinante.

La mayoría de los niños modernos escucharon poco y nada acerca de los grandes personajes bíblicos de los tiempos antiguos tan conocidos para sus abuelos. Sus héroes no son Daniel, Pablo y Pedro, sino Batman y Superman. Nunca han oído hablar del amor de Jesús y, por lo tanto, se los ha privado del mayor tesoro que su mente pudiera poseer. No es de extrañar que haya tanta delincuencia y vandalismo juveniles y criminalidad.

A mi entender, no se podría hacer una contribución mayor al bienestar de la sociedad y a la paz mundial que la de persuadir a los niños a amar la Biblia: a disfrutar de sus historias, a apreciar sus enseñanzas, a adoptar sus elevadas normas y a descubrir a su Dios.

Al escribir Las bellas historias de la Biblia, he tratado no solamente de narrar los antiguos y preciosos relatos en un lenguaje que los niños y las niñas de la actualidad puedan comprender, sino también de revelar el hilo dorado que las une: el amor de Dios por los hijos de los hombres y su maravilloso plan para su redención.

Mi principal propósito ha sido presentar lo que podría llamarse una Biblia para niños, en la que se relaten todas las antiguas historias familiares en un lenguaje que las niñas y los niños modernos puedan comprender y disfrutar.

La narración de todas estas historias es original. Ningún párrafo o frase ha sido tomada de la obra de ningún otro autor. En este sentido, es una obra totalmente nueva, adaptada a las necesidades y los deseos de los niños de hoy.

Aunque me esforcé por usar solo palabras muy sencillas, para que pudieran ser comprendidas fácilmente por los niñitos que ya saben leer, estos tomos no están pensados como lecturas para infantes de edad preescolar. Se supone que los padres de estos pequeños les leerán las historias, explicándoles las palabras más largas cuando sea necesario.

Las bellas historias de la Biblia ofrece la cobertura más amplia de todos los libros de historias bíblicas del mercado. En sus páginas, descubrirás todas las historias adecuadas para relatarles a los niños, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. La narrativa de estas historias se atiene estrictamente al relato bíblico, sin adiciones de especulaciones fantasiosas.

Gustosamente confieso que, al dedicarme a este proyecto, obtuve una nueva visión del poder y la gloria del Libro de los libros. Una y otra vez, ya sea al volver a contar la historia de la creación y del diluvio, de la vida de los patriarcas y de los profetas, de la vida y el ministerio de Jesucristo, como la historia del testimonio y el martirio de los fundadores de la iglesia primitiva, experimenté la sensación de haber escuchado, resonando como un eco a través de los siglos, aquellas palabras de belleza inefable: "Porque tanto amó Dios al mundo".

Agradezco a los publicadores, que con excepcional visión e iniciativa han coordinado la ilustración de estos tomos con pinturas originales por parte de algunos de los artistas más refinados de nuestra época, bajo la dirección e inspiración de T. K. Martin, por tantos años director de arte de la Review and Herald Publishing Association.

Mi deseo y oración es que, como resultado de la publicación de Las bellas historias de la Biblia, miles de niños de todo el mundo se sientan persuadidos a descubrir la Biblia con renovada alegría e interés, y a aceptarla personalmente por lo que verdaderamente es: la Palabra del Dios viviente.

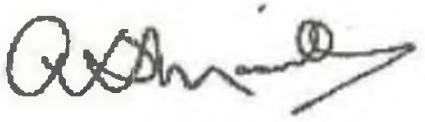
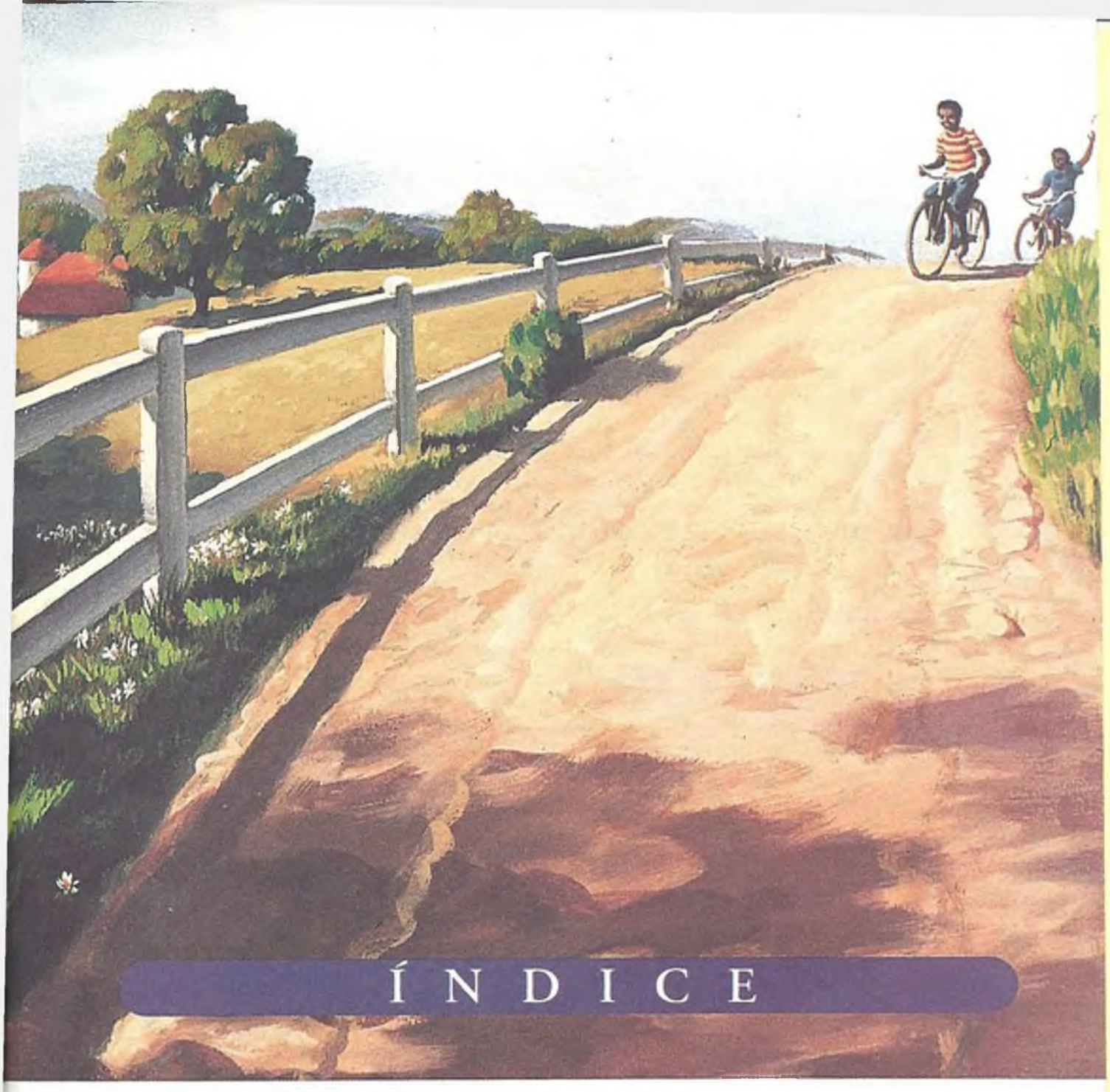


ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Aunque Adán y Eva fueron expulsados del Edén, fueron bendecidos con hijos y recibieron un hermoso hogar en el que se reían, cantaban y adoraban al Creador.

Dedicado a los niños y las niñas de todos los países, y a todos los que aman la Biblia.



ÍNDICE

Primera Parte: Historias de la Creación

Génesis 1:1 a 2:7

1. Vayamos al comienzo 15
2. Cómo comenzó todo 19
3. Grandes preparativos 23
4. El nacimiento de un mundo 27
5. Los primeros rayos del sol 31
6. Un canto que surge del silencio 34
7. Aparecen los animales 37
8. Dios hace al hombre 41
9. La primera comida de Adán 45
10. La criatura más hermosa de la creación 49

Segunda Parte: Historias del Edén y la Caída

Génesis 2:8 a 5:27

1. El hogar-jardín del hombre 55
2. Un día para recordar 59
3. El primer error 63
4. La prueba de amor 67
5. El precio del pecado 71
6. Un destello de esperanza 75
7. El primer bebé 81
8. La primera pelea 85
9. El hombre marcado 89
10. El último cumpleaños de Adán 93
11. El hombre que entró en el cielo 97

Tercera Parte: Historias de Noé y el Diluvio

Génesis 6:1 a 11:9

1. Días tristes y malos 103
2. El constructor naval de Dios 107
3. La marcha de los animales 111
4. Se abren las compuertas del cielo 115
5. La travesía más extraña de la historia 118
6. Volver a empezar 122
7. El primer rascacielos 126

Cuarta Parte: Historias de Abraham, Isaac y Lot

Génesis 12:1 a 24:67

1. Dios encuentra a un niño 135
2. Caravana hacia Canaán 140
3. Las huellas de un buen hombre 144
4. Escojamos lo mejor 151
5. Ni siquiera un hilo ni la correa de una sandalia 154
6. Tantos hijos como estrellas 158
7. Sara se ríe demasiado pronto 161
8. Desciende fuego del cielo 164
9. La mayor prueba de amor 170
10. Buscando una esposa para Isaac 179
11. La niña de corazón bondadoso 184
12. El muchacho amigable 189

PRIMERA PARTE

Historias de la

Creación

(Génesis 1:1 a 2:7)

Vayamos al comienzo

(Génesis 1:1)

¿TE preguntaste alguna vez cómo comenzó todo en el mundo? Supongo que sí. La mayoría de los niños y las niñas lo hace en algún momento.

Esas hermosas flores de tu jardín, por ejemplo –las alverjillas, los claveles, los jacintos, las rosas, los pensamientos–, ¿de dónde vinieron?

–De las semillas –dices.

Es verdad, pero, ¿de dónde vinieron las semillas?

De otras flores, por supuesto, y esas flores a su vez de otras semillas, y así podríamos seguir remontándonos, pero ¿hasta dónde?

Ese es tu perro. ¿De dónde vino?

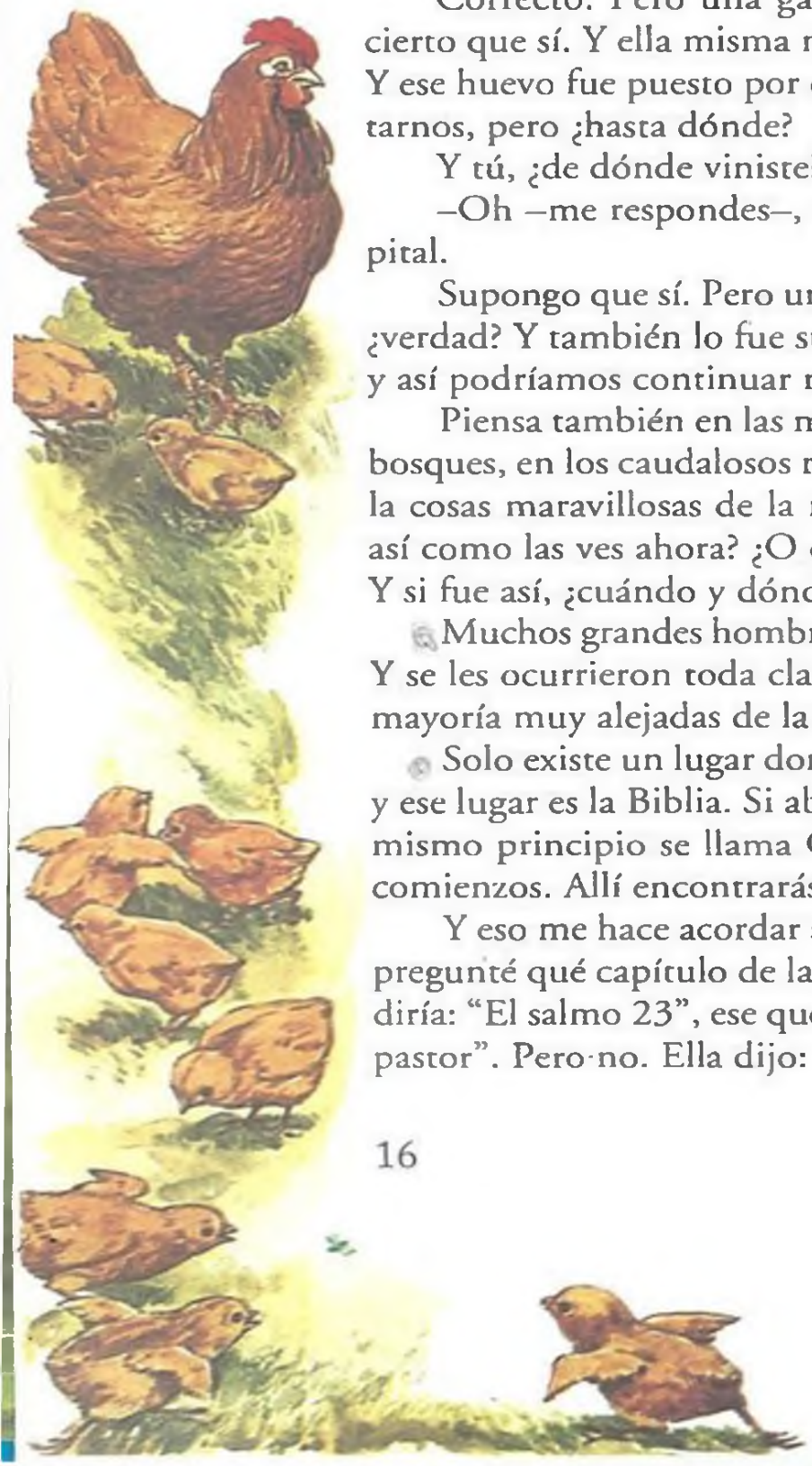
–Lo conseguimos de cachorrito –me dices–. Y es de raza muy fina.

¡Ah! Eso significa que conoces el nombre de su padre y quizá el de su abuelo. Pero, ¿qué me puedes decir de antes de eso?

De una cosa puedes estar bien seguro. El abuelo de tu perro también fue cachorro alguna vez y tuvo un padre y un abuelo, y así podríamos remontarnos, pero ¿hasta dónde?

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Este es un mundo maravilloso, lleno de cosas interesantes. Cuánto debiera gustarnos saber cómo comenzaron las cosas: los hermosos árboles y las flores, los arroyos serpenteantes y los pájaros felices.



Después está ese gallo en el patio del vecino, que siempre canta, ¿de dónde vino?

–De un huevo –dices tú.

Correcto. Pero una gallina puso ese huevo, ¿verdad? Por cierto que sí. Y ella misma nació de otro huevo no hace mucho. Y ese huevo fue puesto por otra gallina, y así podríamos remontarnos, pero ¿hasta dónde?

Y tú, ¿de dónde viniste?

–Oh –me respondes–, mamá me trajo a casa desde el hospital.

Supongo que sí. Pero una vez tu mamá también fue un bebé, ¿verdad? Y también lo fue su madre, y su abuela, y su bisabuela, y así podríamos continuar remontándonos, pero ¿hasta dónde?

Piensa también en las montañas y en las colinas cubiertas de bosques, en los caudalosos ríos y en la arena de la playa; en todas la cosas maravillosas de la naturaleza. ¿Siempre estuvieron allí, así como las ves ahora? ¿O ellas también tuvieron un principio? Y si fue así, ¿cuándo y dónde ocurrió?

Muchos grandes hombres han tratado de explicar estas cosas. Y se les ocurrieron toda clase de ideas y sugerencias extrañas, la mayoría muy alejadas de la verdad.

Solo existe un lugar donde encontrarás la verdadera historia, y ese lugar es la Biblia. Si abres ese Libro fascinante, verás que el mismo principio se llama Génesis, que significa el libro de los comienzos. Allí encontrarás la respuesta a todas tus preguntas.

Y eso me hace acordar a una niñita que conozco. Una vez le pregunté qué capítulo de la Biblia le gustaba más. Pensé que me diría: "El salmo 23", ese que comienza diciendo: "El Señor es mi pastor". Pero no. Ella dijo:

–El primer capítulo de San Mateo.

–Supongo que te gusta ese capítulo porque cuenta cómo nació Jesús –le dije.

–¡Ah, no! –respondió ella–, es mi capítulo preferido, porque habla de los "engendró".*

–¿De qué? –le pregunté.

–De los "engendró" –dijo ella.

Así que abrí mi Biblia y busqué San Mateo 1. ¡Y allí estaba! "Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá", y así sucesivamente.

Le pregunté si ella sabía lo que significaba eso, y me dijo:

–No, pero me gustan mucho los "engendró".

Así que le expliqué que eso significaba que Abraham tuvo un niñito y que Isaac tuvo un niñito y que Jacob tuvo un niñito, y así sucesivamente, pero creo que a ella le gustaban más los "engendró".

Entonces le conté que, dicho de otro modo, se leería: "Y Jacob tuvo un padre, e Isaac tuvo un padre, y Abraham tuvo un padre", y así sucesivamente.

Eso le gustó más, pero se preguntaba cuán lejos se remontaba la historia. Le dije lo que San Lucas cuenta al respecto.

En el capítulo tres, versículo 34, Lucas retoma la historia desde Abraham y la remonta cada vez más atrás. Nos dice que Abraham era "hijo de Taré, hijo de Nacor, hijo de Serug", y así sucesivamente. ¡Qué nombres tan extraños! Pero eran nombres de niños reales hace mucho, mucho tiempo.

Después de contarnos los nombres del bisabuelo y del tatarabuelo de Abraham, y así sucesivamente, San Lucas dice que

* Dado que el texto bíblico de la Nueva Versión Internacional, que es la que mayormente empleamos, no utiliza la palabra "engendró", se ha decidido usar, solo en este caso, la versión Nácar-Colunga.

Enós era hijo de Set, que era "hijo de Adán", que era "hijo de Dios". ¡Cuán notablemente maravilloso!

Allí termina la historia. Y termina allí porque no puede remontarse más. Definidamente, llega hasta Dios y se detiene.

Y hasta allí te remontas tú. Y tu papá. Y tu mamá. Y los papás y las mamás de todos. Los abuelitos y las abuelitas de todos. Los bisabuelos y las bisabuelas de todos. Todos ellos se remontan a través de los años, a través de los siglos, hasta Dios.

No se remontan hasta un mono, ni hasta un diminuto renacuajo en el mar, sino hasta el extraordinario y glorioso Dios que creó el mundo y al hombre. Y eso es exactamente lo que leemos en las primeras palabras del primer capítulo de la Biblia: "En el principio creó Dios".

Cómo comenzó todo

(Génesis 1:2-6)

HACE muchos años, leí un cuento acerca de un muchacho que levantó un objeto pequeño y extraño de la calle. Tenía forma de herradura y un nombre misterioso escrito en ella. El muchacho trató de pronunciar el nombre, pero no pudo. Probó una y otra vez. Entonces un día, cuando dijo la palabra de una manera diferente, el objeto comenzó a crecerle en la mano. Se fue haciendo cada vez más grande, hasta que finalmente la herradura se hizo tan grande como una puerta. Él pasó a través de ella y se encontró en un país extraño y lejano del otro lado del mar.

Diariamente, usando su herradura, visitaba toda clase de lugares extraños. Entonces, pensó que le gustaría ver cómo vivía la gente de hace mucho tiempo. Así que, al susurrarle la palabra mágica a la herradura, mencionó que le gustaría visitar Roma en la época de los césares, y ¡listo, allí estaba!

Por supuesto que esto era solo un cuento inventado, pero nos da una idea. ¿Te gustaría ir a ver cómo era el mundo allá en el mismo comienzo de los tiempos? ¿Lo harías? De acuerdo. Imaginemos que hay un pasaje abovedado por el que podemos pasar y viajar hacia atrás a través de los años.

Sujétate ahora. Cuidado. En este momento lo estamos atravesando. Todo lo que nos rodea se esfuma. Las sillas, la mesa, la alfombra, el equipo de música, todo va desapareciendo. Los rostros se desvanecen. Las luces se apagan. Todo se vuelve cada vez más oscuro.

Rápidamente, retrocedemos a través de los años. Es como viajar en un cohete. Pasamos como un rayo por sobre cientos y miles de años en un momento. Pasamos el tiempo cuando Jesús vivió en la tierra. Pasamos el tiempo de David. Pasamos el tiempo de Abraham. Pasamos el tiempo de Noé. Pasamos el

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

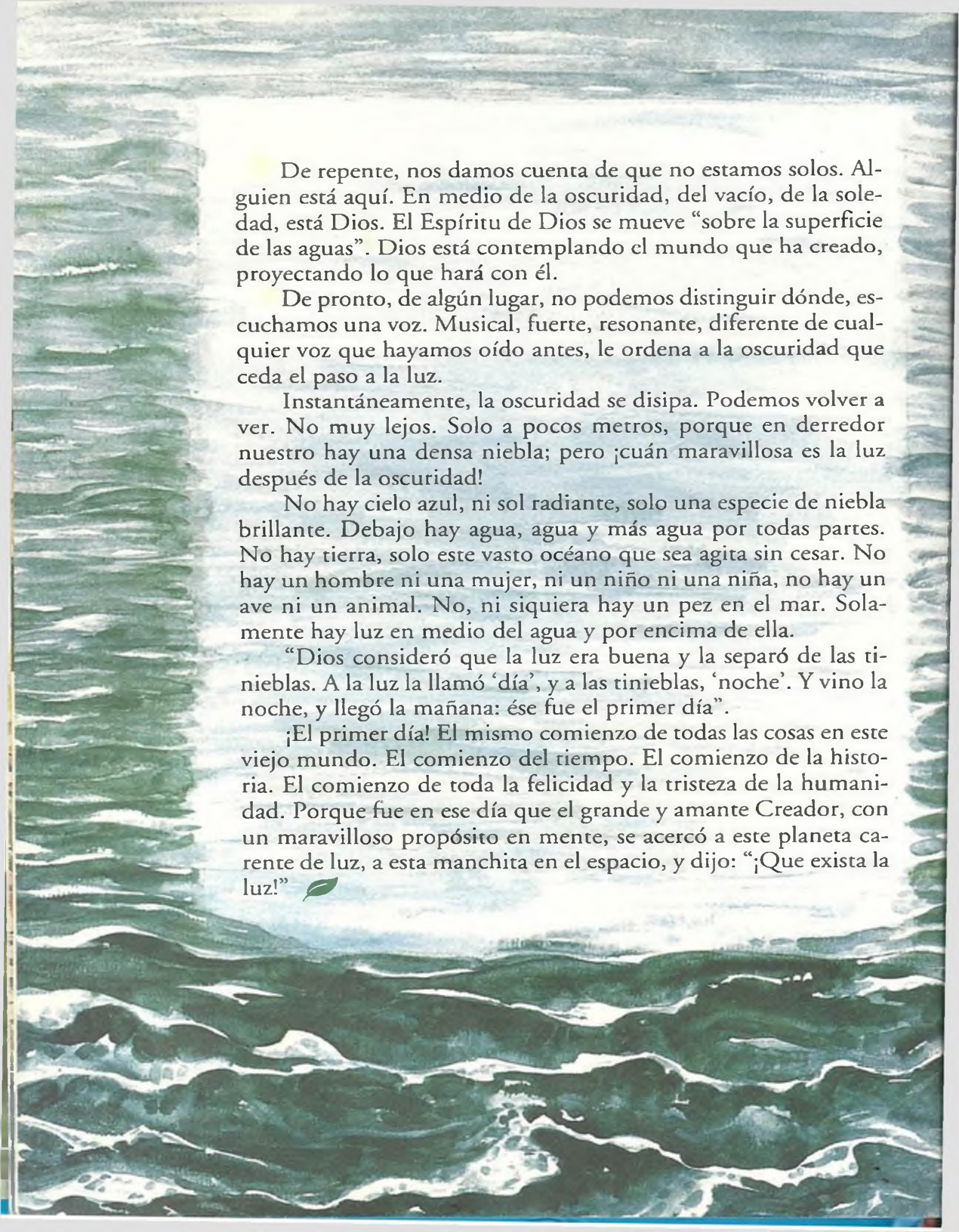
tiempo de Adán.

¡Pero qué oscuro está todo! No podemos ver nada. Todo a nuestro alrededor está extremadamente negro. Ni un rayito de luz por ningún lado. Ni la más diminuta vela. Ni la estrella más remota. Solo oscuridad y noche.

Pero podemos escuchar algo. Es el sonido susurrante y burbujeante del agua, así como lo hemos escuchado más de una vez en la playa o cuando damos un paseo en bote por un lago.

Agua. Y oscuridad.

Como dice la Biblia: "Las tinieblas cubrían el abismo".



De repente, nos damos cuenta de que no estamos solos. Alguien está aquí. En medio de la oscuridad, del vacío, de la soledad, está Dios. El Espíritu de Dios se mueve "sobre la superficie de las aguas". Dios está contemplando el mundo que ha creado, proyectando lo que hará con él.

De pronto, de algún lugar, no podemos distinguir dónde, escuchamos una voz. Musical, fuerte, resonante, diferente de cualquier voz que hayamos oído antes, le ordena a la oscuridad que ceda el paso a la luz.

Instantáneamente, la oscuridad se disipa. Podemos volver a ver. No muy lejos. Solo a pocos metros, porque en derredor nuestro hay una densa niebla; pero ¡cuán maravillosa es la luz después de la oscuridad!

No hay cielo azul, ni sol radiante, solo una especie de niebla brillante. Debajo hay agua, agua y más agua por todas partes. No hay tierra, solo este vasto océano que sea agita sin cesar. No hay un hombre ni una mujer, ni un niño ni una niña, no hay un ave ni un animal. No, ni siquiera hay un pez en el mar. Solamente hay luz en medio del agua y por encima de ella.

"Dios consideró que la luz era buena y la separó de las tinieblas. A la luz la llamó 'día', y a las tinieblas, 'noche'. Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el primer día".

¡El primer día! El mismo comienzo de todas las cosas en este viejo mundo. El comienzo del tiempo. El comienzo de la historia. El comienzo de toda la felicidad y la tristeza de la humanidad. Porque fue en ese día que el grande y amante Creador, con un maravilloso propósito en mente, se acercó a este planeta carente de luz, a esta manchita en el espacio, y dijo: "¡Que exista la luz!"

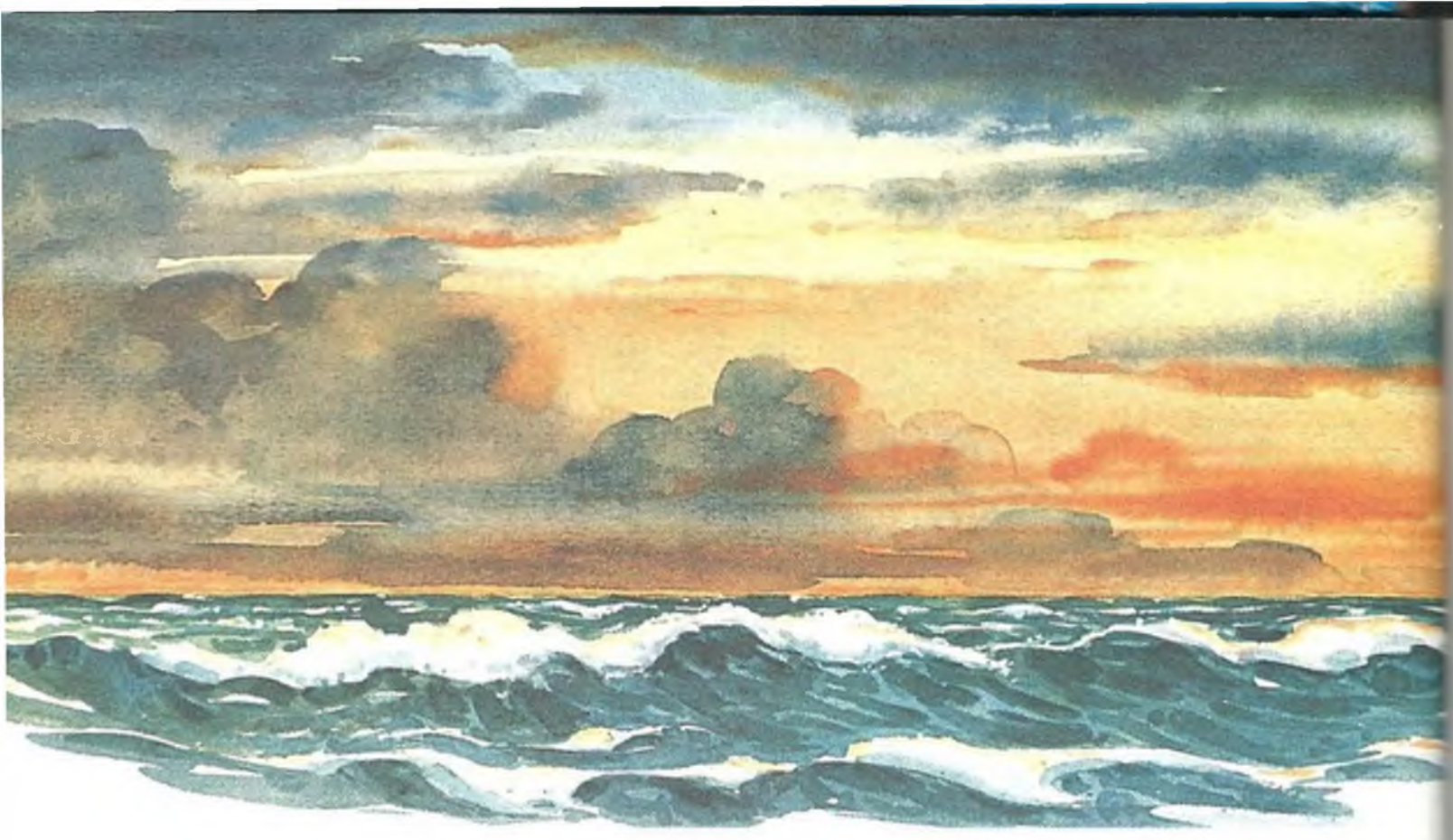
Grandes preparativos

(Génesis 1:6-10)

CUANDO la luz del primer día de la tierra se funde en la noche, comienza a suceder algo extraño y fascinante. Sosegada y enigmáticamente, la pesada niebla cargada de humedad que se ha pegado al océano comienza a subir. Durante toda la noche y a la mañana siguiente sube, sube, sube, hasta que se transforma en un hermoso techo de algodón por encima del mundo. Entre esta cubierta y el agua de abajo corre un aire transparente y fresco que forma la "atmósfera" o el "firmamento", como lo llama la Biblia.

"Y dijo Dios: '¡Que exista el firmamento en medio de las aguas, y que las separe!' Y así sucedió: Dios hizo el firmamento y separó las aguas que están abajo, de las aguas que están arriba. Al firmamento Dios lo llamó 'cielo'. Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el segundo día".

Quizá te estés preguntando por qué Dios se tomó todo un día en la semana de la creación para hacer algo invisible como la atmósfera, cuando dedicó un día a hacer todos los peces del mar y otro para hacer todos los animales. Pero las cosas no son de



poca importancia solo porque no puedan verse. Lo cierto es que lo que Dios creó el segundo día era de gran importancia. Todo el resto dependía de ello.

Piensa un poco. Él tenía planes de hacer un mundo hermoso para llenarlo de criaturas vivientes, y todas necesitarían aire para respirar.

Además tenía planes de hacer aves, y estas necesitarían aire para volar. Sin él, serían incapaces de volar.

Estaba a punto de hacer árboles, plantas y flores también, y sabía que necesitarían nitrógeno para ayudarlos a crecer. De modo que lo mezcló con oxígeno e hizo el aire. Exactamente la cantidad apropiada de cada uno. Ni poco ni demasiado. Si hubiese incorporado una cantidad insuficiente de oxígeno, las criaturas se habrían asfixiado. Si hubiera agregado más de la cuenta, el mundo se habría incendiado.

Dios todavía tenía otro motivo para crear primero el aire.

Era dividir las aguas de "arriba", es decir las nubes, de las aguas de "abajo", o del océano. El aire tenía que ser una barrera entre ellas. Sin él, las gotas de lluvia de una nube a un kilómetro de altura habrían dado contra la tierra como balas de ametralladora, y un chaparrón fuerte casi habría destruido todo.

¡Qué sabio fue Dios al hacer primero la atmósfera, justo después de haber creado la luz y antes de hacer cualquier otra cosa! De lo contrario, hubiese sido una terrible error. Todo su hermoso plan se podría haber echado a perder. Pero Dios no comete errores; y al meditar en la manera en que hizo el mundo, nos dan ganas de decir, junto con San Pablo: "¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!"*

Y ahora el segundo día de la tierra está terminando. La hermosa nube blanca cambia de color. Atravesada por rayos dorados, anaranjados, rojos y púrpuras, desaparece en la oscuridad a medida que cae la tarde.

Han pasado dos días, dos de seis. Y todo lo que puede verse es el océano, el inmenso y vasto océano. No hay tierra ni seres vivos, nada más que agua. Al Norte, al Sur, al Este y al Oeste solo agua, agua y agua, mientras las agitadas olas dan vueltas, vueltas y más vueltas sin rumbo.

En la oscuridad de la tercera noche, pareciera que Dios no ha hecho nada más que levantar la niebla cargada de humedad del océano. Pero él sabe bien lo que hace. No es impaciente. No está apurado. Sabe que ahora está todo listo para el próximo gran paso de la creación.

¡Escucha! Está hablando otra vez: "¡Que las aguas debajo del

cielo se reúnan en un solo lugar, y que aparezca lo seco!"

De repente, el gran océano comienza a bullir y a enfurecerse. Hay un temblor imponente y, de un sacudón, se elevan las primeras motas de tierra desde las profundidades. Rápidamente, los continentes y las islas toman forma. Las montañas y las colinas ascienden, a medida que el agua se escurre de sus laderas en espumosas cataratas.

¡Qué noche aquella! ¡Qué día aquel!

Al amanecer del tercer día, la luz brilla a través de la radiante nube una vez más, pero ya no revela solo el océano, sino grandes superficies de tierra seca. Es una tierra hermosa, con lagos, ríos y saltos de agua y, más allá de todo, el mar.

¡Cuán maravilloso! Ayer solo océano. Hoy un mundo hermoso. Ahora sabemos con certeza que Dios tiene un gran plan en mente. Está construyendo algo, construyendo un hogar para alguien que ama.

* Romanos 11:33.

El nacimiento de un mundo

(Génesis 1:9-13)

TODAVÍA es temprano el tercer día de la semana de la creación. Ha habido un gran terremoto. La tierra se ha levantado misteriosamente del océano. Han aparecido islas de todas formas y tamaños. Se ven montañas majestuosas, colinas onduladas y preciosas playas donde antes solo había mar.

No obstante, hay un detalle. La tierra se ve oscura y árida, salvo por los parches brillantes y centelleantes, por aquí y por allá, donde se encuentran metales preciosos sobre la superficie. No hay ni un árbol, arbusto ni brizna de hierba. Sin duda, Dios se propone hacer que alguien viva en un lugar como este, ¿verdad?

Espera un minuto. Es demasiado pronto para juzgar.

¡Escucha! Dios está hablando una vez más. La misma voz maravillosa que dijo: "¡Que exista la luz!", ahora ordena: "¡Que haya vegetación sobre la tierra; que ésta produzca hierbas que den semilla, y árboles que den su fruto con semilla, todos según su especie!"

Mira ahora. ¡Qué transformación! ¡Observa esas colinas! Ya

dejaron de ser áridas. Se han vuelto de color verde intenso. De un lado al otro están cubiertas de hierba, arbustos y árboles. ¡Mira esas montañas! Fíjate en esos espléndidos pinos, cedros y secoyas que se elevan majestuosamente hasta la cima de los picos más altos.

Y los campos. ¡Qué belleza! ¡Contempla todas las flores! Cantidades de ellas, de todo tipo y color. Parecen una alfombra viviente desplegada sobre todo el paisaje. Botones de oro y margaritas, amapolas y caléndulas, campanillas y narcisos, malvones y boca de dragón, geranios y espuelas de caballero, orquídeas y begonias, rosas y lilas. ¿Cómo pudo pensar Dios en tanta diversidad de flores? ¡Y cuán maravillosamente las hizo a todas, cada una con su diseño propio y delicado, con su color y su fragancia singulares!

"Comenzó a brotar la vegetación: hierbas que dan semilla, y árboles que dan su fruto con semilla, todos según su especie. Y Dios consideró que esto era bueno".

Debe haber sido muy, pero muy bueno, ya que Dios fue el diseñador y creador de todo, y él también quedó complacido con esto. La Biblia dice que todas las cosas fueron creadas por su "voluntad", y me gusta pensar que él disfrutó al hacer todas esas plantas, flores y árboles, cada uno diferente del resto, con capacidad de reproducirse luego, cada uno "según su especie", a tra-

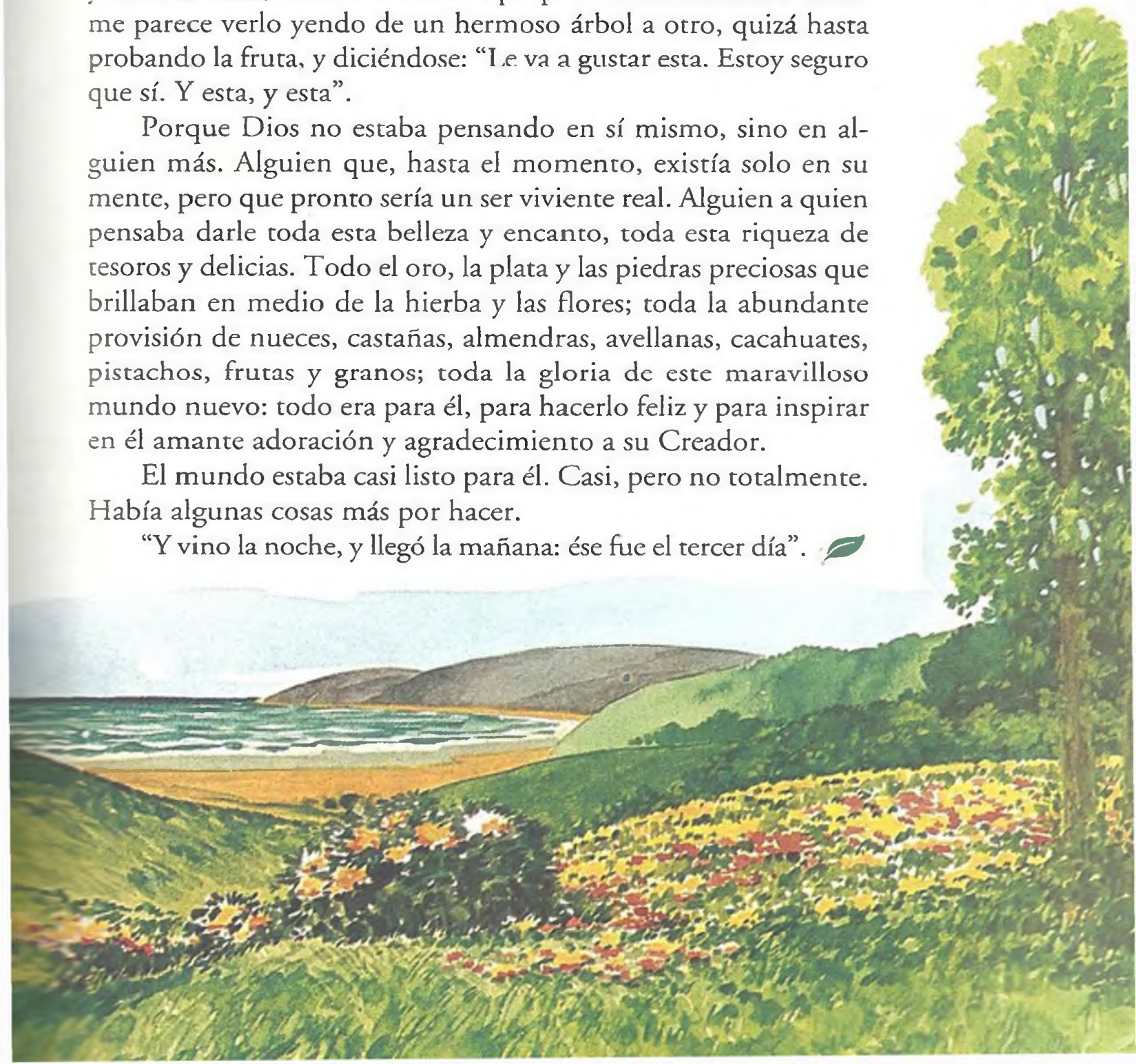
vés de todas las edades venideras.

Dios parece haber estado especialmente interesado en los árboles "que dan su fruto" o, como diríamos nosotros, los árboles frutales. ¡Con cuánto cuidado hizo los manzanos, los ciruelos, los perales, los naranjos, los limoneros, los paltos, los aguacates y todo el resto, cada uno con sus propias frutas selectas! Y hasta me parece verlo yendo de un hermoso árbol a otro, quizá hasta probando la fruta, y diciéndose: "Le va a gustar esta. Estoy seguro que sí. Y esta, y esta".

Porque Dios no estaba pensando en sí mismo, sino en alguien más. Alguien que, hasta el momento, existía solo en su mente, pero que pronto sería un ser viviente real. Alguien a quien pensaba darle toda esta belleza y encanto, toda esta riqueza de tesoros y delicias. Todo el oro, la plata y las piedras preciosas que brillaban en medio de la hierba y las flores; toda la abundante provisión de nueces, castañas, almendras, avellanas, cacahuates, pistachos, frutas y granos; toda la gloria de este maravilloso mundo nuevo: todo era para él, para hacerlo feliz y para inspirar en él amante adoración y agradecimiento a su Creador.

El mundo estaba casi listo para él. Casi, pero no totalmente. Había algunas cosas más por hacer.

"Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el tercer día".



Los primeros rayos del sol

(Génesis 1:14-19)

EN tres cortos días, el globo oscuro y cubierto de agua se ha convertido en un Paraíso de belleza. Impulsada desde las profundidades del océano por una fuerza poderosa e invisible, apareció la tierra. De manera igualmente maravillosa y repentina, los nuevos continentes e islas se han cubierto de hierba y flores, arbustos y árboles de toda forma, tamaño y color.

Ahora, llegó el cuarto día. La tarde y la noche pasaron. Al romper el alba, desde la nube brillante sobre el "firmamento" o atmósfera, una luz suave hace que la obra que Dios realizó ayer parezca más hermosa que nunca.

¡Pero mira! Algo está ocurriendo. Allí arriba. En la nube. ¡Se está dividiendo! ¡Mira! Más allá hay una luz brillante, una bola de fuego. ¿Qué podrá ser? ¡Es el sol! Ya sus primeros rayos cálidos están bañando el encantador paisaje, haciéndolo cada vez más semejante a un magnífico país de las hadas. Las flores giran con avidez hacia la esfera luminosa, mientras que los helechos elevan sus frondas y los árboles sus ramas en gozosa bienvenida.

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Dios creó este mundo maravilloso, con los campos cubiertos de hierba verde, los tranquilos lagos, los airosos árboles, las hermosas flores y todas las bellezas que deleitan la vista.

Por primera vez, toda la belleza del mundo recién creado se despliega ante la vista de los habitantes celestiales. Es como si Dios hubiese descorrido una cortina para que pudieran ver lo que había hecho, y para que disfrutaran de su obra con él. Y, desde lejos, llega el sonido de una música maravillosa, mientras cantan "a coro las estrellas matutinas" y "todos los ángeles" gritan de alegría.

Alrededor del sol hay un círculo azul, que se va agrandando a medida que la nube se disuelve. Es el cielo, el encantador cielo azul que, al reflejarse en los lagos y los mares de abajo, los tiñe con su color.

Allá arriba está la luna, pálida y sin brillo todavía, esperando el anochecer y la puesta de sol para ocupar su lugar como la luz del mundo.

"Y dijo Dios: '¡Que haya luces en el firmamento que separen el día de la noche; que sirvan como señales de las estaciones, de los días y de los años, y que brillen en el firmamento para iluminar la tierra!' Y sucedió así. Dios hizo los dos grandes astros: el astro mayor para gobernar el día, y el menor para gobernar la

noche. También hizo las estrellas.

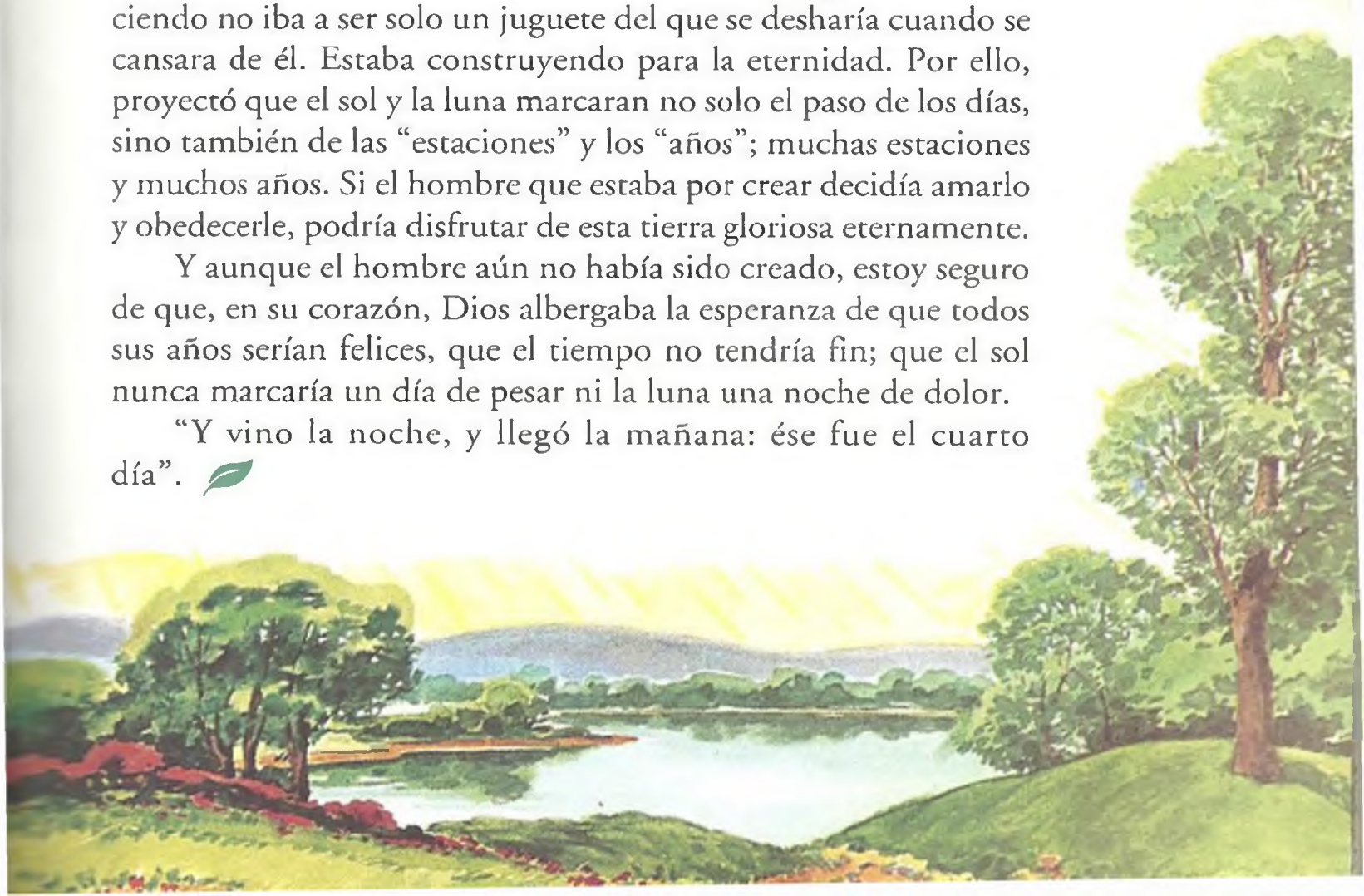
"Dios colocó en el firmamento los astros para alumbrar la tierra. Los hizo para gobernar el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y Dios consideró que esto era bueno".

Y era bueno, muy bueno y muy necesario; porque sin la luz y el calor del sol, muchas plantas y árboles que Dios había hecho no podrían haber durado mucho. Él sabía esto y, en su sabiduría, hizo provisión para cuidarlas a todas. Sabía también que a los animales que estaba a punto de crear les encantaría el sol y que nunca podrían conservarse saludables y fuertes sin él. Al hombre también le encantaría, y lo necesitaría en la misma medida; y sobre todo, pensando en él, esos primeros rayos de sol brillaron sobre la tierra.

En todo esto Dios no solo pensaba en el hoy y el mañana, sino en los muchos días venideros. El mundo que estaba haciendo no iba a ser solo un juguete del que se desharía cuando se cansara de él. Estaba construyendo para la eternidad. Por ello, proyectó que el sol y la luna marcaran no solo el paso de los días, sino también de las "estaciones" y los "años"; muchas estaciones y muchos años. Si el hombre que estaba por crear decidía amarlo y obedecerle, podría disfrutar de esta tierra gloriosa eternamente.

Y aunque el hombre aún no había sido creado, estoy seguro de que, en su corazón, Dios albergaba la esperanza de que todos sus años serían felices, que el tiempo no tendría fin; que el sol nunca marcaría un día de pesar ni la luna una noche de dolor.

"Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el cuarto día".



Un canto que surge del silencio

(Génesis 1:20-23)

INDESCRIPTIBLE era el mundo que Dios había hecho pero, con toda su belleza, era un mundo silencioso y vacío.

Al amanecer del quinto día no se escuchaba ningún sonido por ninguna parte, salvo el suspiro del viento entre los árboles y el suave rompimiento de las olas en las playas. No había leones que rugieran, ni elefantes que barritaran en los claros del bosque, ni siquiera una ranita que croara en las charcas cubiertas de helechos. No había perros que ladraran, ni coyotes que aullaran ni cuervos que graznaran. Tampoco había ningún sonido de voces humanas. Ni un grito de alegría, ni una risa de una niñita. ¡Qué silencioso debe haber sido!

Pero Dios no quería un mundo vacío ni silencioso. Lo estaba haciendo para que fuese habitado. Todos sus grandes preparativos, del primer día, del segundo día, del tercer día, del cuarto día, fueron para disponer un hogar para una multitud de criaturas vivientes.

De modo que ahora, mientras el sol con sus rayos cálidos y brillantes baña el encantador paisaje cubierto de flores y más allá el mar azul, Dios entra en acción nuevamente.

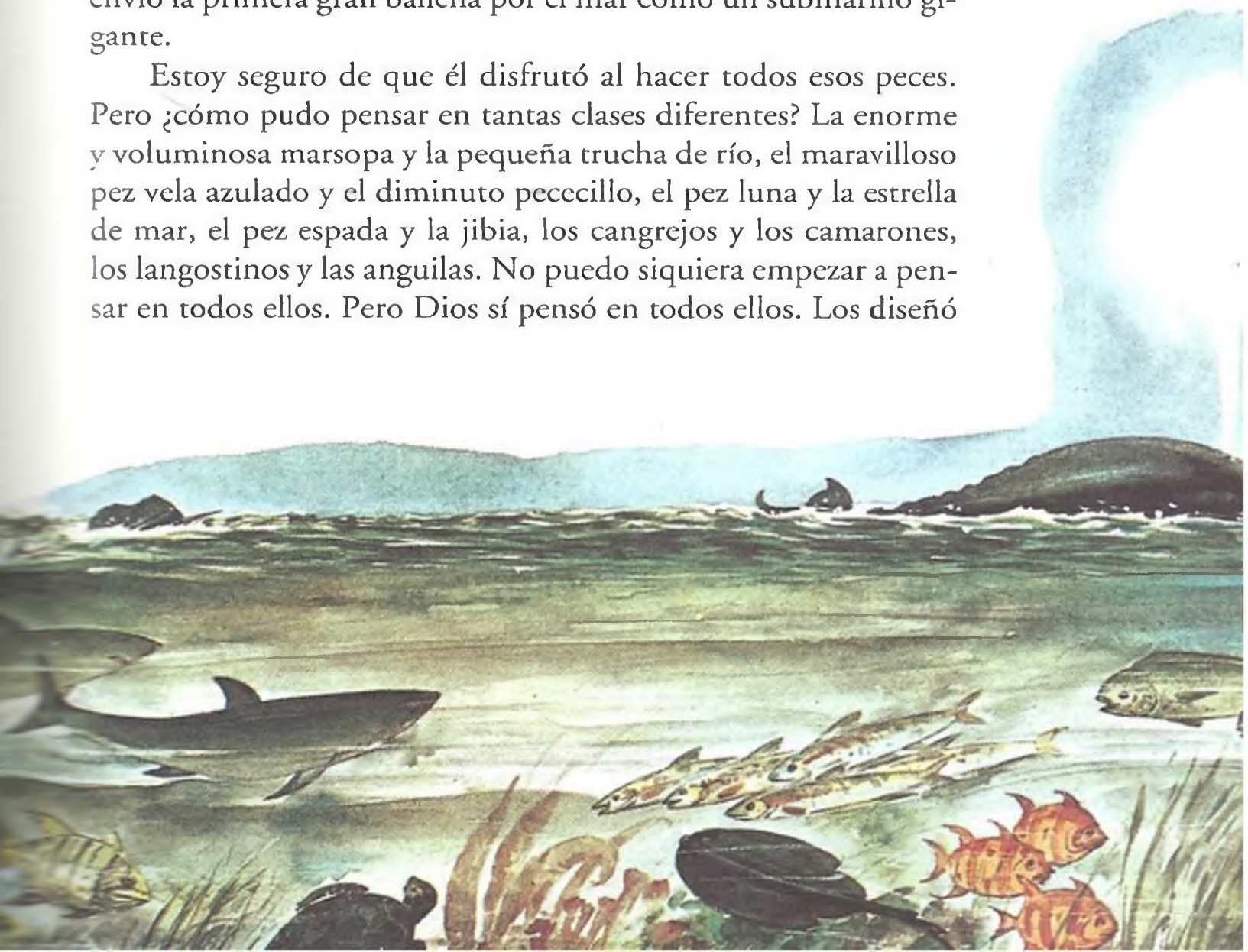
Un Canto Que Surge Del Silencio

"Y dijo Dios: '¡Que rebosen de seres vivientes las aguas, y que vuelen las aves sobre la tierra a lo largo del firmamento!'

"Y creó Dios los grandes animales marinos, y todos los seres vivientes que se mueven y pululan en las aguas y todas las aves, según su especie. Y Dios consideró que esto era bueno, y los bendijo con estas palabras: 'Sean fructíferos y multiplíquense; llenen las aguas de los mares. ¡Que las aves se multipliquen sobre la tierra!'".

¡Qué día aquel! ¡Qué maravilloso día! ¿No hubieses deseado estar allí realmente? Yo sí. Me hubiese encantado ver cómo hizo Dios los pececitos de colores, el primer salmón plateado y cómo envió la primera gran ballena por el mar como un submarino gigante.

Estoy seguro de que él disfrutó al hacer todos esos peces. Pero ¿cómo pudo pensar en tantas clases diferentes? La enorme y voluminosa marsopa y la pequeña trucha de río, el maravilloso pez vela azulado y el diminuto pececillo, el pez luna y la estrella de mar, el pez espada y la jibia, los cangrejos y los camarones, los langostinos y las anguilas. No puedo siquiera empezar a pensar en todos ellos. Pero Dios sí pensó en todos ellos. Los diseñó



y los hizo, todos en un día, todos diferentes, todos con la capacidad de vivir, de andar y respirar... ¡debajo del agua! ¡Qué maravilloso es nuestro Creador! ¡Cómo debiéramos honrarlo y adorarlo!

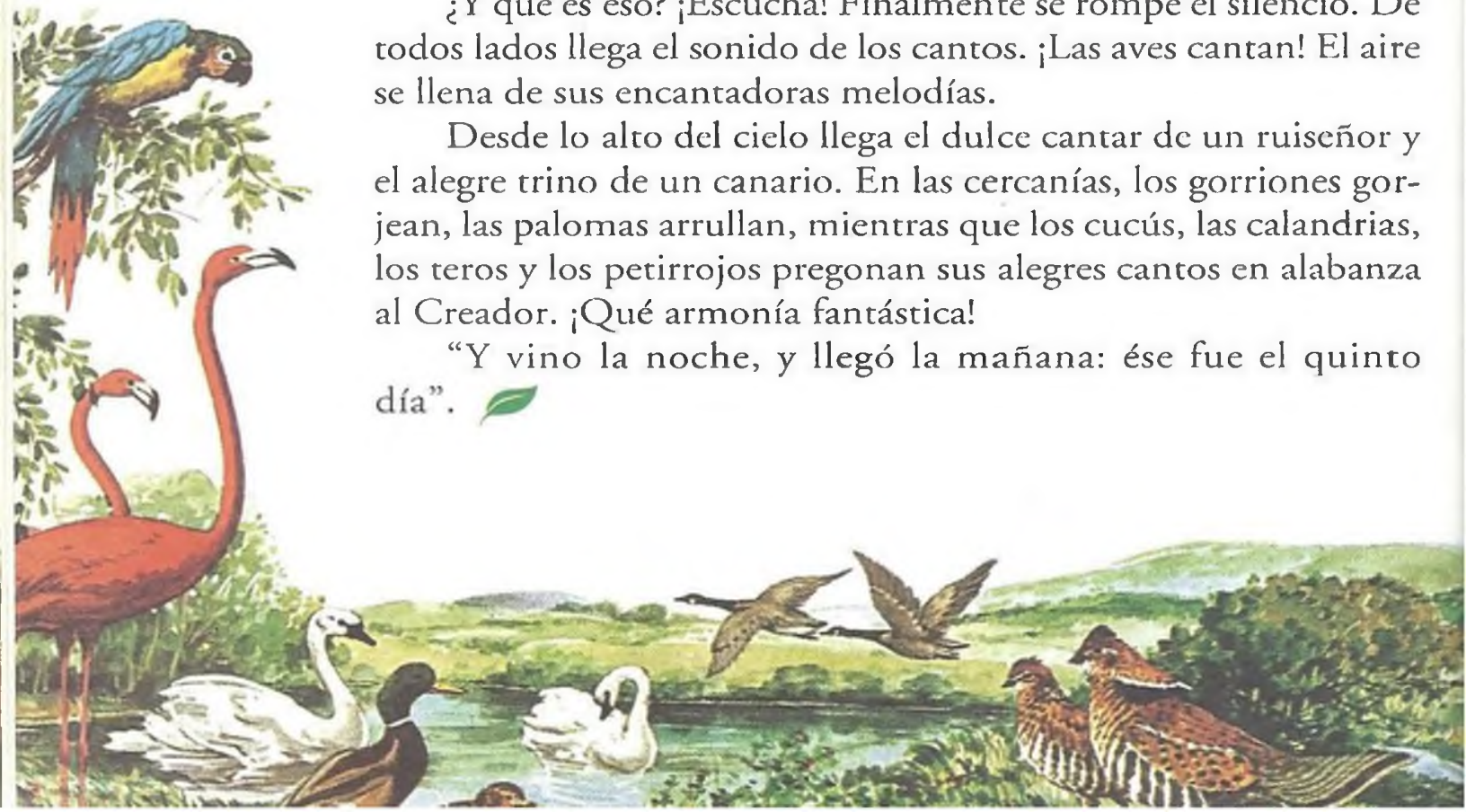
Pero no le alcanzó con hacer mil variedades de peces de repente. En este mismísimo día hizo las aves también. Su maravillosa mente planeó la extensión de las alas del águila, el magnífico plumaje del pavo real, los alegres colores del loro, la capacidad de imitar del sinsonte y el equipo de radar del murciélago.

¡Mira! ¡Obsérvalas! ¡Qué maravilloso espectáculo! ¡Cientos y miles de aves de todas formas, tamaños y colores que se elevan de la tierra batiendo las alas, subiendo y bajando en picada, yendo felices de aquí para allá en su primer día de vida!

¿Y qué es eso? ¡Escucha! Finalmente se rompe el silencio. De todos lados llega el sonido de los cantos. ¡Las aves cantan! El aire se llena de sus encantadoras melodías.

Desde lo alto del cielo llega el dulce cantar de un ruiseñor y el alegre trino de un canario. En las cercanías, los gorriones gorjean, las palomas arrullan, mientras que los cucús, las calandrias, los teros y los petirrojos pregonan sus alegres cantos en alabanza al Creador. ¡Qué armonía fantástica!

"Y vino la noche, y llegó la mañana: ése fue el quinto día".



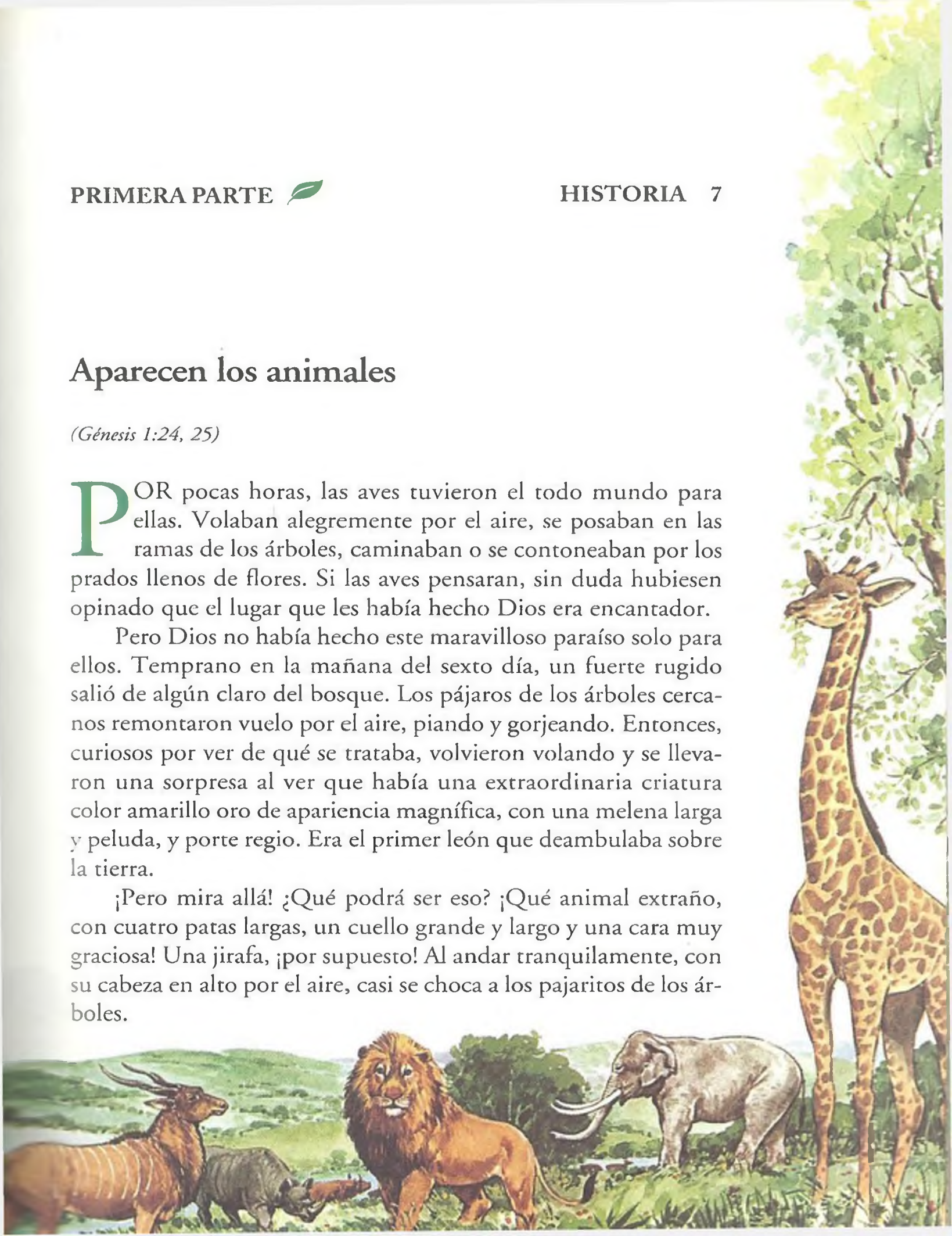
Aparecen los animales

(Génesis 1:24, 25)

POR pocas horas, las aves tuvieron el todo mundo para ellas. Volaban alegremente por el aire, se posaban en las ramas de los árboles, caminaban o se contoneaban por los prados llenos de flores. Si las aves pensaran, sin duda hubiesen opinado que el lugar que les había hecho Dios era encantador.

Pero Dios no había hecho este maravilloso paraíso solo para ellos. Temprano en la mañana del sexto día, un fuerte rugido salió de algún claro del bosque. Los pájaros de los árboles cercanos remontaron vuelo por el aire, piando y gorjeando. Entonces, curiosos por ver de qué se trataba, volvieron volando y se llevaron una sorpresa al ver que había una extraordinaria criatura color amarillo oro de apariencia magnífica, con una melena larga y peluda, y porte regio. Era el primer león que deambulaba sobre la tierra.

¡Pero mira allá! ¿Qué podrá ser eso? ¡Qué animal extraño, con cuatro patas largas, un cuello grande y largo y una cara muy graciosa! Una jirafa, ¡por supuesto! Al andar tranquilamente, con su cabeza en alto por el aire, casi se choca a los pajaritos de los árboles.



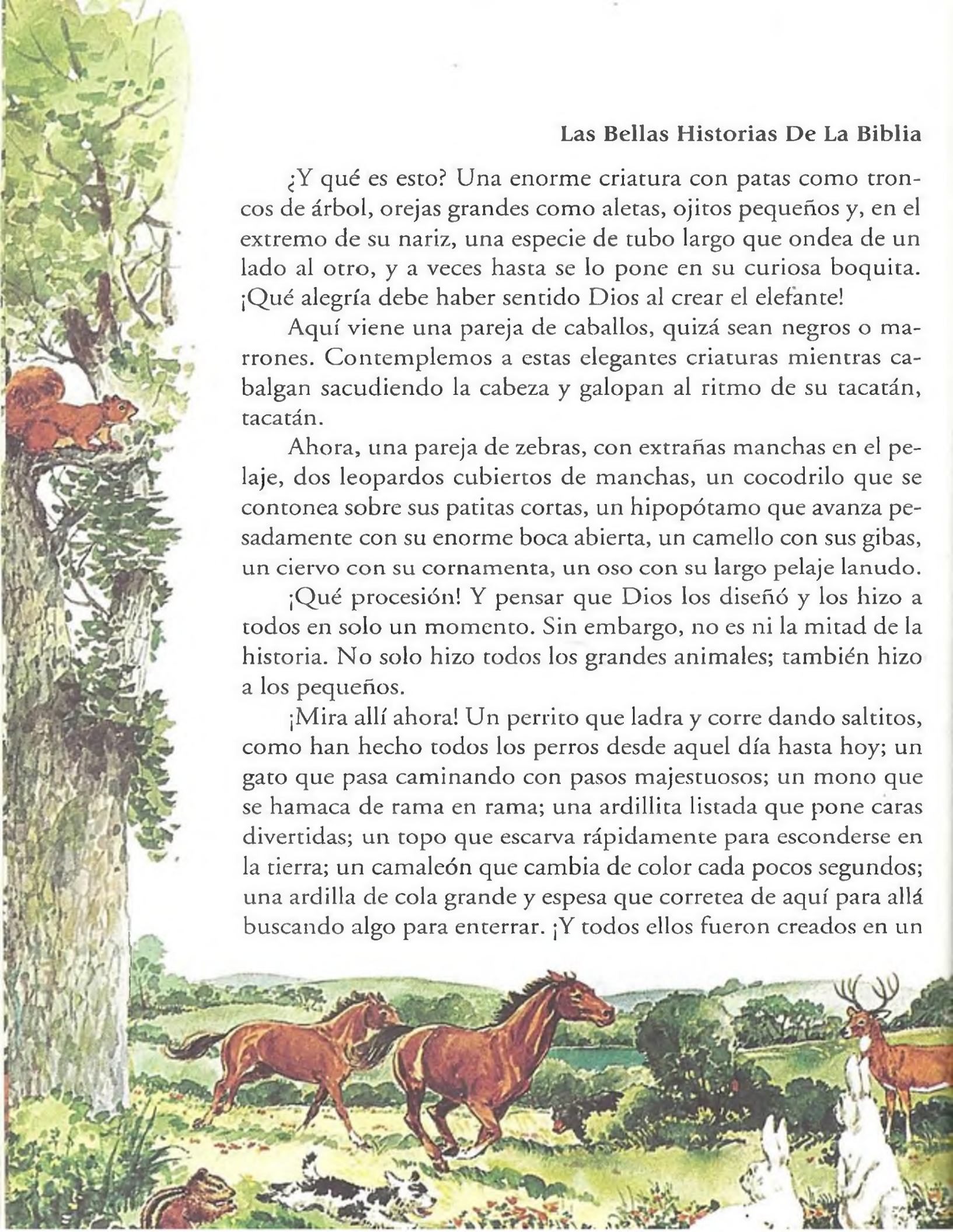
¿Y qué es esto? Una enorme criatura con patas como troncos de árbol, orejas grandes como aletas, ojitos pequeños y, en el extremo de su nariz, una especie de tubo largo que ondea de un lado al otro, y a veces hasta se lo pone en su curiosa boquita. ¡Qué alegría debe haber sentido Dios al crear el elefante!

Aquí viene una pareja de caballos, quizá sean negros o marrones. Contemplemos a estas elegantes criaturas mientras cabalgan sacudiendo la cabeza y galopan al ritmo de su tacatán, tacatán.

Ahora, una pareja de zebras, con extrañas manchas en el pelaje, dos leopardos cubiertos de manchas, un cocodrilo que se contonea sobre sus patitas cortas, un hipopótamo que avanza pesadamente con su enorme boca abierta, un camello con sus gibas, un ciervo con su cornamenta, un oso con su largo pelaje lanudo.

¡Qué procesión! Y pensar que Dios los diseñó y los hizo a todos en solo un momento. Sin embargo, no es ni la mitad de la historia. No solo hizo todos los grandes animales; también hizo a los pequeños.

¡Mira allí ahora! Un perrito que ladra y corre dando saltitos, como han hecho todos los perros desde aquel día hasta hoy; un gato que pasa caminando con pasos majestuosos; un mono que se hamaca de rama en rama; una ardillita listada que pone caras divertidas; un topo que escarva rápidamente para esconderse en la tierra; un camaleón que cambia de color cada pocos segundos; una ardilla de cola grande y espesa que corretea de aquí para allá buscando algo para enterrar. ¡Y todos ellos fueron creados en un



solo día! Es demasiado asombroso para que podamos comprenderlo. ¡Piensa simplemente! Cada una de estas criaturas maravillosas no solo recibió la vida, sino también el sentido de la vista, el oído, el olfato y el gusto por el comer, al igual que tú y yo. Es más, a cada uno se le dio la capacidad de reproducirse, de crear animales bebés similares a sí mismos.

Tú puedes dibujar animales en papel, puedes hacer animales de arcilla o plastilina, pero no puedes hacer que uno de esos animales viva. No puedes hacer que caminen, corran o coman, ¿verdad? No, por supuesto. Y mejor así, porque si pudieras, ¿qué haría mamá con ellos por toda la casa? Y ¿cómo les daría de comer a tantos?

No, nosotros no podemos hacer animales que vivan. Ni siquiera podemos hacer un sapo o un mosquito. Pero Dios sí. Y lo hizo. En su mente creadora, cada animal, cada insecto, tuvo su comienzo, y al sonido de su voz surgieron de la tierra para llevar a cabo sus órdenes.

"Y dijo Dios: '¡Que produzca la tierra seres vivientes: animales domésticos, animales salvajes, y reptiles, según su especie!' Y sucedió así. Dios hizo los animales domésticos, los animales salvajes, y todos los reptiles, según su especie. Y Dios consideró que esto era bueno".

Dios estaba satisfecho con su obra. "Era bueno", y él estaba contento. Sus criaturas también estaban contentas y eran pacíficas. Pero la creación no estaba concluida. Faltaba algo. Faltaba hacer lo más importante de todo. Y Dios lo había dejado para el final.

Dios hace al hombre

(Génesis 1:26 a 2:7)

¿ALGUNA vez hiciste planes de darle una fabulosa sorpresa a tu mamá? ¿Para su cumpleaños quizá? Estoy seguro que sí. Posiblemente, le compraste algo en una tienda o lo hiciste tú mismo. Una torta tal vez, o bombones, un cuadro o algo bordado. Fuese lo que fuese, me imagino que apenas podías esperar que llegara el día para poder dárselo. ¡Qué entusiasmado te sentías a medida que se acercaba ese momento!

Una emoción similar debe haber experimentado Dios el sexto día de la semana de la creación. Porque ese día también iba a haber un nacimiento, y él lo sabía.

Toda la semana había estado preparando el regalo ¡Y qué regalo! ¡Un mundo entero! Un mundo bello, hermoso. Un mundo lleno de tesoros: oro, plata y piedras preciosas; un mundo lleno de alimento: nueces, frutas y granos, y agua pura y cristalina; un mundo lleno de encanto: árboles, helechos y flores; un mundo lleno de maravillosas criaturas vivientes: aves, peces y animales de todas las clases y colores, criaturas para estudiar, con las que jugar

ILUSTRACIÓN DE VERNON NYE

[illegible] de crear al hombre, Dios preparó todo [illegible] su felicidad. Dispuso para él un hermoso [illegible]. Luego, con amante cuidado y dedica- [illegible], creó al hombre a su propia imagen.

y reírse. ¡Qué regalo extraordinario para alguien!

Sí, y todo el tiempo que Dios estuvo preparando este regalo estaba pensado en alguien, y se decía: "Espero que lo disfrute; espero que lo haga feliz. Espero que capte todas las cosas que hice para complacerlo, y él me amará a cambio".

Finalmente, cuando todo estaba preparado y Dios había hecho todo lo que pensaba hacer para que el mundo fuese un paraíso, dijo:

"'Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo'. Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó".

¡A su imagen! ¡Semejante a Dios! ¡Qué extraordinariamente admirable!

Dios podría haber dicho: "Hagamos al hombre semejante a un mono". Pero no lo hizo. Podría haber dicho: "Hagamos al hombre semejante a un león, solo un poco más grande y más fuerte". Pero no lo hizo. Podría haber dicho: "Hagamos al hombre semejante a un águila y démosle alas para volar sobre las montañas más altas". Pero no lo hizo. En cambio, decidió hacer al hombre a su imagen. No podría haberle concedido mayor honor ni mostrarle mayor amor.

"Y Dios el Señor formó al hombre del polvo de la tierra".

Cuando Dios hizo los animales y las aves, "él habló, y todo fue creado". Salieron saltando y brincando de la tierra al sonido de su voz. Pero con el hombre fue diferente. Dios lo "formó".

Dios Hace Al Hombre

Con sabiduría, paciencia y ternura infinitas, moldeó la noble cabeza, el rostro amable, el cuerpo fuerte. E incorporó en él algo más fantástico que la televisión: la facultad de ver; algo más fabuloso que la radio: la facultad de oír; algo más fascinante que el radar: la facultad de pensar, hablar y recordar. Lo mejor de todo es que Dios lo capacitó para amar, reír y adorar.

Finalmente, la tarea quedó concluida cuando, con infinito cuidado, Dios le dio los últimos retoques a su obra maestra. Allí, sobre la tierra con la que había sido creado, yacía el hombre –el primer hombre–, silencioso y quieto como una hermosa estatua, esperando el don de la vida.

Y Dios "sopló en su nariz hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente".

¡Cuánto debe haberse acercado Dios a él! ¡Tan, tan cerca, que la boca de Dios tocó la boca del hombre! Quizá, quien sabe, Dios lo besó. Quizá, también, había lágrimas de amor en sus ojos al inclinarse sobre esta maravillosa criatura que había hecho, tan parecida a sí mismo, tan preciada para su corazón.

De repente, mientras Dios susurraba dulce y tiernamente, le infundió su propia vida maravillosa, y Adán se despertó y contempló el rostro de su Hacedor.

La primera comida de Adán

(Génesis 1:28-30)

ADÁN se puso de pie y por primera vez contempló el hermoso mundo en el que se encontraba. Me pregunto qué habrá pensado; y qué habrá dicho.

Por supuesto que no había nadie con quien conversar salvo él mismo... y los animales. No hace falta decir que algunos de ellos andaban por allí cerca, porque los animales siempre son muy curiosos, ¿verdad? Casi puedo ver a un perrito lamiéndole la mano, a un gato rozándole la pierna al pasar y saltando para llamar su atención y, tal vez, un caballo olisqueando para que lo acaricien.

Hay otros animales que vienen de todas direcciones, quizá un león y un elefante, un oso y un castor, un panda rechoncho y una ardillita llena de vida. Son todos muy amistosos, pero miran boquiabiertos a la magnífica criatura que está ante ellos. De algún modo, parecen reconocerlo como su líder y dueño y, mientras él avanza a grandes pasos por el pasto verde y suave, ellos lo siguen gustosos, saltando y retozando, orgullosos y contentos.

Alegres gritos de bienvenida llenan los prados y los bosques,

ILUSTRACIÓN D HARRY ANDERSON

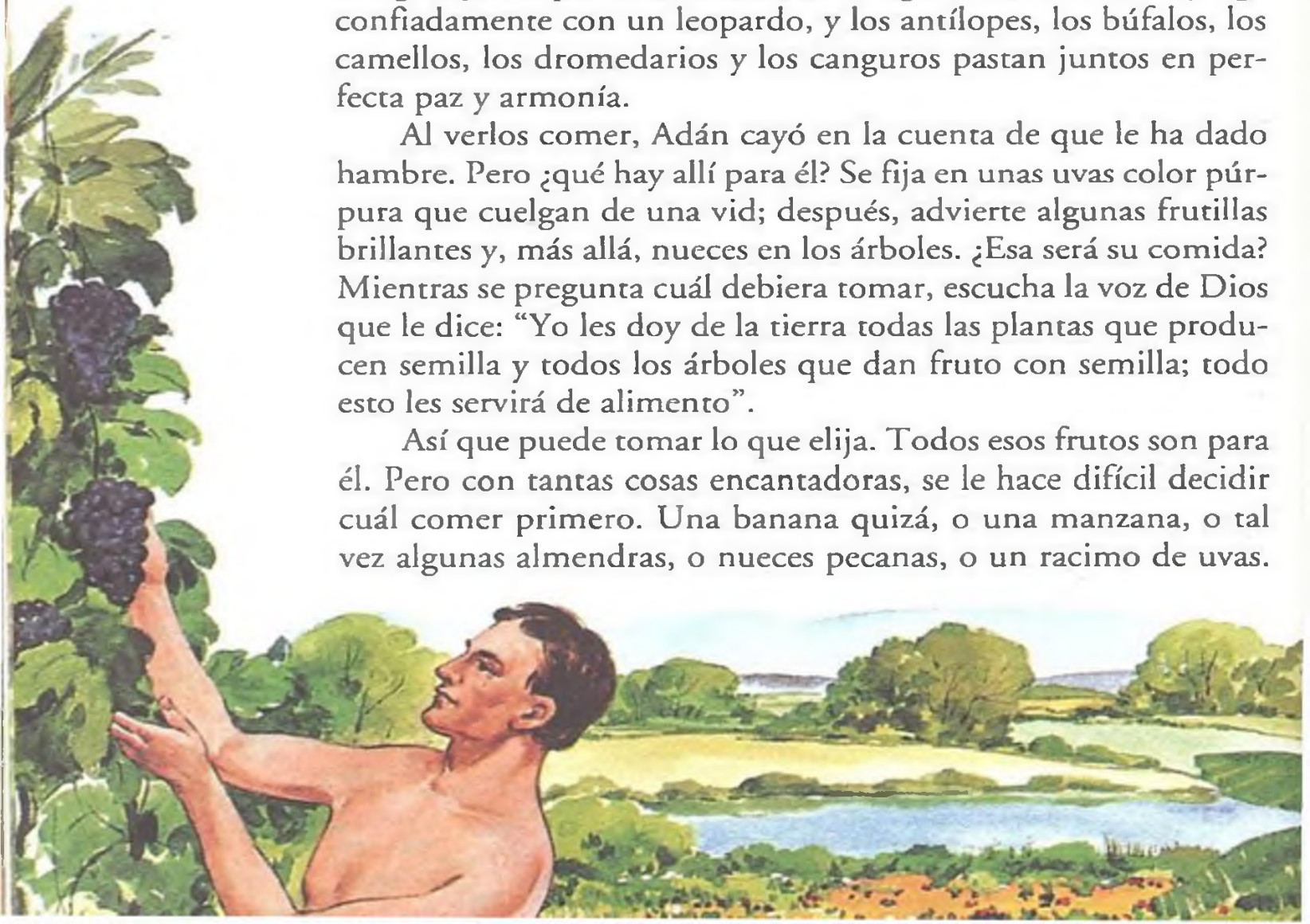
se habrá sentido Adán con el afecto
animales. Y la tarea de ponerles nom-
habrá resultado muy divertida, pues
veía un animal, sabía cómo llamarlo.

mientras la espléndida procesión se abre paso entre las colinas y los valles, por las lagunas sombreadas, los arroyos cantarines y la orilla arenosa del lago. Cuando Adán se detiene para maravillarse de algún nuevo milagro de la creación, quizá un árbol majestuoso o una flor de belleza resplandeciente, aparecen más animales de entre los claros del bosque, mientras que las aves descienden rápidamente para ver lo que está ocurriendo. El instinto les dice que a este hermoso ser de gran estatura, de mirada fulgurante y porte regio se le había dado "dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo".

No hay temor en ningún corazón. Adán no le tiene miedo al tigre que le pisa los talones, ni el tigre a él. Un ciervo juega confiadamente con un leopardo, y los antílopes, los búfalos, los camellos, los dromedarios y los canguros pastan juntos en perfecta paz y armonía.

Al verlos comer, Adán cayó en la cuenta de que le ha dado hambre. Pero ¿qué hay allí para él? Se fija en unas uvas color púrpura que cuelgan de una vid; después, advierte algunas frutillas brillantes y, más allá, nueces en los árboles. ¿Esa será su comida? Mientras se pregunta cuál debiera tomar, escucha la voz de Dios que le dice: "Yo les doy de la tierra todas las plantas que producen semilla y todos los árboles que dan fruto con semilla; todo esto les servirá de alimento".

Así que puede tomar lo que elija. Todos esos frutos son para él. Pero con tantas cosas encantadoras, se le hace difícil decidir cuál comer primero. Una banana quizá, o una manzana, o tal vez algunas almendras, o nueces pecanas, o un racimo de uvas.



La Primera Comida De Adán

¡Qué problema!

Nunca sabremos exactamente cuál tomó primero, pero de una cosa podemos estar seguros: la primera comida de Adán debe haber sido la más sabrosa que haya comido el hombre alguna vez, porque todo el menú era fresco, salido de las manos del Creador y traído a la existencia hacía solo tres días. ¡Qué sabroso y delicioso debe haber sido! ¿Te hubiese gustado poder compartirlo con él?

Y ¿alguna vez se te ocurrió pensar en lo maravilloso de que Dios haya creado el pasto antes de crear los animales que lo comerían? ¿Y que haya hecho árboles frutales antes de hacer al hombre, que los necesitaría como alimento? ¿Y que al crear los árboles, las vides y las pasturas Dios tuvo la intención de que estas plantas extrajeran de la tierra los mismos elementos –minerales y vitaminas– que necesitan las criaturas vivientes para vivir? ¡Con cuánto cuidado y esmero planeó cada detalle de su glorioso mundo nuevo!

Ahora, llegó la tarde del sexto día. Ya el sol se está hundiendo en el horizonte occidental. La obra de la creación de Dios está casi terminada. Todo lo que se proponía hacer para que el hogar del hombre fuese perfecto, había sido hecho. Todo, es decir, salvo una cosa. Había creado la tierra de la nada. Había separado la tierra del mar. Había cubierto las montañas y las colinas con magníficos arboles y flores. Como corona de todo, ha hecho al hombre a su imagen; el hombre, su obra maestra, el objeto supremo de su amor, para quien proveyó toda esta belleza y abundancia. No obstante, queda una cosa más por hacerse, una última hermosa bendición para conceder, el acto más dulce y tierno de toda la semana de la creación.

La criatura más hermosa de la creación

(Génesis 1:31; 2:18, 20-23)

MIENTRAS Adán contemplaba a los animales que disfrutaban del calor del sol o que jugaban felices en los prados, pronto advirtió que andaban en parejas. Cada animal tenía una compañera. Junto al majestuoso león, caminaba una elegante y esbelta leona. Detrás de la cornamenta del venado, andaba una distinguida gama. Con el poderoso toro, había una mansa vaca. Cerca del tigre, estaba la tigresa. Junto al oso, aparecía la osa. No lejos del conejo, estaba la coneja, y así también ocurría con las jirafas y las zebras, los rinocerontes y los antílopes, los zorros y las ardillas.

Únicamente Adán estaba solo. Por cierto que los animales eran de lo más amigables con él. Cuando él los llamaba, ellos se detenían y lo miraban con sus grandes ojos de asombro, pero no podían decirle ni una sola palabra a cambio. Parece que el perrito era el que más lo entendía, y actuaba como si quisiera hablarle, pero todo lo que podía hacer era saltar de un lado para el otro, ladrar y mover la cola.

Muchas veces, Adán debe haberse preguntado por qué no

— ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

mo un artífice maestro, Dios dio el toque
al a su obra al crear a la mujer, la primera
dre de la raza humana, la más hermosa de
as sus criaturas, a quien Adán llamó Eva.

había una compañera para él. Quizá comenzó a buscar una. Tal vez, por la necesidad que sentía en su corazón, llamó y llamó, esperando que alguien como él pudiera escuchar su voz y responderle. Quizá, en cierto modo, esperaba ver alguna hermosa criatura que saliese con paso majestuoso del bosque hacia él para ser su amiga especial y su compañera. Pero no salía nadie.

Pensando en estas cosas, se recostó en el pasto, mientras su sensación de soledad aumentaba. La tierra era muy hermosa; los animales muy amistosos y divertidos; pero no había nadie para conversar con él, nadie con quien pudiera compartir sus sentimientos; es decir, nadie salvo Dios.

De repente, Adán comenzó a tener mucho sueño. Esto era extraño, pensó. Nunca se había sentido así antes. ¿Qué podría estar pasándole? Trató de mantenerse despierto, pero no pudo. Con cada momento que pasaba, sentía más sueño, hasta que al final ya no pudo mantener los ojos abiertos. La tierra, las flores, los árboles, los animales, todo se desvaneció y pasó al olvido al entrar en un sueño profundo.

Ahora, Dios se acercó a él otra vez de la misma manera en que, un rato antes, había infundido en su nariz el aliento de vida. Con un rápido toque de sus manos suaves y creadoras, quitó una costilla de la criatura dormida que tenía delante y cerró la herida con infinita destreza.

"De la costilla que le había quitado al hombre, Dios el Señor hizo una mujer".

¡Qué cosa extraña hizo Dios! Si pudo hacer el sol, la luna y las estrellas diciendo: "¡Que haya luces en el firmamento que separen el día de la noche!"; si pudo hacer todos los animales di-

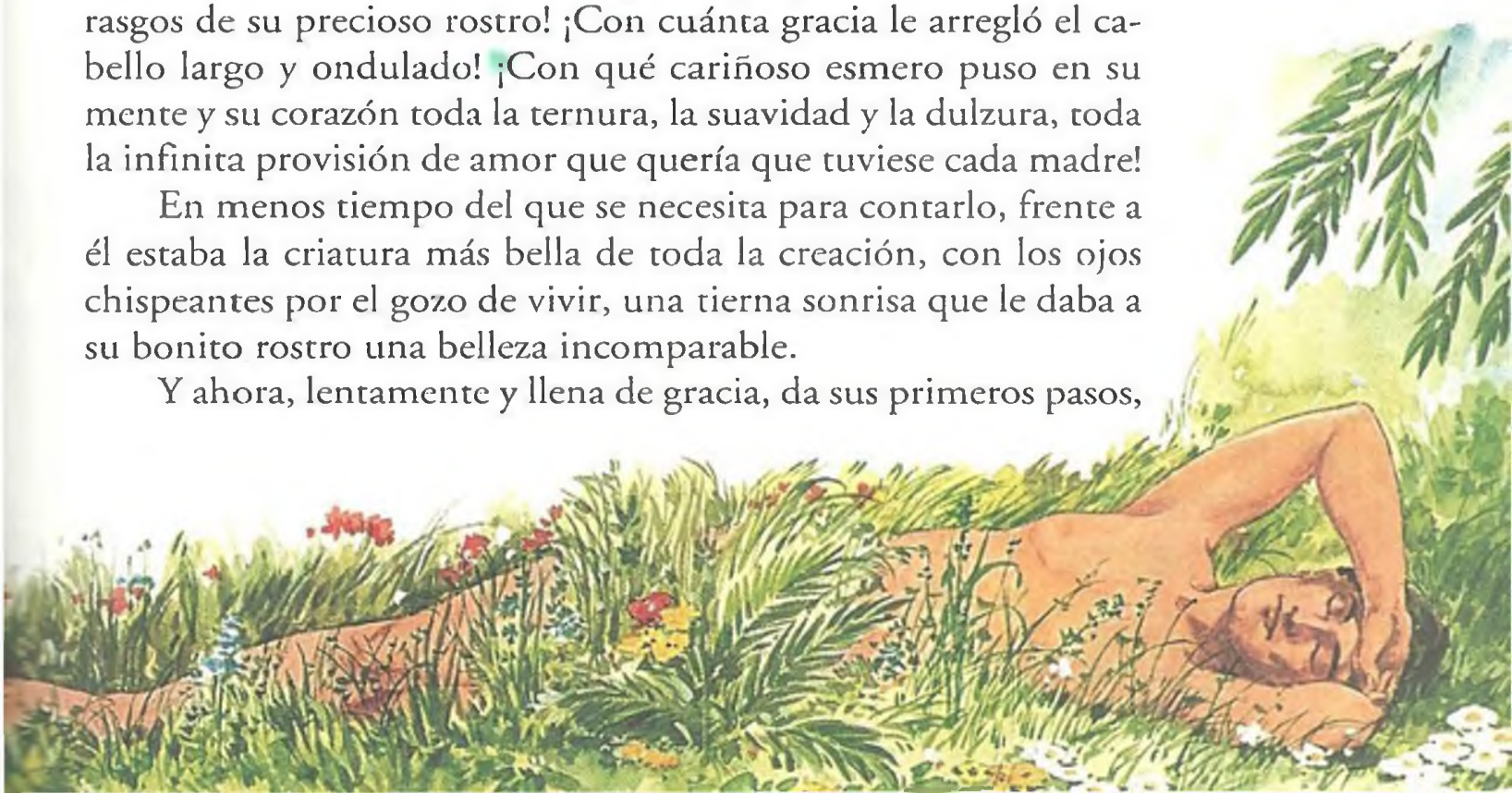
ciendo: "¡Que produzca la tierra seres vivientes: animales domésticos, animales salvajes, y reptiles, según su especie!", ¿por qué no dijo: "Que haya una mujer"? Y ¿por qué, después de hacer a Adán, la criatura más maravillosa de su fascinante mundo nuevo, tomó una costilla de su cuerpo perfecto para hacer la compañera de su vida?

Debe haber habido una buena razón para que Dios actúe así, y me gusta pensar que fue porque quería que Adán supiera que su esposa, verdaderamente, era parte de él, para que siempre la tratase como a sí mismo. La Biblia nos cuenta que Dios creó a Eva para que fuese "una ayuda adecuada". ¡Y qué pensamiento más lindo! Ella debía estar siempre a su lado ayudándolo, trabajando con él, haciendo planes y compartiendo las alegrías de la vida con él.

Pero volvamos a observar a Dios en acción. Se nos dice que de la costilla de Adán "modeló" una mujer. Así como había "formado" al hombre del polvo de la tierra, así también ahora, con infinita sabiduría e ingenio, le dio forma a la que llegaría a ser la madre de toda la raza humana. ¡Con qué perfección formó los rasgos de su precioso rostro! ¡Con cuánta gracia le arregló el cabello largo y ondulado! ¡Con qué cariñoso esmero puso en su mente y su corazón toda la ternura, la suavidad y la dulzura, toda la infinita provisión de amor que quería que tuviese cada madre!

En menos tiempo del que se necesita para contarlo, frente a él estaba la criatura más bella de toda la creación, con los ojos chispeantes por el gozo de vivir, una tierna sonrisa que le daba a su bonito rostro una belleza incomparable.

Y ahora, lentamente y llena de gracia, da sus primeros pasos,



mientras Dios la conduce para presentársela "al hombre".

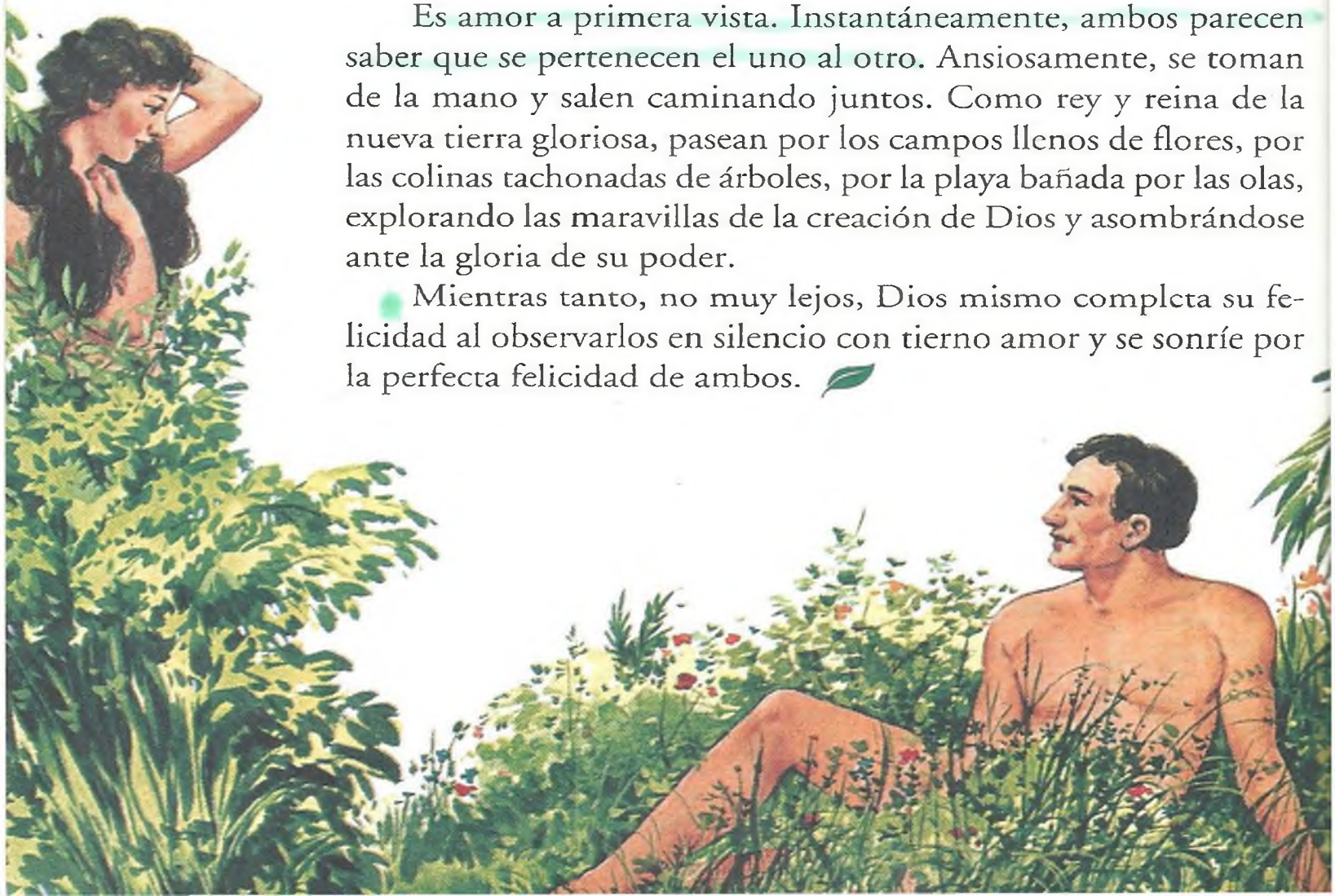
Sorpresivamente, mira hacia abajo y ve a alguien durmiendo frente a ella. ¿Quién podrá ser?

Soñando quizá con la compañera que esperaba encontrar algún día, en algún lugar, en este maravilloso mundo que Dios le ha dado, Adán se despierta y abre los ojos. ¡Oh maravilla de maravillas! Allí, frente a él, está de pie alguien más bello de lo que se atrevería a soñar, un ser tan exquisito, tan noble, tan absolutamente encantador, que casi no puede creer que ella sea real. Al contemplar esos ojos radiantes, amables y comprensivos, inmediatamente se da cuenta de que esta es su pareja, su querida compañera que tanto había anhelado.

Y Adán dijo: "Ésta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Se llamará 'mujer' porque del hombre fue sacada".

Es amor a primera vista. Instantáneamente, ambos parecen saber que se pertenecen el uno al otro. Ansiosamente, se toman de la mano y salen caminando juntos. Como rey y reina de la nueva tierra gloriosa, pasean por los campos llenos de flores, por las colinas tachonadas de árboles, por la playa bañada por las olas, explorando las maravillas de la creación de Dios y asombrándose ante la gloria de su poder.

Mientras tanto, no muy lejos, Dios mismo completa su felicidad al observarlos en silencio con tierno amor y se sonríe por la perfecta felicidad de ambos.



SEGUNDA PARTE

Historias del

Edén

y la

Caída

(Génesis 2:8 a 5:27)

El hogar-jardín del hombre

(Génesis 2:8-19)

EN algún lugar, en medio de todo el asombro y la belleza del mundo que había creado, "Dios el Señor plantó un jardín al oriente del Edén, y allí puso al hombre que había formado".

¿Alguna vez cultivaste un jardín? Es emocionante, ¿verdad? Especialmente en primavera, cuando siembras semillas y esperas que salgan los retoños verdes. ¡Y qué apasionante ver que las plantas comienzan a florecer, el maíz madura y las plantas de repollo y lechuga engordan, adquieren firmeza y están listas para comer!

Pero cuando Dios plantó el jardín del Edén, era diferente. No necesitó sembrar semillas. Al ser el Creador, podía hacer que inmediatamente aparecieran árboles y arbustos completamente desarrollados; todo en el lugar apropiado, justo donde los quería. Podía decir: "Quiero un grupo de elevados cedros aquí y una arboleda de abedules plateados allí", y aparecían con solo decirlo. A su mandato, una colina se cubría de pinos, otra de secoyas y otra de robles, y así era. Podía ordenar que un valle quedara ta-

LUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

y Eva se amaban mutuamente y disfru-
de todo lo que Dios les había dado. Se
n felices al cuidar el hermoso jardín lleno
es, árboles frutales y perfumadas flores.

pizado de lirios, otro de anémonas y otro de jacintos, y así era.

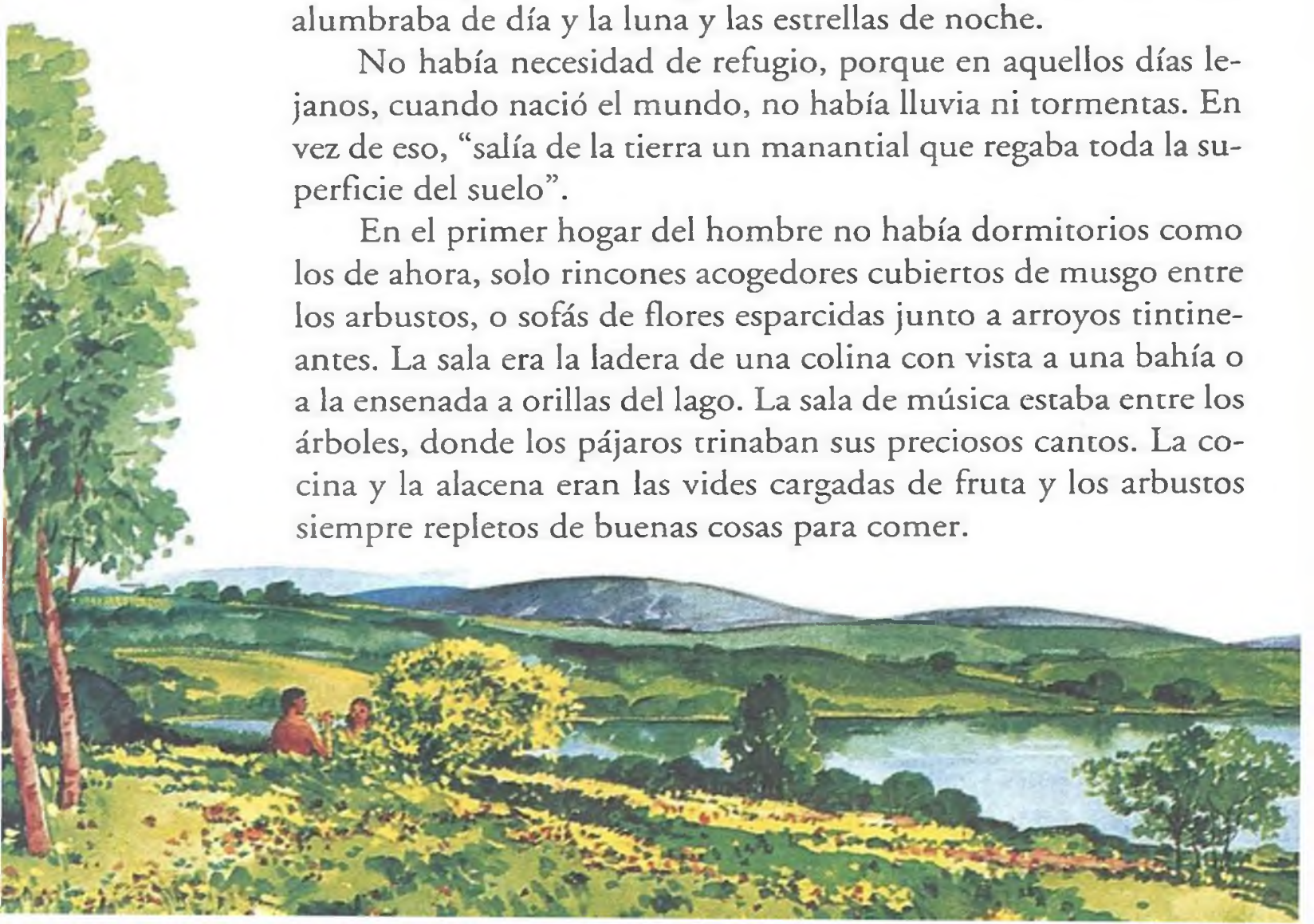
¡Cuán glorioso debe haber sido entonces el hogar jardín que plantó especialmente para sus queridos Adán y Eva! Solo podemos imaginarnos su esplendor al pensar en algunas maravillas de la naturaleza que conocemos hoy y que tanto nos agradan.

Notemos que Dios no les construyó un palacio, aunque los había puesto por reyes del mundo; no erigió una fina casa de piedra para ellos, con pisos de mármol y luz eléctrica, aunque les dio plata y oro en abundancia, sino que les hizo un hogar en medio de los árboles y las flores.

Por paredes, esta casa tenía palmeras, abetos y arces, y el piso era la tierra blanda y perfumada, suntuosamente alfombrada con campanillas, caléndulas y prímulas. Por techo tenía las ramas de los árboles y, más allá la gloriosa bóveda celeste, donde el sol alumbraba de día y la luna y las estrellas de noche.

No había necesidad de refugio, porque en aquellos días lejanos, cuando nació el mundo, no había lluvia ni tormentas. En vez de eso, "salía de la tierra un manantial que regaba toda la superficie del suelo".

En el primer hogar del hombre no había dormitorios como los de ahora, solo rincones acogedores cubiertos de musgo entre los arbustos, o sofás de flores esparcidas junto a arroyos tintineantes. La sala era la ladera de una colina con vista a una bahía o a la ensenada a orillas del lago. La sala de música estaba entre los árboles, donde los pájaros trinaban sus preciosos cantos. La cocina y la alacena eran las vides cargadas de fruta y los arbustos siempre repletos de buenas cosas para comer.



El Hogar-jardín Del Hombre

Sin duda, ningún hogar construido alguna vez por el hombre ha sido tan hermoso, tan pacífico, tan absolutamente perfecto como este glorioso hogar jardín que el Señor Dios plantó en Edén hace tanto tiempo.

¡Qué felices deben haber sido Adán y Eva cuando, tomados de la mano, se daban prisa para ir de una escena bonita a otra! Casi puedo escuchar a Eva exclamar: "Mira, Adán, qué flor tan bonita. ¡Y esta, y esta! ¡Y huele su fragancia! ¡Qué lugar maravilloso para vivir!"

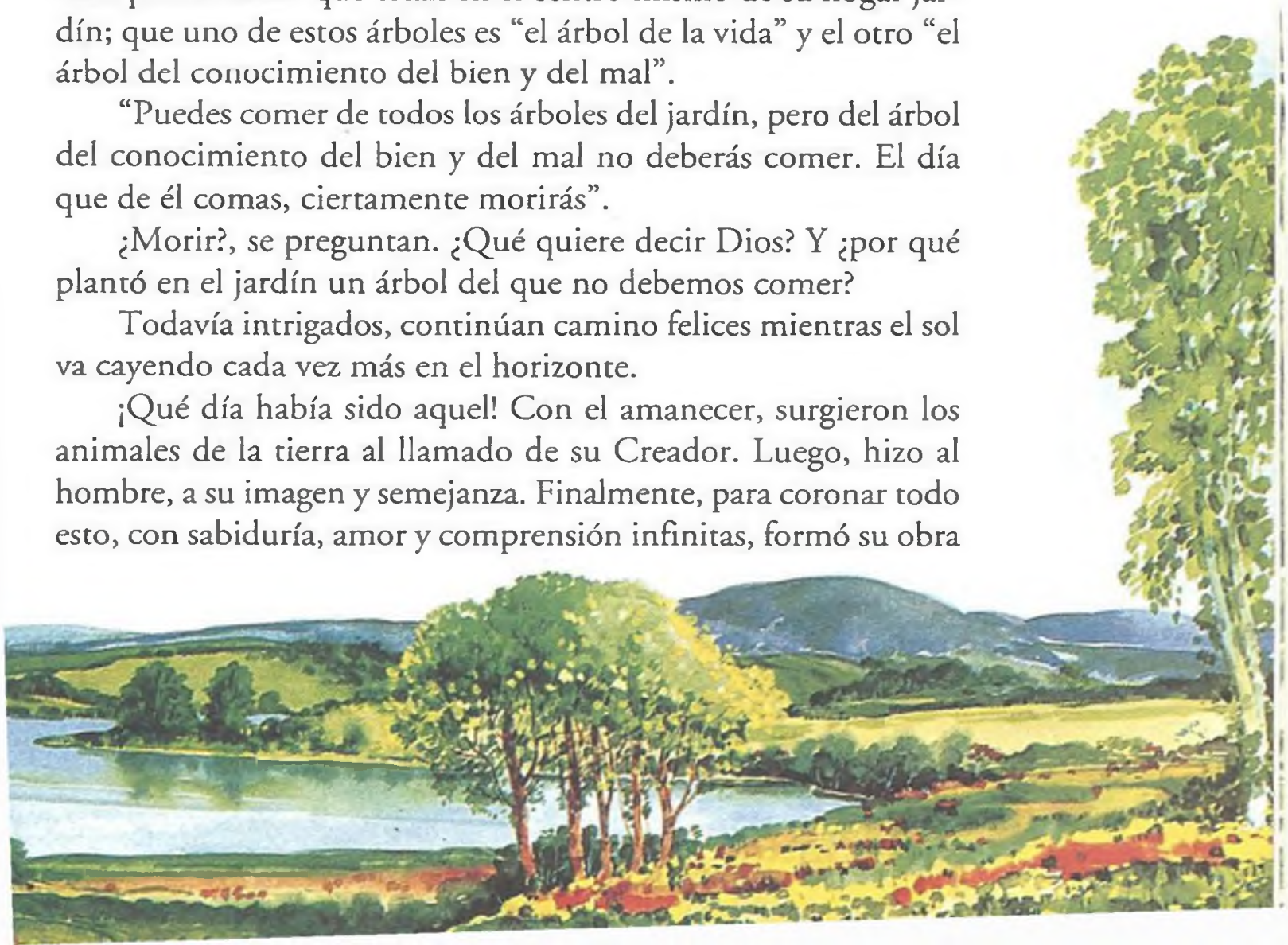
Y mientras iban caminando, de repente llegaron hasta dos árboles excepcionales, diferentes de todos los demás que habían visto, y ambos cargados de frutas de colores muy vistosos. Al detenerse a admirar esta vista nueva y maravillosa, Dios se acerca a ellos para decirles que están en el centro mismo de su hogar jardín; que uno de estos árboles es "el árbol de la vida" y el otro "el árbol del conocimiento del bien y del mal".

"Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás".

¿Morir?, se preguntan. ¿Qué quiere decir Dios? Y ¿por qué plantó en el jardín un árbol del que no debemos comer?

Todavía intrigados, continúan camino felices mientras el sol va cayendo cada vez más en el horizonte.

¡Qué día había sido aquel! Con el amanecer, surgieron los animales de la tierra al llamado de su Creador. Luego, hizo al hombre, a su imagen y semejanza. Finalmente, para coronar todo esto, con sabiduría, amor y comprensión infinitas, formó su obra



más hermosa y perfecta: la mujer.

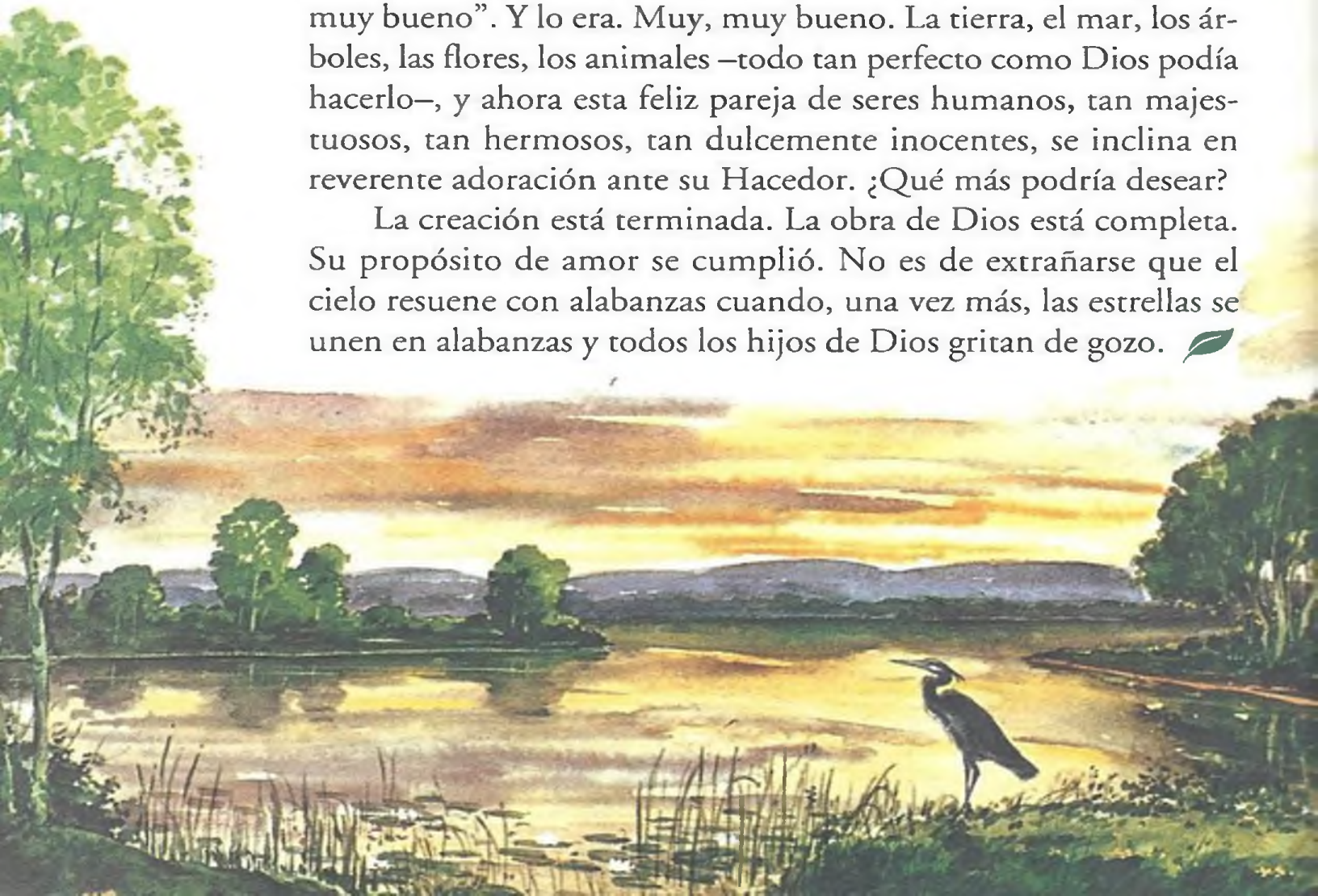
Y ahora, este maravilloso día está llegando a su fin. Las sombras se alargan, los pájaros gorjean en los árboles y los extraños sonidos del bosque revelan que los animales saben por instinto que se aproxima la noche.

Al mirar hacia el Oeste y contemplar la resplandeciente gloria del crepúsculo, Adán y Eva se quedan boquiabiertos, mientras el cielo se llena de colores maravillosos y cada árbol y flor irradian nueva belleza.

¿Qué puede estar ocurriendo?, se preguntan. ¿Es que su hermoso mundo está llegando a su fin tan pronto? Pero Dios les susurra: "Esto es solo la puesta de sol; aguarden la gloria del amanecer".

"Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno". Y lo era. Muy, muy bueno. La tierra, el mar, los árboles, las flores, los animales –todo tan perfecto como Dios podía hacerlo–, y ahora esta feliz pareja de seres humanos, tan majestuosos, tan hermosos, tan dulcemente inocentes, se inclina en reverente adoración ante su Hacedor. ¿Qué más podría desear?

La creación está terminada. La obra de Dios está completa. Su propósito de amor se cumplió. No es de extrañarse que el cielo resuene con alabanzas cuando, una vez más, las estrellas se unen en alabanzas y todos los hijos de Dios gritan de gozo.



Un día para recordar

(Génesis 2:2, 3)

A MEDIDA que el sol desciende el sexto día de la semana de la creación, una calma increíble cae sobre todo el campo. Gradualmente, el trinar de las aves y el gruñido de las bestias del bosque, se fue apagando hasta que, finalmente, hubo un gran silencio, mientras aparecían las estrellas y toda la naturaleza fue bañada por la brillante luz de la luna.

En algún lugar del jardín, quizá en algún claro cubierto de musgo, Adán y Eva se sentaron, maravillados de la belleza de la noche, como se habían maravillado ante la gloria del día.

De repente, en medio del silencio, se oyó una voz –tierna, amable y musical– e, inmediatamente, supieron que era la voz de Dios. Fue entonces que Dios les contó –porque debe haber sido él quien les contó, de lo contrario, ¿cómo podrían haberse enterado?– que este nuevo día, su primer día sobre la tierra, iba a ser un día santo. Debe haberles dicho también cómo había creado todo lo que los rodeaba en seis días y que ahora, el séptimo día, él y ellos descansarían juntos.

La Biblia dice que "al llegar el séptimo día, Dios descansó por-

que había terminado la obra que había emprendido. Dios bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en ese día descansó de toda su obra creadora".

Dios no descansó porque estuviese cansado, porque Dios no se cansa. Lo hizo porque su obra de creación estaba terminada. El mundo era absolutamente perfecto. No había nada más que pudiera hacer para cumplir con las expectativas que tenía en mente.

Él también descansó, porque quería darles un ejemplo a Adán y Eva, para ellos y sus hijos. Como verás, Dios no solo "descansó" en este día, él lo "bendijo" y lo "santificó". Esto nos dice claramente que no estaba pensando en sí mismo sino en sus hijos terrenales.

Bendijo el sábado para que pudiera ser una bendición para ellos. Lo "santificó" –lo apartó como santo– no para sí mismo, sino para ellos. ¡Y cuán cierto es, aún hoy, seis mil años después, que todo el que santifica el séptimo día encuentra una bendición en él que los demás no conocen! De algún modo maravilloso, la paz y la felicidad del cielo llega a su corazón al seguir el plan que Dios le dio a Adán y Eva en el principio.

Y ahora, una vez más, los vemos en aquella silenciosa noche hace mucho tiempo, mientras escuchan reverentes la voz de su Creador y se enteran de que ese día, el primero en la tierra para ellos, será un día santo que pasarán junto con él.

Son perfectamente felices, y en la mañana, cuando la salida del sol los despierta de su primera noche de sueño, Dios los conduce por el hermoso jardín que creó como hogar para ellos. Quizá les revela algunos de los increíbles secretos de la creación. Al detenerse para admirar algún hermoso árbol o arbusto en flor, él les ex-

plica cómo extraen su alimento del suelo, cómo sube la savia por el tronco hasta las ramas, las ramitas, las hojas y las flores.

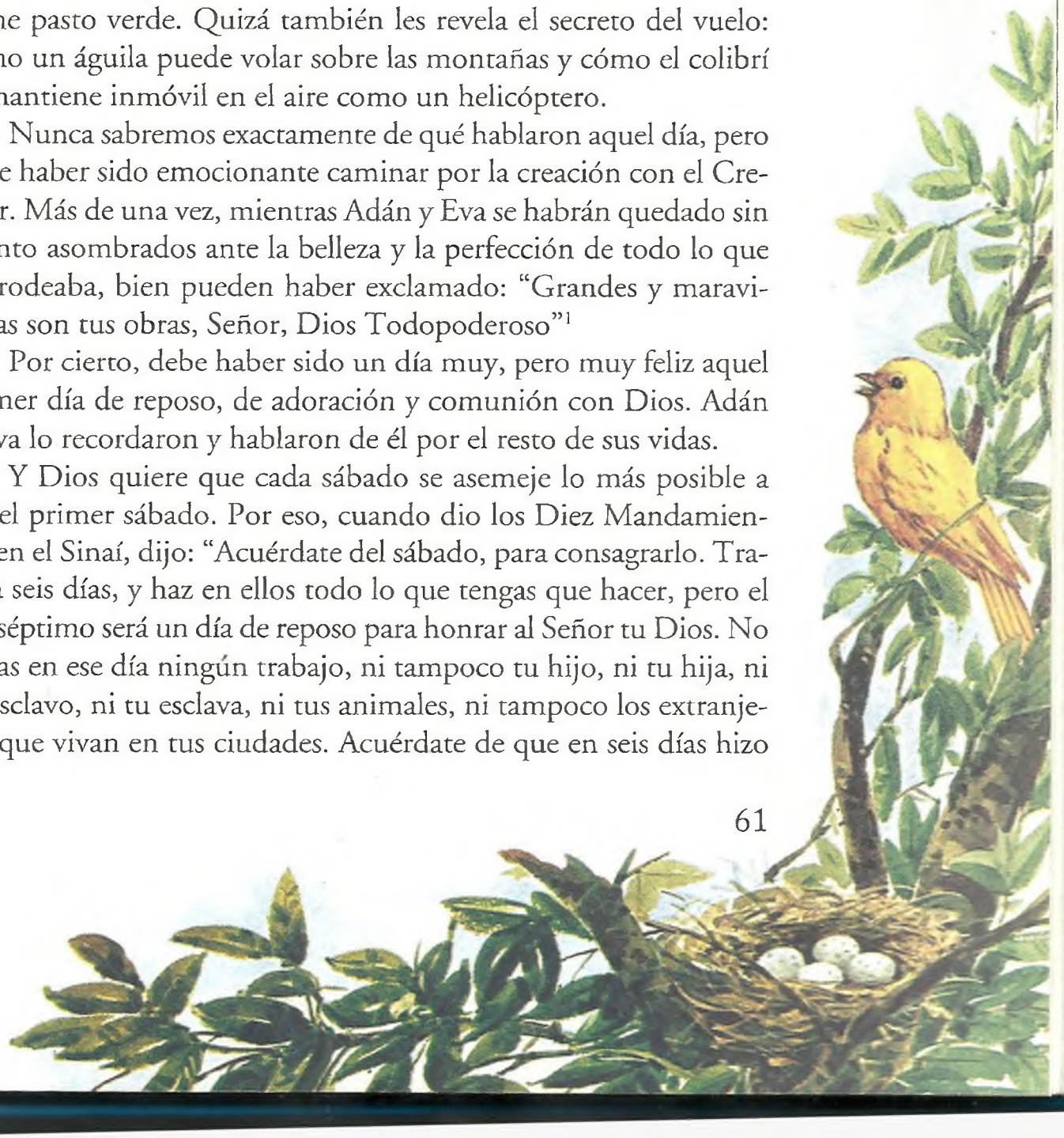
Quizá les cuenta cómo crece un hermoso lirio blanco de un bulbito, cómo un huevito con pintitas azules se transforma en un canario amarillo, cómo una diminuta semilla dentro de una manzana rozagante crece hasta convertirse en un manzano.

A lo mejor, le explica cómo produce miel la abeja, cómo teje la araña su tela y cómo sale leche blanca de una vaca colorada que come pasto verde. Quizá también les revela el secreto del vuelo: cómo un águila puede volar sobre las montañas y cómo el colibrí se mantiene inmóvil en el aire como un helicóptero.

Nunca sabremos exactamente de qué hablaron aquel día, pero debe haber sido emocionante caminar por la creación con el Creador. Más de una vez, mientras Adán y Eva se habrán quedado sin aliento asombrados ante la belleza y la perfección de todo lo que los rodeaba, bien pueden haber exclamado: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios Todopoderoso"[1]

Por cierto, debe haber sido un día muy, pero muy feliz aquel primer día de reposo, de adoración y comunión con Dios. Adán y Eva lo recordaron y hablaron de él por el resto de sus vidas.

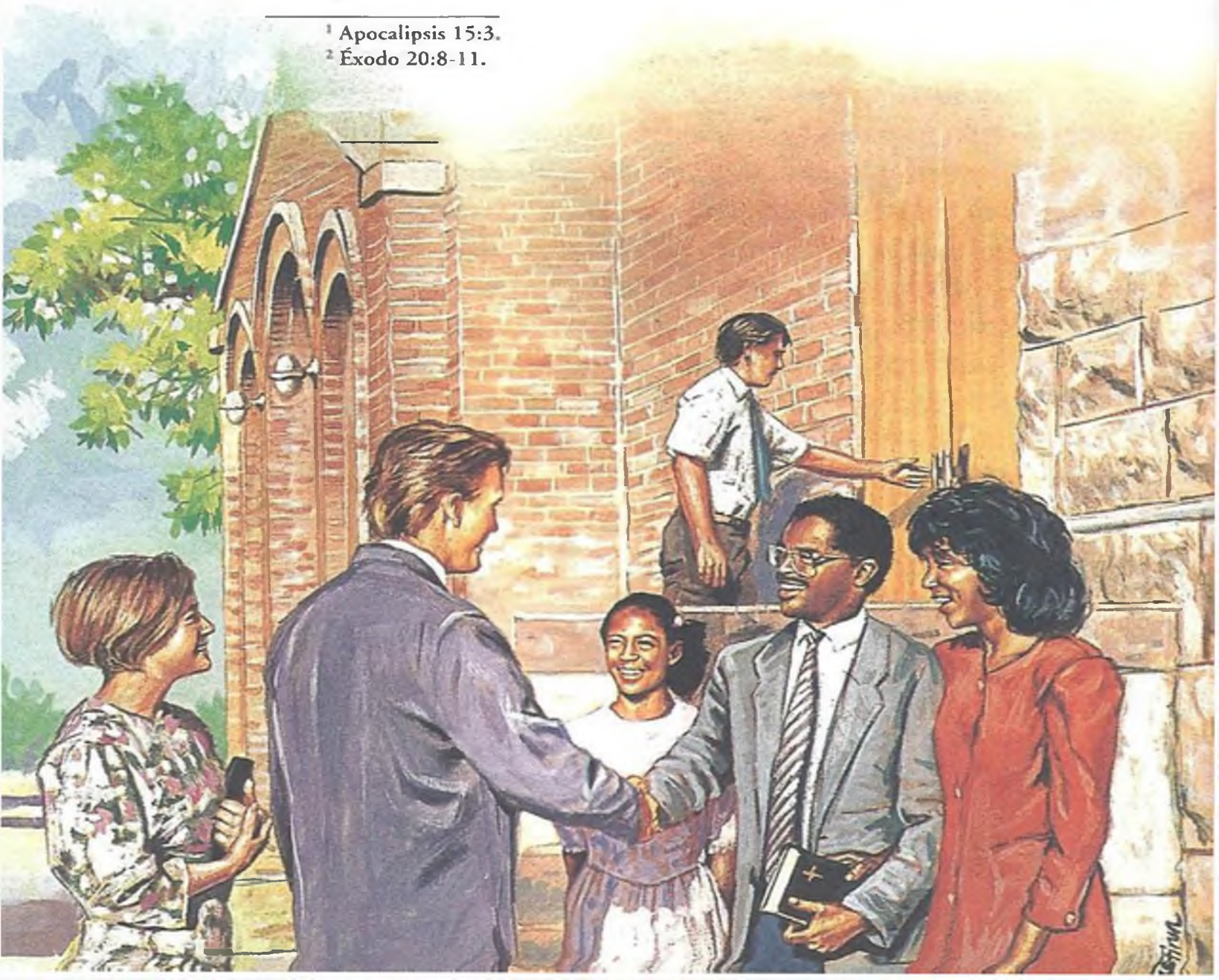
Y Dios quiere que cada sábado se asemeje lo más posible a aquel primer sábado. Por eso, cuando dio los Diez Mandamientos en el Sinaí, dijo: "Acuérdate del sábado, para consagrarlo. Trabaja seis días, y haz en ellos todo lo que tengas que hacer, pero el día séptimo será un día de reposo para honrar al Señor tu Dios. No hagas en ese día ningún trabajo, ni tampoco tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tus animales, ni tampoco los extranjeros que vivan en tus ciudades. Acuérdate de que en seis días hizo



el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y que descansó el séptimo día. Por eso el Señor bendijo y consagró el día de reposo".[2]

Miles de años después de aquel primer sábado en el jardín del Edén, Dios todavía pensaba en él. No podía olvidarlo, y nunca lo hará. Y como fue un sábado tan feliz, tan hermoso, tan verdaderamente bendecido, quiere que todos lo recuerden también. Porque cada sábado puede ser como aquel, si así lo deseamos, tan feliz, hermoso y bendecido. Todo lo que tenemos que hacer cada séptimo día es acordarnos de santificarlo, de caminar y hablar con Dios y adorarlo como el Creador de los cielos y de la tierra.

[1] Apocalipsis 15:3.
[2] Éxodo 20:8-11.



El primer error

(Génesis 2:15 a 3:4)

AQUELLOS primeros días que Adán y Eva pasaron en el jardín del Edén deben haber sido sumamente felices. No tenían ninguna preocupación en el mundo. Ni una sola. ¡Qué bien se sentían! ¡Qué fuertes que eran y cuánta salud irradiaban! No sabían lo que significaba la enfermedad. Nunca tuvieron un dolor de cabeza ni un dolor de muela. Día tras día, se despertaban de un sueño apacible, tan frescos como margaritas, preparados para cualquier cosa.

La vida era un espléndido picnic. Su trabajo era tan placentero y fácil, que era como jugar, porque todo lo que Dios les pedía que hiciesen en su precioso jardín era cultivarlo y cuidarlo. No había malezas, ni espinas, ni cardos que los molestaran. Ni siquiera tenían que pasarse largas horas levantando edificios ni confeccionando ropa. El clima era tan cálido y agradable que no necesitaban nada de eso.

En cuanto a la comida, por todas partes había las mejores frutas, nueces y granos, ricos en vitaminas vivificantes. Podían tener todo lo que quisieran con solo recogerlo. ¡Así que no tenían que cocinar ni lavar!

Así era el primer hogar del hombre: inefablemente hermoso, tranquilo y feliz. Y Adán y Eva todavía podrían estar viviendo allí si no hubiesen cometido un triste error.

Ese error, que parecía tan pequeño y sin importancia en ese momento, demostró ser el momento decisivo de su vida. Después de eso, nada volvió a ser igual.

Sucedió así: Un día Eva salió a pasear sola por el jardín. Quería echarle otro vistazo a los dos espléndidos árboles en medio del huerto, con toda esa fruta hermosa y de colores brillantes.

¿Por qué Dios le había puesto el nombre tan peculiar de "el árbol del conocimiento del bien y del mal" a uno de ellos?, se preguntaba. ¿Qué era el "mal"? Y ¿por qué no debía comer de esa fruta? ¿Cómo podría ser que le hiciese daño?

Parecía extraño que Dios, después de dar tanto, no diera todo. ¿Por qué se reservó un árbol? Pero Eva no tenía intención de desobedecerle, no en ese momento. Sin duda, se decía, Dios

les explicaría todo algún día. Probablemente habría una buena razón.

Al desviar la mirada, quizá para volver a mirar el precioso "árbol de la vida", se sobresaltó al oír que alguien le hablaba.

¿Quién podría ser? Las únicas voces que había oído hasta ahora habían sido la voz de Dios y la voz de Adán. Ahora, alguien más estaba hablando. Asombrada, miró para uno y otro lado, pero no vio a nadie. Entonces percibió que la voz provenía de la serpiente.

¡Qué extraordinario! ¡Un animal que podía hablar! Esperó a ver si volvía a hablar.

Y así fue; y su voz era tan amistosa y placentera, que cualquier temor que pudiera haber tenido se disipó. Después de todo, era algo lindo que alguien más le hablara, aunque solo fuese una serpiente.

¿Quién era esta serpiente? Y ¿por qué era capaz de hablar?

La Biblia nos cuenta que era "Diablo y Satanás, y que engaña al mundo entero".* Conocido anteriormente como Lucifer, el portador de luz, en su momento había sido el líder de los ángeles del cielo; pero se rebeló contra Dios, y fue echado del cielo. Entonces sucedió que vino a esta tierra para vengarse de Dios al tratar de arruinar sus planes para la felicidad del hombre.

Por supuesto, Eva no sabía todo esto, no en ese momento. Si lo hubiese sabido, seguramente no lo ha habría escuchado. Todo lo que sabía era que aquí había una criatura del todo inusual que le hablaba con voz bondadosa y agradable.

Y la serpiente le dijo:

–"¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín?"

–Sí –respondió Eva, inocentemente–. Así es. "Podemos comer del fruto de todos los árboles –respondió la mujer–. Pero, en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: 'No coman de ese árbol, ni lo toquen; de lo contrario, morirán' ".

–"¡No es cierto, no van a morir!" –dijo la serpiente en tono bromista, como si fuese improbable que ocurriera algo por el estilo.

¡Qué extraño!, debe haber pensado Eva. ¡Esta criatura en realidad está contradiciendo a Dios! ¿Cómo se atreve? No tiene razón.

Ella debiera haber huido de la escena para contarle a Adán y a Dios lo que había ocurrido. Pero no lo hizo. Se quedó. Escuchó. Y aquí cometió su primer error.

¡Y cuánta tristeza causó eso! ¡Qué precio hay que pagar por coquetear con el mal!

* Apocalipsis 12:9.

La prueba de amor

(Génesis 3:5, 6)

CUANDO Eva estaba allí parada, junto al árbol "del conocimiento del bien y del mal", escuchando las palabras aduladoras de la serpiente, entró la primera duda en su mente.

Dios había dicho que, si ella comía de este árbol, moriría. Ahora, la serpiente dijo que no moriría. ¿Quién tenía razón? ¿Podría ser que Dios no le haya dicho la verdad?

Mientras meditaba en esto, la serpiente continuó con otro pensamiento diabólico. Dijo:

–"Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal".

Así, sugirió que Dios había sido injusto con ella y con Adán, que se estaba guardando algo que les pertenecía a ellos. Además, había una astuta insinuación de que Dios estaba celoso de ellos, y temía que llegaran a ser tan sabios como él.

Era muy infame y alevoso de parte de la serpiente decir esas cosas, cuando Dios había sido tan bueno con Adán y Eva. Pero Satanás es así. Siempre obra contra Dios, siempre sugiere cosas

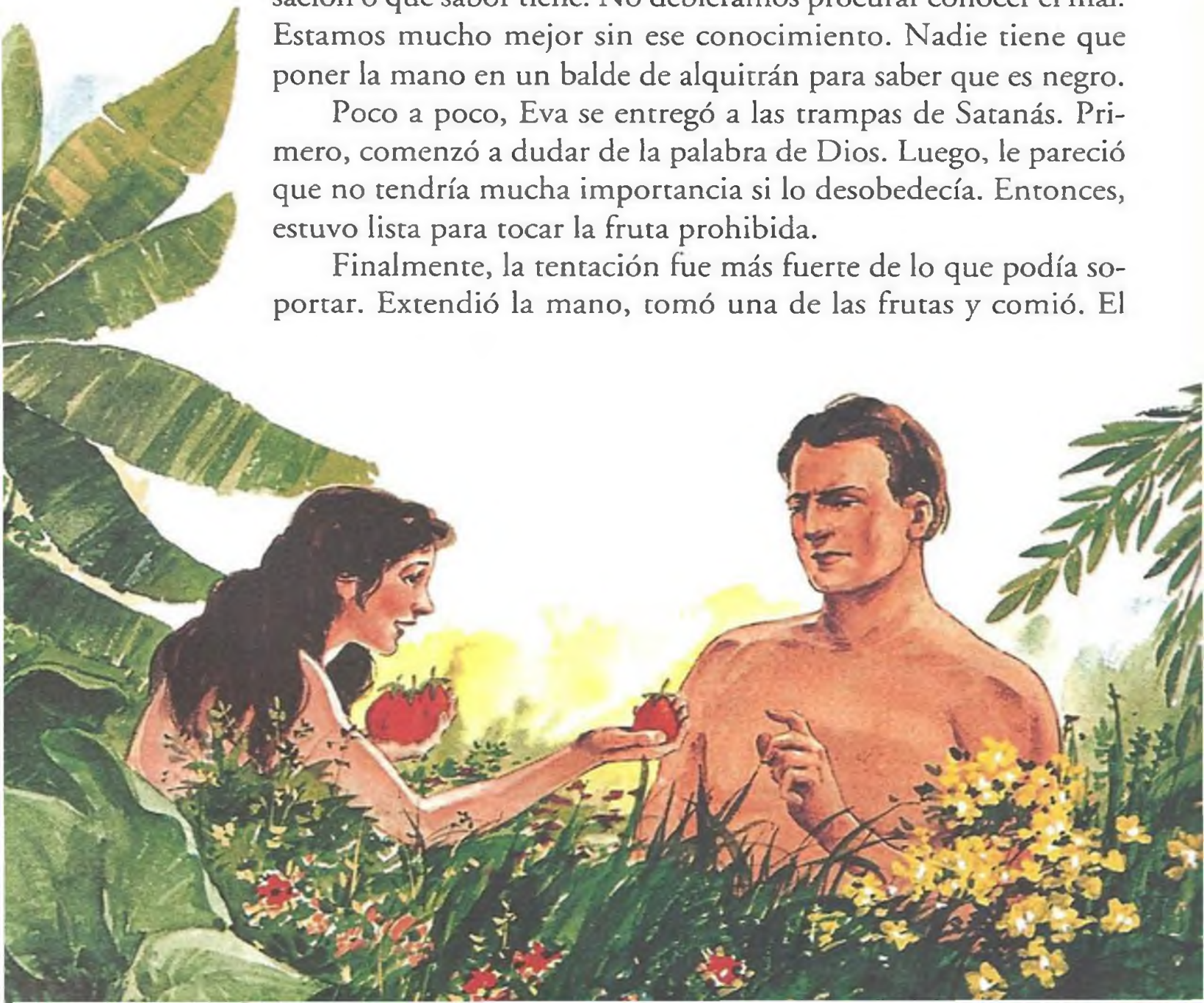
malas y aborrecibles, siempre trata de causar problemas y separar a los amigos.

Esa insinuación de que estaba a punto de conocer el "bien" y el "mal" despertó la curiosidad de Eva. Hasta ese momento, no tenía ningún conocimiento del mal. Incluso hasta debe haberse preguntado qué quería decir Satanás con esa palabra. ¿Qué era el mal? Entonces pensó que sería lindo descubrirlo.

Eso siempre es peligroso. Es el primer paso en la senda de los problemas y el dolor. Necesitamos estar siempre en guardia contra las insinuaciones de probar algo malo para saber cuál es la sensación o qué sabor tiene. No debiéramos procurar conocer el mal. Estamos mucho mejor sin ese conocimiento. Nadie tiene que poner la mano en un balde de alquitrán para saber que es negro.

Poco a poco, Eva se entregó a las trampas de Satanás. Primero, comenzó a dudar de la palabra de Dios. Luego, le pareció que no tendría mucha importancia si lo desobedecía. Entonces, estuvo lista para tocar la fruta prohibida.

Finalmente, la tentación fue más fuerte de lo que podía soportar. Extendió la mano, tomó una de las frutas y comió. El



sabor era delicioso. Se preguntaba por qué había dudado tanto. Seguramente, la serpiente estaba en lo cierto, después de todo. Dios, posiblemente, no haya tenido intenciones de impedir que comiera una fruta tan buena como esta.

Juntó más y se las llevó a Adán, explicándole lo que había ocurrido, "y también él comió".

No dudo que él le haya dicho:

–Pero pensé que Dios nos dijo que no comiésemos esta fruta.

Y ella probablemente le haya respondido:

–Oh, está todo bien. La serpiente me dijo que no moriría y, como ves, no me pasó nada. Quizá Dios cometió un error.

Pero Dios no había cometido ningún error. Había tenido una buena razón para decirle a Adán y Eva que no comieran de aquel árbol. Era su forma de descubrir si realmente lo amaban. Les había dado mucho –todo lo bueno que se le pudo ocurrir– y anhelaba su amor a cambio. ¿Lo amaban realmente? ¿Lo amarían siempre? ¿Cómo podía estar seguro?

Hay una prueba de amor infalible, y es la obediencia. Si verdaderamente amamos a papá y a mamá, le obedeceremos gustosos.

Así fue que Dios les dijo a Adán y Eva que no comieran de ese árbol. Era una prueba sencilla. Si lo hubiesen amado sinceramente, con todo su corazón, no la habrían tocado. Entonces, Dios les hubiese permitido vivir para siempre. Al ver que lo desobedecieron y que comieron del árbol, supo que no podía confiar en ellos; así que tendrían que morir y volver al polvo del que los había tomado. Qué día triste fue aquel.

¡Cuánto había en juego en esa pequeña prueba! ¡Si tan solo

lo hubiesen sabido!

Lamentablemente, no pasaron la prueba. Ambos. Y al mismo instante en que comieron la fruta, se dieron cuenta de que algo no andaba bien. Algo había salido mal. Por primera vez en su vida, estaban preocupados. ¿Qué pensaría Dios de ellos?, se preguntaban. ¿Qué les diría?

Entonces, se llenaron de miedo. Cuando el día se alargaba interminablemente y las sombras de la noche se prolongaban, cuchicheaban atemorizados. Toda la felicidad había desaparecido repentinamente de su vida. Por primera vez, se sentían tristes, miserables y desdichados. Ya no había más gozo para ellos en el Edén. Solo querían salir corriendo a esconderse.

¡Qué lástima! Pero ¿no es este el resultado de la desobediencia incluso hoy? Echa todo a perder, ¿verdad?

El precio del pecado

(Génesis 3:8-24)

EMPEZABA a oscurecer. Una brisa fresca ya hacía susurrar las hojas de los árboles. Pronto anochecería y las estrellas volverían a aparecer.

Pero no había felicidad en el Edén en esta preciosa noche. Cabizbajos y con gran dolor en el corazón, Adán y Eva caminaban sin rumbo por el bosque, donde hasta hacía un rato habían disfrutado de un gozo perfecto.

De repente, oyeron un sonido conocido. Era la voz de Dios que "andaba recorriendo el jardín", "cuando el día comenzó a refrescar".

Hasta ahora, se habían alegrado de oír esta voz maravillosa y corrían a su encuentro como un queridísimo amigo. Ahora, huían de él. "Entonces corrieron a esconderse entre los árboles, para que Dios no los viera".

Era una tontería hacer eso. No podían esconderse de Dios, así como nosotros tampoco podemos escondernos de él hoy.

"Pero Dios el Señor llamó al hombre y le dijo:

–"¿Dónde estás?"

Dios no tenía necesidad de preguntar. Sabía dónde se encontraban. Pero quería que ellos supiesen que él los estaba buscando, que él todavía se preocupaba por ellos y que los amaba.

¡Qué ternura había en su voz en ese momento! Parecía estar diciendo: "¿Por qué se esconden del que los ama tanto? ¿Por qué no vienen a mi encuentro como solían hacerlo?

Incapaz de guardar silencio por más tiempo, Adán salió lentamente de su escondite y dijo:

"Escuché que andabas por el jardín, y tuve miedo".

¡Miedo! ¡Qué extraño que dijera eso! Nunca antes había sentido miedo. Jamás supo hasta ese entonces lo que era el temor. Ahora, este ser magnífico y noble, la obra maestra de la creación de Dios, sentía miedo. Y, ¡ay, lo más triste es que tenía miedo de su Hacedor!

Pero esto es lo que hace el pecado. Hace que una persona sienta temor aun de sus mejores amigos. Convierte en cobarde al hombre más valiente y doblega de vergüenza la cabeza más noble.

Dios sabía lo que había ocurrido, por supuesto, porque para él no hay nada oculto. Pero le preguntó a Adán:

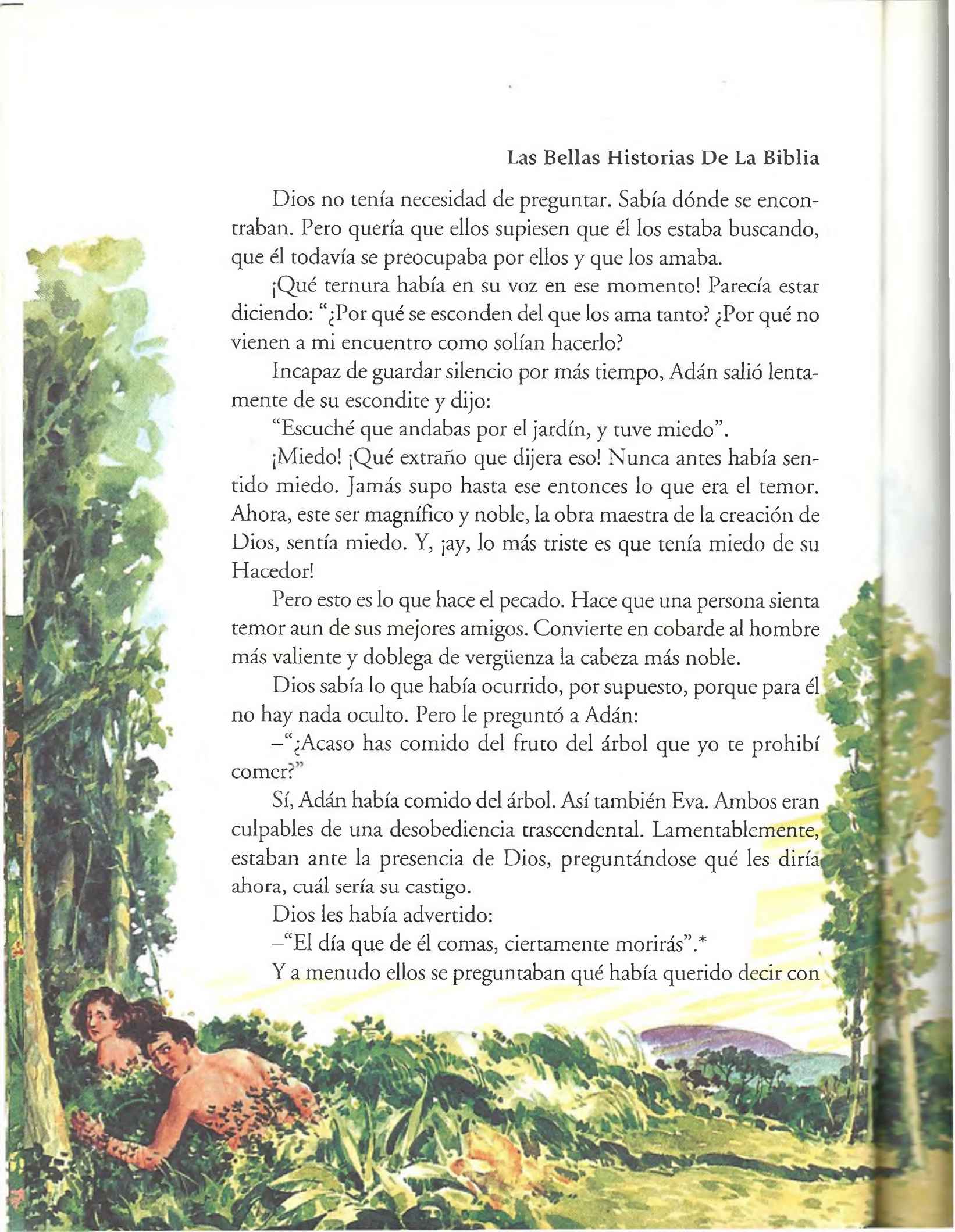
–"¿Acaso has comido del fruto del árbol que yo te prohibí comer?"

Sí, Adán había comido del árbol. Así también Eva. Ambos eran culpables de una desobediencia trascendental. Lamentablemente, estaban ante la presencia de Dios, preguntándose qué les diría ahora, cuál sería su castigo.

Dios les había advertido:

–"El día que de él comas, ciertamente morirás".*

Y a menudo ellos se preguntaban qué había querido decir con



esas extrañas palabras. Como nunca habían visto la muerte, no podían percibir cómo era. ¿Ahora iban a morir? ¿Sería ese su último día sobre la tierra? ¡Qué tristeza! Habían estado aquí muy poco tiempo.

Fue entonces que Dios les dijo lo que iba a ocurrirles por causa de su pecado. Les explicó que, desde el mismo momento de su desobediencia, habían comenzado a morir. Y en su corazón ellos sabían que era verdad.

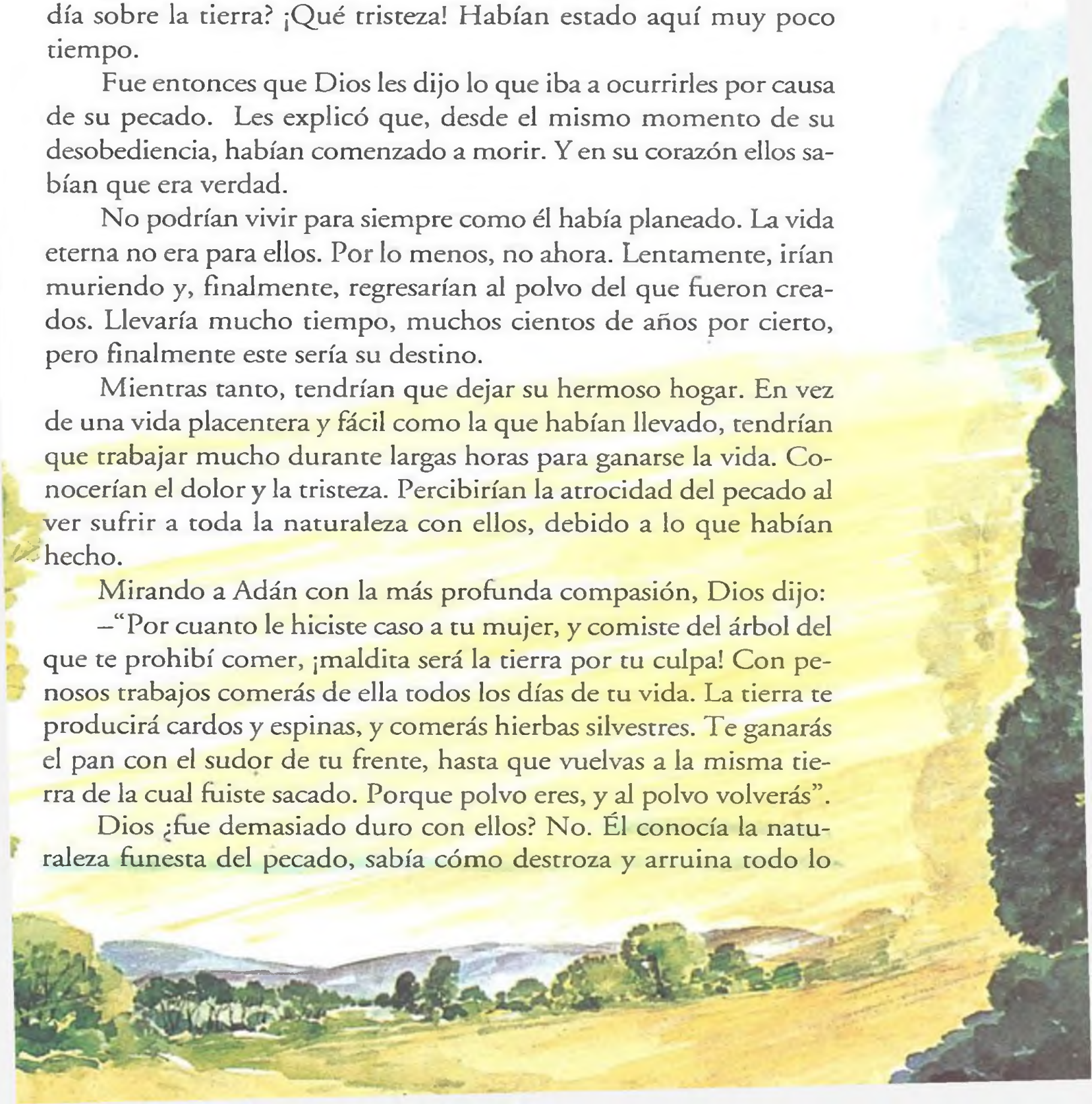
No podrían vivir para siempre como él había planeado. La vida eterna no era para ellos. Por lo menos, no ahora. Lentamente, irían muriendo y, finalmente, regresarían al polvo del que fueron creados. Llevaría mucho tiempo, muchos cientos de años por cierto, pero finalmente este sería su destino.

Mientras tanto, tendrían que dejar su hermoso hogar. En vez de una vida placentera y fácil como la que habían llevado, tendrían que trabajar mucho durante largas horas para ganarse la vida. Conocerían el dolor y la tristeza. Percibirían la atrocidad del pecado al ver sufrir a toda la naturaleza con ellos, debido a lo que habían hecho.

Mirando a Adán con la más profunda compasión, Dios dijo:

–"Por cuanto le hiciste caso a tu mujer, y comiste del árbol del que te prohibí comer, ¡maldita será la tierra por tu culpa! Con penosos trabajos comerás de ella todos los días de tu vida. La tierra te producirá cardos y espinas, y comerás hierbas silvestres. Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste sacado. Porque polvo eres, y al polvo volverás".

Dios ¿fue demasiado duro con ellos? No. Él conocía la naturaleza funesta del pecado, sabía cómo destroza y arruina todo lo



que toca. Había visto cómo destruyó la dulce armonía celestial. Ahora, estaba comenzando de nuevo en la tierra, amenazando con arruinar este Paraíso glorioso que acababa de crear. Algo debía hacerse. Adán y Eva tenían que darse cuenta de lo que significa el pecado, lo que hace y cuánto cuesta.

Todo fue muy triste, y no sé quién se sentía peor cuando los dos se separaron de Dios y comenzaron a marcharse de su hermoso hogar edénico.

La oscuridad se cernía y, desde fuera del bosque, muchos animales amistosos miraban con ojos escrutadores que parecían preguntar: ¿Qué pasa? ¿A dónde se están yendo? Hasta los pájaros acallaron sus cantos al escuchar pasmados el tremendo llanto desgarrador de su señor y dueño, mientras él y su amada esposa se alejaban en medio de la noche.

Para Adán y Eva, lo más difícil de soportar era el pensamiento de que no podrían regresar. Por la mañana, el Edén sería solo un recuerdo. Nunca volverían a entrar.

Al darse vuelta para mirar por última vez todo lo que habían amado y perdido, vieron una luz extraña que fulguraba en la oscuridad a lo largo del camino que acababan de recorrer. Parecía un arma ardiente en la mano de un ángel. Y la espada ardiente "se movía por todos lados, para custodiar el camino que lleva al árbol de la vida".

El camino estaba cerrado; la entrada estaba bloqueada. ¡Tan tremendo es el costo de un solo pecado!

---

* Génesis 2:17.

Un destello de esperanza

(Génesis 3:15, 21)

NO se nos dice cuánto se alejaron Adán y Eva de su jardín edénico, pero pronto notaron muchos cambios. Primeramente, descubrieron que necesitaban ropa, y leemos que "Dios el Señor hizo ropa de pieles para el hombre y su mujer, y los vistió".

¡Qué ropa debe haber sido aquella, hecha con toda la habilidad, toda la solicitud, toda la tierna compasión del Creador del hombre!

Sin embargo, esta ropa significaba muerte. Al menos un animal, posiblemente dos, tuvieron que morir para que Adán y Eva pudieran vivir. Y de esa manera se les hizo entender nuevamente el costo del pecado.

Muchas veces, en sus viajes, deben haber conversado de aquellos buenos días que habían disfrutado en el glorioso Paraíso que Dios les había dado en el comienzo. Muchas veces, también, deben haberse preguntado si alguna vez se les permitiría volverlo a ver.

Cuando una y otra vez repasaban todo lo que había sucedido

aquel triste día en que cometieron su terrible error, había algo que resurgía persistentemente en su mente. Es algo que Dios le había dicho a la serpiente.

Una y otra vez lo repetían, preguntándose qué significaría: "Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la de ella; su simiente te aplastará la cabeza, pero tú le morderás el talón".

¿Qué querría decir esto?

Una cosa era segura: Significaba que Eva tendría hijos, y ella estaba contenta por eso. Pero ¿qué más incluía eso?

Bueno, habría "enemistad" o guerra entre los hijos de Eva y los hijos de la serpiente.

Eva sabía que nunca perdonaría a la serpiente por la forma en que la engañó y la privó de hermoso hogar; ni tampoco sus hijos. Ella se encargaría de eso. Y por cierto, cuando Dios le dijo a la serpiente: "Tú le morderás el talón", significaba que la simiente de ella, sus hijos –o uno de ellos– ganaría el conflicto finalmente.

Aquí, por primera vez, ella vio un destello de esperanza. Algún día, la malvada serpiente, que había caudado tanto pesar y pérdida sobre ella y su esposo, sería destruida. Entonces, quizá, Dios les permitiría regresar al Edén.

¡Cuánto amaban esta promesa! Fue la primera promesa hecha al hombre alguna vez y la primera que se menciona en la Biblia. Para Adán y Eva era la única promesa que tuvieron, ¡y qué preciosa debe haber sido para ellos! En los días oscuros, cuando todo parecía ir mal, la recordaban y hablaban de ella, hasta que, una vez más, surgía la esperanza en sus corazones apesadumbrados.

Imagínate con cuántas ansias esperaban la llegada de su primer bebé. Quizá él sería –cuando creciera– el que le aplastaría la ca-

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

n y Eva, a menudo, hablaban acerca de la pro-
a que Dios les había hecho en el Edén. Eva
rdaba con claridad cómo Dios había malde-
a la serpiente y por qué lo había hecho.

beza a la serpiente. ¡Quizá no tendrían que esperar mucho para regresar al Edén después de todo!

Pero cuando nació Caín, no aplastó a la serpiente. Por el contrario, resultó ser un gran chasco. Ni tampoco Abel, ni Set ni ninguno de sus hijos cumplió la promesa.

Pasaron los años y nadie venía a restaurarlos al Paraíso y al árbol de la vida. Debe haber sido difícil conservar la esperanza.

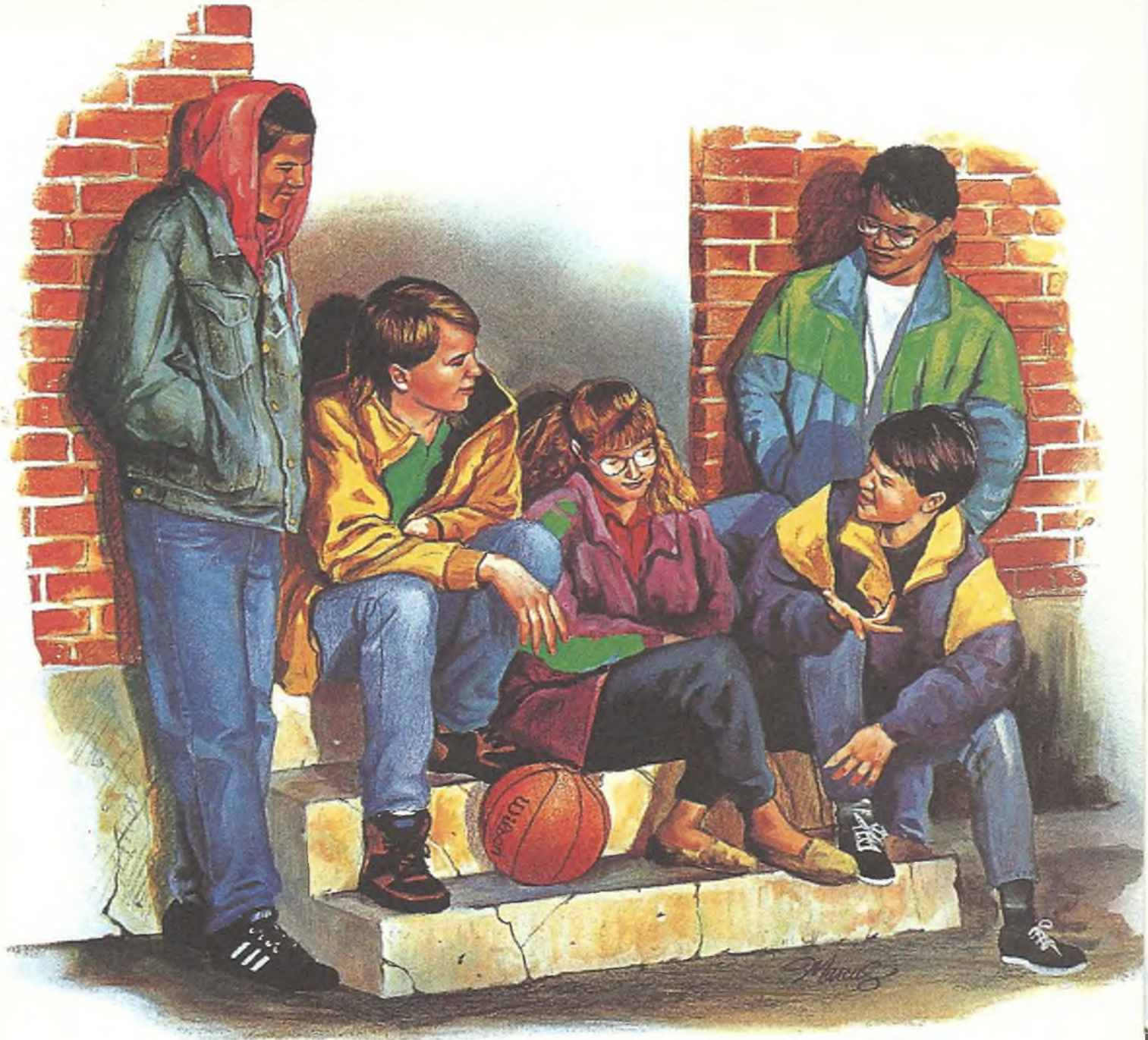
¿Qué tenía en mente el Señor cuando les hizo esta promesa en el jardín? ¿A quién se estaba refiriendo cuando habló de la simiente de la mujer? Estaba pensando, por supuesto, en su Hijo que un día vendría a la tierra como un bebé –uno de los hijos de Eva– y lucharía contra el gran enemigo. Como Jesucristo, Emanuel, "Dios con nosotros", destruiría a Satanás y llevaría otra vez a Adán y Eva y a todos los que aman a Dios al Edén.

Por supuesto, si Dios les hubiese dicho a Adán y Eva que tendrían que esperar miles de años antes de volver a ver su hogar, se habrían desanimado mucho. Así que les dijo lo suficiente para que supieran que todo saldría bien al final. Esto alegró su pobre y triste corazón, y los instó a seguir esperando. Y los hombres han seguido transmitiéndose unos a otros esa misma bendita esperanza a través de los siglos.

Sucedió que todas las personas que amaban a Dios –incluso en esos tiempos antiguos– comenzaron a desear que llegue Jesús. Por esto Enoc, "el séptimo patriarca a partir de Adán", dijo:

–"Miren, el Señor viene con millares y millares de sus ángeles para someter a juicio a todos".[1]

Hoy, esa misma esperanza es nuestra. En todas partes, los niños y las niñas que aman a Jesús esperan ansiosos su regreso. Porque cuando él venga, la promesa que Dios le hizo a Adán se



cumplirá, y "aquella serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás"[2] será destruida. Entonces, también el Edén, el bello y glorioso Edén, será restaurado, y los hijos de Dios vivirán allí en perfecta felicidad para siempre.

[1] Judas 1:14, 15.
[2] Apocalipsis 12:9.

El primer bebé

(Génesis 4:1)

CUANDO Dios creó los peces, las aves y los animales, les dijo:
–"Sean fructíferos y multiplíquense".[1]

En respuesta a su mandato, pronto aparecieron en los ríos y los mares miles de peces bebés, desde los más diminutos hasta los bebés ballenas y leones marinos. En los árboles y los arbustos del bosque, aves de toda clase y color comenzaron a construir nidos, a poner huevos y a incubarlos, como han hecho las aves a través de los siglos desde aquel entonces.

Las primeras ovejas tuvieron sus primeros corderitos, los primeros osos tuvieron sus primeros oseznos como de peluche, a los primeros elefantes les nacieron adorables bebés elefantitos, y así sucesivamente por toda la creación. Todo el mundo se convirtió en una inmensa casa cuna con miles de madres y padres que hacían lo mejor de su parte para alimentar y educar a sus hijos.

A Adán y Eva Dios también les dijo:
–"Sean fructíferos y multiplíquense".[2]

No quería que estuviesen solos. Había hecho planes de que tuviesen una familia numerosa y disfrutaran del amor y la compañía de muchos, muchos niños y niñas.

— ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

primera familia se mantenía muy ocupada.
án cultivaba la tierra; sus hijos aprendie-
ı a sembrar semillas que, al crecer, les pro-
an alimento; Eva atendía el hogar.

Si nos detenemos a pensar, este fue, por lejos, el mayor regalo de amor de parte de Dios para estos queridos seres creados por su mano. Mejor que todas las ricas provisiones de oro y plata de la tierra, mejor que toda la amistad de los animales, era la capacidad de tener niños y niñas, que un día crecerían para ser hombres y mujeres como ellos.

Este regalo tan precioso tenía la intención de brindarles eterna felicidad, cuando sus hijos y los hijos de sus hijos vinieran a amarlos y honrarlos a través de los tiempos.

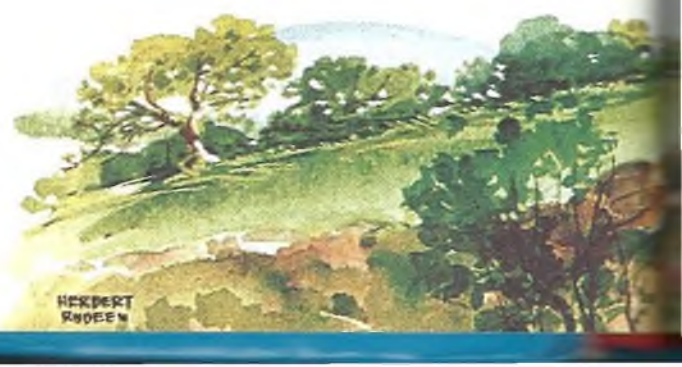
Cuántos hijos tuvieron Adán y Eva, no lo sabemos. Pero por lo que se nos cuenta de aquellos lejanos días, podemos estar seguros de que tuvieron muchísimos. ¡Y qué inteligentes y hermosos deben haber sido, al ser hijos de estos dos seres majestuosos formados por el Creador mismo!

¡Cómo habrán resonado sus alegres risitas por las colinas y los valles mientras corrían alegremente por los campos y los bosques, jugando con sus amigos los animales! Sin duda, fue la alegría y el amor de estos queridos niños lo que ayudó a Adán y Eva a soportar el pesar y la pérdida del Edén.

De todos sus hijos solo conocemos el nombre de tres, que fueron varones. Por supuesto que deben haber tenido niñas en su familia también, pero sus nombres no se encuentran en la Biblia.

El nombre del primer bebé –el primero que nació en esta tierra– fue Caín. No es raro que sepamos ese nombre, porque los primeros bebés siempre son muy, pero muy importantes, ¿verdad?

¡Cuánto habrán amado Adán y Eva a ese niñito! ¡Cuántas veces habrán contado los dedos de las manos y de los pies y se habrán asombrado por la belleza de sus ojos, su nariz, sus orejas, su boca, como todos los padres y madres han admirado a sus prime-



ros bebés desde entonces!

También estoy seguro de que el Hijo de Dios, muchas veces, habrá mirado con ternura ese suave capullito encantador en los brazos de Eva, porque sabía que, algún día, vendría a vivir entre los hijos de Adán de esa forma.

¡Qué consuelo debe haber sido el pequeño Caín para los tristes corazones de sus padres! La sola alegría de mirarlo, de jugar con él y de amarlo debe haberles ayudado a olvidar sus pesares. Y al pensar en el día en que crecería y llegaría a ser un muchacho grande y refinado, un joven semejante a su noble padre, ¡qué sueños maravillosos habrán concebido para él, cuántas esperanzas grandiosas para el futuro que anhelaban en su corazón para este hijo recién nacido!

Pero esto no sucedió así.

En cambio, este tesoro tan preciado, esta alegría de su corazón, llegó a ser la fuente de su mayor tristeza.

Ellos pensaban que habían pagado el precio del pecado cuando fueron expulsados del jardín del Edén. Pero solo habían empezado a pagarlo. Pronto, demasiado pronto, habrían de ver lo que puede hacer el pecado en la vida de un muchacho, lo que puede hacerle al hogar de un muchacho, lo que puede hacerle al corazón de sus padres.

¡Ah, que historia tan triste! Este hermoso bebé, este niño perfecto, el primogénito del primer hombre y de la primera mujer de este mundo, ¡llegó a ser el primer asesino del mundo!

---

[1] Génesis 1:22.

[2] Génesis 1:28.

La primera pelea

(Génesis 4:2-8)

EL segundo niñito cuyo nombre se encuentra en la Biblia es Abel. Nació poco después de Caín, porque ambos crecieron juntos.

Deben haber jugado en los bosques y chapoteado juntos en los arroyos. Quizá fueron los primeros niños en hacer una barca que flote en la laguna más cercana.

¡Cómo habrán disfrutado en aquellos lejanos días cuando el mundo era joven y muy hermoso!

Estos dos niños, probablemente, eran líderes en su familia numerosa y siempre en aumento. Los hermanos y hermanas menores los admiraban y seguían su ejemplo, que sin duda es la razón de que sus hombres estén registrados, y no el de los demás. Como eran líderes, su manera de vivir y actuar llegaron a ser muy importantes.

Con el paso del tiempo, los niños crecieron hasta hacerse grandes y se dedicaron a diferentes ocupaciones. A Caín le encantaba cultivar la tierra. La Biblia dice que "se dedicó a trabajar la tierra". Probablemente inventó el primer arado. Y qué entu-

siasmo habrá tenido en recoger semillas, sembrarlas y observarlas crecer hasta convertirse en plantas fuertes, robustas y hermosas.

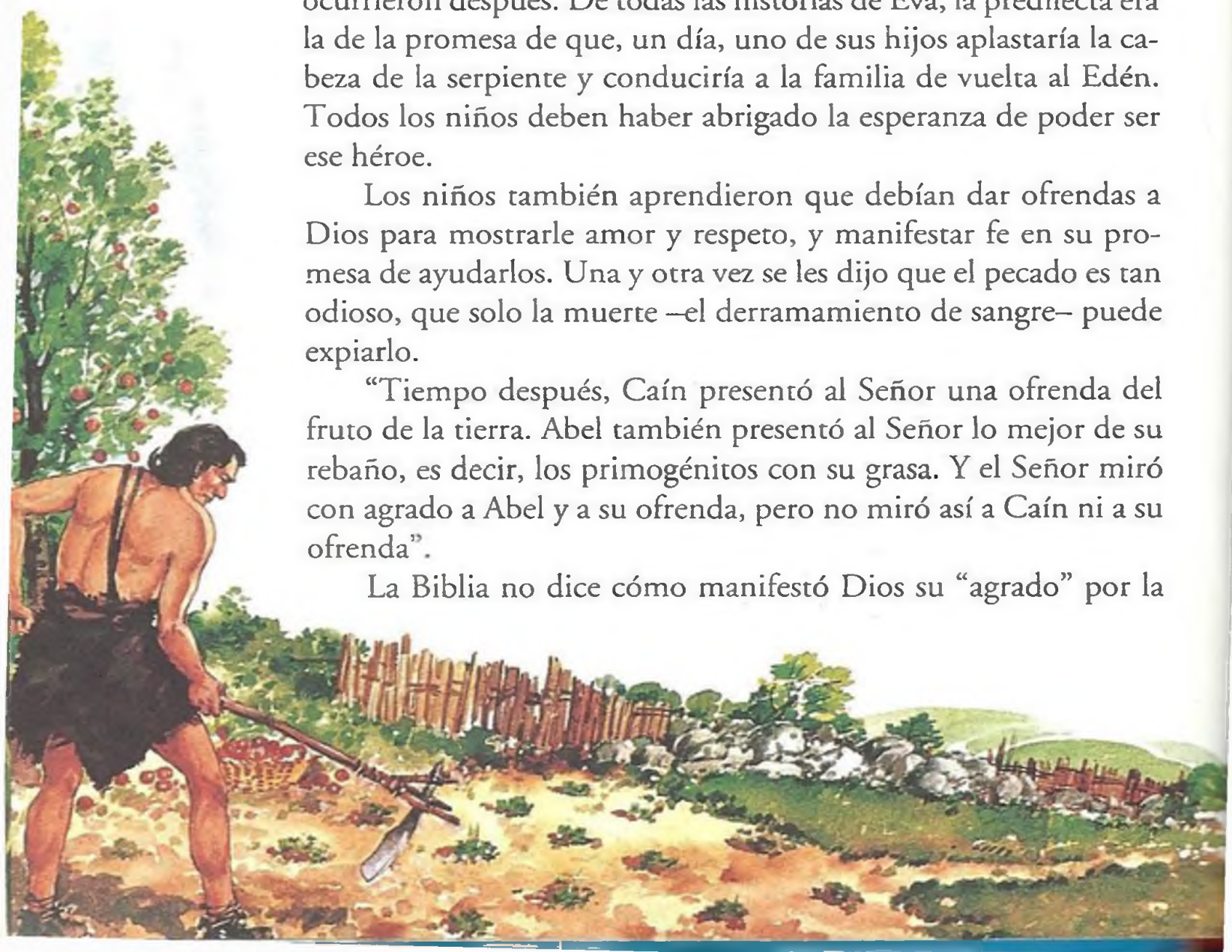
De Abel se nos dice que prefería trabajar con animales. "Se dedicó a pastorear ovejas" –el primer pastor–, y me imagino que habrá cuidado con mucho cariño a los primeros corderitos.

Ambos muchachos fueron instruidos en el conocimiento de Dios. Probablemente, la mayoría de las historias que les contaba Eva eran del Edén y de todo lo que sucedía allí, porque esos días gloriosos en ese maravilloso jardín eran sus recuerdos más preciados. De modo que estos dos muchachos, al igual que todos sus hijos, escucharon hablar del amante Creador, de la astuta tentación del diablo, de cómo ella cedió y de todas las cosas tristes que ocurrieron después. De todas las historias de Eva, la predilecta era la de la promesa de que, un día, uno de sus hijos aplastaría la cabeza de la serpiente y conduciría a la familia de vuelta al Edén. Todos los niños deben haber abrigado la esperanza de poder ser ese héroe.

Los niños también aprendieron que debían dar ofrendas a Dios para mostrarle amor y respeto, y manifestar fe en su promesa de ayudarlos. Una y otra vez se les dijo que el pecado es tan odioso, que solo la muerte –el derramamiento de sangre– puede expiarlo.

"Tiempo después, Caín presentó al Señor una ofrenda del fruto de la tierra. Abel también presentó al Señor lo mejor de su rebaño, es decir, los primogénitos con su grasa. Y el Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró así a Caín ni a su ofrenda".

La Biblia no dice cómo manifestó Dios su "agrado" por la



ofrenda de Abel. Bien puede ser que hizo descender fuego del cielo sobre el corderito muerto de Abel, que fue consumido. El hecho es que hubo una diferencia. Era evidente que la ofrenda de frutas, nueces y verduras de Caín no fue aceptada.

¿Por qué Dios hizo esta diferencia? ¿Por qué "miró con agrado" a una ofrenda y no a la otra?

Porque, al derramar la sangre de un cordero, Abel reveló que comprendía el plan de Dios de vencer a Satanás y recuperar el Edén para el hombre; que solo podía ser mediante la muerte del "Cordero de Dios",* el mismo Hijo de Dios.

Caín, indudablemente, comprendía esto tanto como Abel, pero no podía entender por qué su ofrenda no fue aceptada al igual que la de su hermano. Y cuando vio que Dios había "aceptado" la ofrenda de Abel, mientras que ignoró la suya, se llenó de celos.

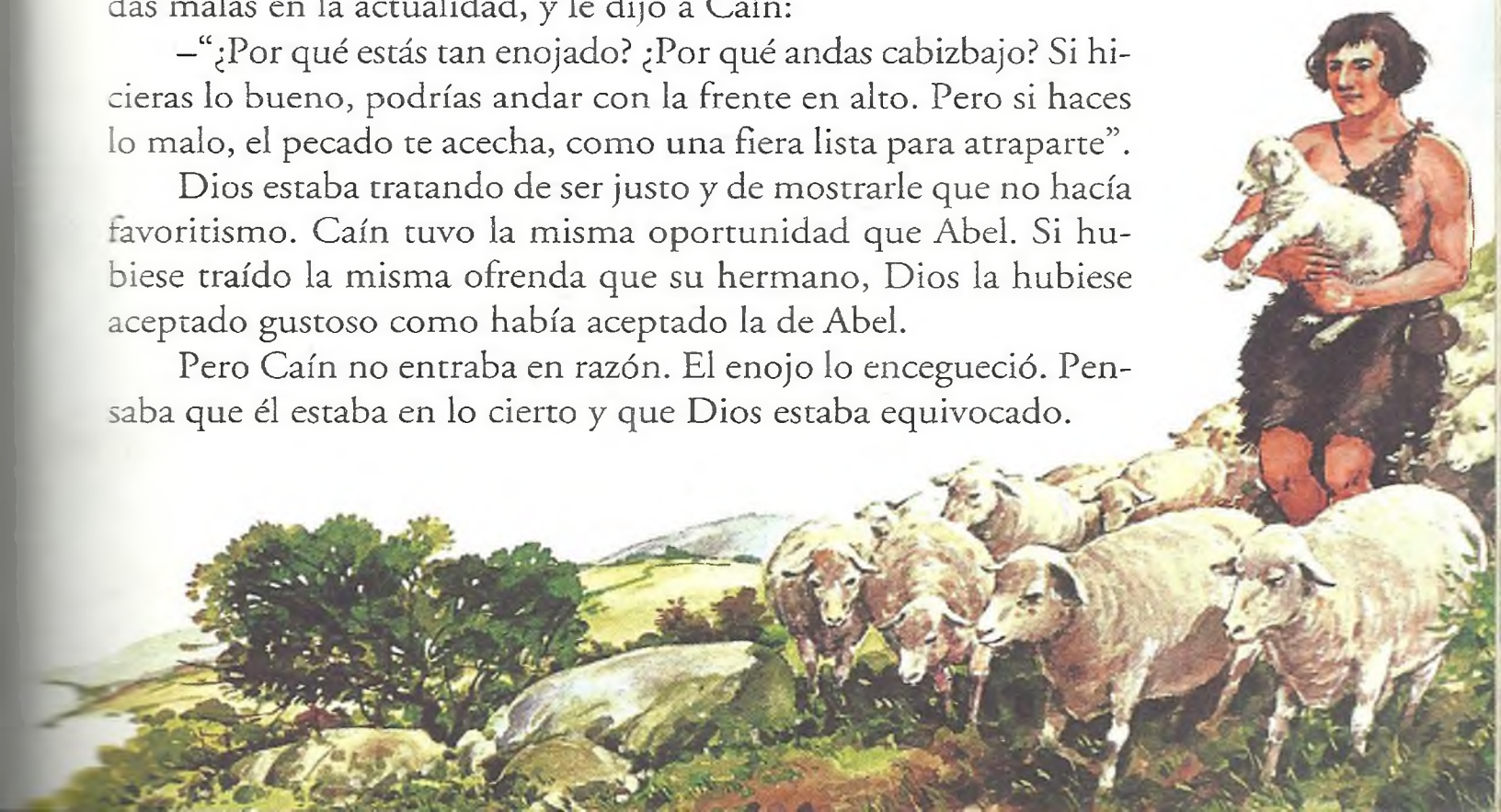
"Por eso Caín se enfureció y andaba cabizbajo"; en otras palabras, demostraba lo que sentía.

Dios vio esas miradas de mal genio, como ve todas las miradas malas en la actualidad, y le dijo a Caín:

–"¿Por qué estás tan enojado? ¿Por qué andas cabizbajo? Si hicieras lo bueno, podrías andar con la frente en alto. Pero si haces lo malo, el pecado te acecha, como una fiera lista para atraparte".

Dios estaba tratando de ser justo y de mostrarle que no hacía favoritismo. Caín tuvo la misma oportunidad que Abel. Si hubiese traído la misma ofrenda que su hermano, Dios la hubiese aceptado gustoso como había aceptado la de Abel.

Pero Caín no entraba en razón. El enojo lo encegueció. Pensaba que él estaba en lo cierto y que Dios estaba equivocado.



Más tarde, fue hasta donde estaba Abel en el campo y "habló con su hermano Abel". No sabemos lo que le dijo, pero podemos estar seguros de que no fue algo agradable ni fraternal. Levantó la voz. Maldijo. Lo acusó falsamente. Fue la primera pelea.

Caín cada vez estaba más furioso hasta que, al final, "atacó a su hermano y lo mató".

La Biblia no nos cuenta si le pegó con el puño, con un garrote o si lo apuñaló con un cuchillo. Nos queda el cuadro de ese joven hermoso, cayendo al suelo sin fuerzas.

La muerte había llegado a la familia humana. El primer hogar se había roto por primera vez.

¡Ay, qué día tan, pero tan triste!

Nadie sabe quién le dio la noticia a Adán y Eva, pero la angustia que les causó debe haber sido terrible. Puedo verlos corriendo hacia el campo manchado de sangre, levantando el pobre cuerpo entumecido, sin poder creer que nunca más volvería a respirar, que nunca más sonreiría ni volvería a hablar. Y puedo oír los sollozos desconsolados de esos pobres padres, mientras exclamaban, como lo hizo David mucho después por Absalón: "¡Ay, Abel, hijo mío! ¡Hijo mío, Abel, hijo mío!"

* Juan 1:29.

El hombre marcado

(Génesis 4:9-16, 25)

CAÍN se espantó con lo que hizo. Vio que el cuerpo de su hermano se desplomaba en el suelo y se preguntó qué había ocurrido, porque nunca antes había visto morir a un hombre. Entonces, cuando comprendió la espantosa verdad de que Abel estaba muerto –muerto como el cordero en el altar que había sido el motivo de toda esta disputa–, su enojo se convirtió en temor y remordimiento.

Ahora no podía regresar a su hogar así. No podía enfrentar a sus padres después de cometer ese acto tan espantoso. Tampoco podía enfrentar a sus hermanos y hermanas, porque se enojarían con él y quizá querrían matarlo, como él había matado a Abel. Tendría que huir lo más lejos posible, y nunca más volver.

Eso es lo que hace el pecado. Separa a los seres queridos, destroza la felicidad, quita la paz mental y el gozo del corazón.

Cuando Caín huyó de la escena, escuchó que Dios lo llamaba:

–"¿Dónde está tu hermano Abel?"

–"No lo sé –respondió–. ¿Acaso soy yo el que debe cuidar a mi hermano?"

–"¡Qué has hecho! –exclamó el Señor–. Desde la tierra, la sangre de tu hermano reclama justicia".

Por supuesto que Dios sabía lo que había ocurrido. Nada se esconde de él. Había presenciado ese acto espantoso. Había visto la sangre de Abel en la tierra, y esta clamaba por justicia. De hecho, desde el silencio y la impotencia de la muerte, Abel clamaba más fuerte que si estuviese vivo, para que se hiciera algo por esta gran injusticia.

Caín había quebrantado el sexto mandamiento de la santa ley de Dios: "No mates".* Pero por su orgullo, sus celos, su enojo, su autosuficiencia y sus mentiras, también había quebrantado los otros nueve. Tenía que ser castigado. Pero ¿cómo?

–"Por eso, ahora quedarás bajo la maldición de la tierra –dijo Dios–. Cuando cultives la tierra, no te dará sus frutos, y en el mundo serás un fugitivo errante".

En su misericordia, Dios no le quitó la vida a Caín, pero lo envió lejos de su hogar y de todo lo que había sido tan querido

para él, así como había expulsado a Adán y Eva del jardín del Edén cuando ellos habían pecado contra él. Caín sería un fugitivo que huye siempre para salvar su vida, un vagabundo que nunca se atrevería a establecerse en un lugar.

–"Este castigo es más de lo que puedo soportar –exclamó Caín al darse cuenta de lo que le había costado su pecado–. Hoy me condenas al destierro, y nunca más podré estar en tu presencia. Andaré por el mundo errante como un fugitivo, y cualquiera que me encuentre me matará".

Pobre Caín, se imaginaba viviendo en constante temor por su vida, siempre huyendo cada vez más lejos del hogar, al que nunca podría regresar. Dios sintió compasión por este joven que tanto amaba desde que era un bebé, y "le puso una marca a Caín, para que no fuera a matarlo quien lo hallara".

La Biblia no dice cuál era esa marca. Bien puede haber sido un cambio en su rostro que el pecado, el remordimiento y el temor siempre acarrean. El hecho es que, a partir de ese momento, fue un hombre diferente, el primer hombre marcado de la historia. Marcado, no para que pudiese ser atrapado y castigado, sino marcado por su castigo, para que pudiera librarse de la muerte.

La marca hizo algo más. Le recordaría a Caín, a su esposa, a sus hijos y a todos los que se encontraran con él cuán terribles son los resultados del pecado. Era una advertencia para que nadie optara por ese mal proceder que le había causado tanta tristeza a él y a sus seres queridos.

"Así Caín se alejó de la presencia del Señor y se fue a vivir a la región llamada Nod, al este del Edén".

¿Alguna vez te pusiste a pensar en lo que eso significó para Adán y Eva?

En un solo día perdieron a dos hijos. Abel estaba muerto; y Caín, su primogénito, del que habían dependido tanto, y en el que habían puesto sus esperanzas para el futuro, era un marginado que huía por su vida a tierras desconocidas del oriente para salvar su vida.

¡Qué día sombrío debe haber sido aquel! Desde aquella espantosa noche en que echaron un último vistazo al Edén y vieron al ángel con la espada ardiente que les impedía regresar, nunca más habían sentido tanta soledad y desesperación.

Es probable que se hayan preguntado si valía la pena seguir viviendo y qué sentido tenía seguir esperando.

Sin embargo, la esperanza renació en estos pobres y tristes corazones. Y, como sucede tan a menudo, vino en la forma de un bebé, porque fue en este preciso momento que Eva tuvo otro bebito. La Biblia dice: "Y ella tuvo un hijo al que llamó Set, porque dijo: 'Dios me ha concedido otro hijo en lugar de Abel, al que mató Caín' ".

De modo que volvieron a empezar, creyendo y esperando que este fuera el bebé del que vendría la simiente prometida.

* Éxodo 20:13.

El último cumpleaños de Adán

(Génesis 5)

CUANDO nació su pequeñito Set, Adán tenía 130 años. A nosotros nos parece que era muy viejo, pero no era viejo en aquellos días. De hecho, Adán recién estaba comenzando a vivir. Vivió ochocientos años después de eso.

Puede parecer difícil de creer, pero el último cumpleaños de Adán fue cuando tenía 930 años. Si hubiese tenido una torta de cumpleaños con velas como tú, ¡qué espectáculo hubiese sido!

Quizá digas: "¡Nadie pudo haber vivido tanto!" Pero espera un minuto. Recuerda que Adán fue el primer hombre creado por Dios mismo el sexto día de la semana de la creación. Por lo tanto, fue el hombre más perfectamente formado que haya existido. Su corazón, sus pulmones, sus músculos, formados por las manos de Dios, fueron hechos para vivir para siempre. De hecho, habrían durado para siempre si no hubiese pecado. Pero si no fuese por ese único y triste error, podría haber comido del árbol de la vida y vivir para siempre.

Además, en el principio de la historia de este mundo, no había ninguna de las enfermedades que conocemos hoy, que cau-

san tantas muertes en gente joven. Durante cientos de años, probablemente, Adán nunca supo lo que era estar enfermo. Lo más probable es que nunca haya tenido un resfrío, ni paperas, ni sarampión, ni varicela, ni siquiera un dolor de muela. Dios lo había hecho de una forma tan maravillosa, que mantuvo su espléndida salud y su fortaleza la mayor parte de su larga vida. Solamente la vejez lo debilitó, ocasionándole finalmente lo que Dios le había advertido en el Edén, es decir, la muerte, y así regresar al polvo del que había salido.

Ahora bien, si Adán vivió más de novecientos años, y estoy seguro de que fue así, entonces debe haber visto crecer no solo a sus hijos hasta hacerse grandes, sino también a sus nietos, sus bisnietos y sus tataranietos.

Para cuando murió, debe haber sido tatara-tatara-tatara-tatara-tatara abuelo. En realidad, no sé cuántos "tatara" poner. Si por casualidad celebró su cumpleaños número 930 invitando a todos sus parientes, miles y miles de personas deben haber estado allí.

Como verás, si toda esta gente era descendiente de Adán, como en realidad lo era, todos estaban emparentados entre sí: hermanos y hermanas, tíos y tías, sobrinos y sobrinas, primos y primos segundos. De modo que la población de la tierra en aquellos días estaba compuesta por una sola familia, y Adán era el patriarca de todos ellos.

Pero no solo Adán vivió mucho tiempo. Sus hijos también. Set, aquel niñito que llegó para alegrarle el corazón después de perder a Caín y a Abel, vivió 912 años. Y uno de los hijos de Set, llamado Enós, vivió hasta los 905.

Otros, que vivieron mucho, mucho tiempo, fueron Cainán, 910 años; Malalel, 895; y Jared, 962. El hombre que más años vivió de todos fue Matusalén, que vivió hasta los 969 años, casi mil. Luego vino Lamec, que vivió 777, y Noé, 950.

Puedes leer acerca de estos patriarcas en el capítulo cinco del libro de Génesis. Cuando lo hagas, toma lápiz y papel y dibuja líneas para mostrar cuánto vivió cada uno. Puedes usar un centímetro para por cada 100 años. Hazlo con cuidado y descubrirás algunos hechos muy interesantes.

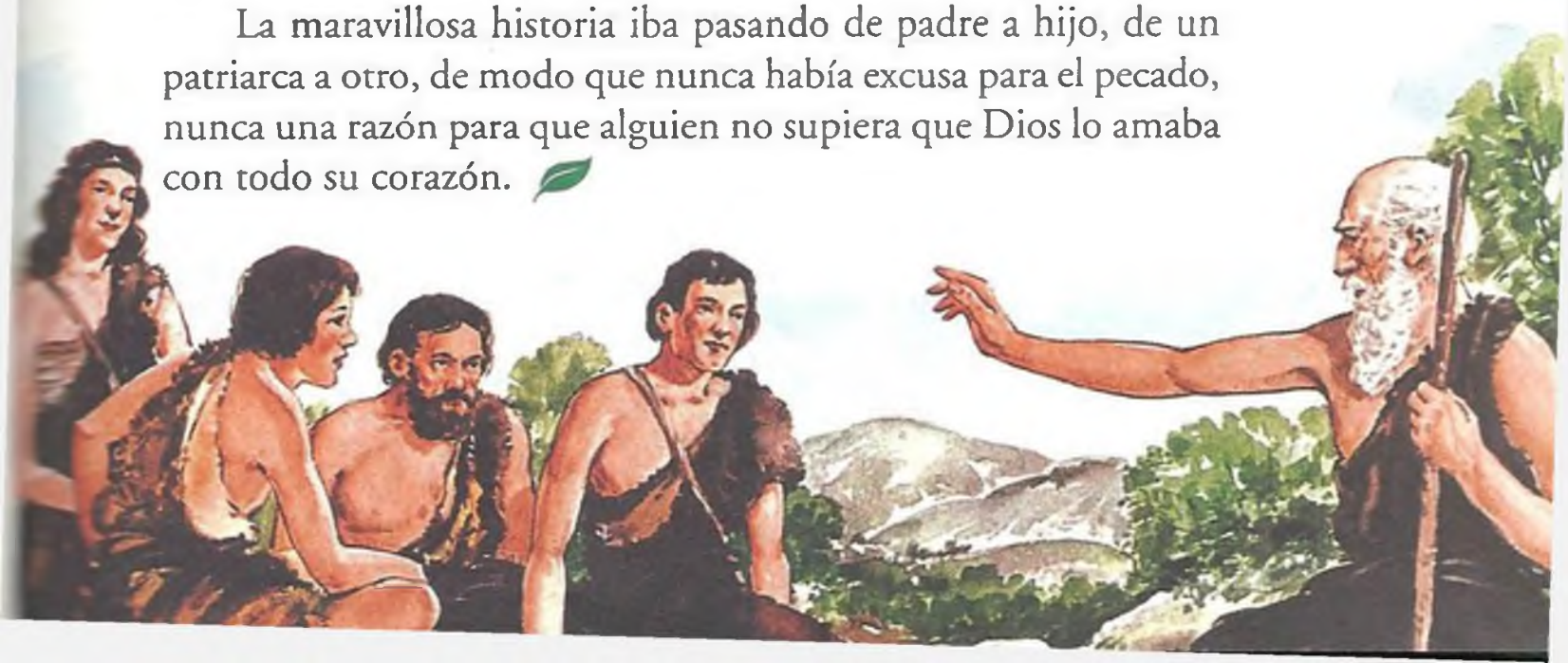
Primero, notarás que, de los nueve patriarcas mencionados en este capítulo, ocho vivieron al mismo tiempo que Adán. Solo Noé nunca lo vio.

Segundo, dos de ellos, Matusalén y Lamec, no solo conocieron a Adán personalmente, sino que vivieron hasta el tiempo del diluvio.

Tercero, verás que Noé tenía 600 años cuando vino el diluvio, y vivió 350 años más.

Y ¿qué significa esto? Significa que, en aquellos días, todos deben haber tenido conocimiento de la historia de la creación. Todos deben haber tenido conocimiento del Edén y de la maravillosa bondad de Dios para con Adán y Eva en aquel glorioso jardín que hizo para ellos. Y es más, todos deben haber conocido la promesa de Dios de redimir y restaurar todo lo que Adán y Eva desperdiciaron tan descuidadamente.

La maravillosa historia iba pasando de padre a hijo, de un patriarca a otro, de modo que nunca había excusa para el pecado, nunca una razón para que alguien no supiera que Dios lo amaba con todo su corazón.



El hombre que entró en el cielo

(Génesis 5:20-26)

SI dibujaste esas líneas que te propuse, verás que una línea es mucho más corta que todas las demás. Es la línea que marca la vida de Enoc. Su padre vivió hasta los 962 años, y su hijo hasta los 969, pero él vivió solo 365 años.

¿Qué pasó? ¿Se enfermó y murió joven?

No. En realidad, nunca murió. Esto es lo increíble de Enoc. La Biblia dice: "Dios se lo llevó", lo que significa que Dios se lo llevó consigo sin que tuviese que morir.

Eso es algo que nos hace pensar. Dios no trata a todos de esta forma. De hecho, hasta donde sepamos, solo dos personas en toda la historia del mundo –Enoc y Elías– fueron llevados así sin ver la muerte.

¿Por qué Dios se llevó a Enoc? Debe haber habido una buena razón para hacer una excepción en su caso. Debe haber habido algo en este hombre que hizo que Dios lo amara más que todas las demás personas de su época.

Tal vez digas: ¿Pero no era que Dios amaba muchísimo a Adán, su obra maestra de la creación? Claro que sí. Pero Dios per-

– ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

ıc era un hombre muy bueno. Amaba a Dios
a bondadoso y servicial con los que lo rode-
n. A menudo, se internaba en el bosque para
versar con Dios en medio de la tranquilidad.

mitió que Adán muriera, como dijo que haría, después de haber vivido 930 años.

¿Y Set? ¿No lo amaba especialmente a él también? Por cierto que sí, pero Dios permitió que muriera después de 912 años. Y así con todos los demás. Dios los amaba, pero permitió que murieran.

Sin embargo, con Enoc fue diferente. Dios lo amaba tanto, que no pudo permitir que muriera. Así que se lo llevó, para que viviera para siempre con él.

¿Por qué? La Biblia no nos dice mucho al respecto, pero sí lo suficiente para que entendamos. Dice: "Enoc tenía sesenta y cinco años cuando fue padre de Matusalén. Después del nacimiento de Matusalén, Enoc anduvo fielmente con Dios trescientos años más... y como anduvo fielmente con Dios, un día desapareció porque Dios se lo llevó".

¡Ese es el secreto! Caminó con Dios. Eso es lo que Dios quiso que Adán hiciese desde el mismo comienzo. No hubo nada que Dios no hiciese para que Adán caminara con él como lo hizo Enoc, en vez de olvidarse de él y alejarse. Sin duda nunca habría muerto.

Y así con Set, Enós, Cainán y todo el resto. Dios quería que todos ellos caminasen con él, pero ninguno llegó alcanzar completamente las expectativas divinas.

Solo Enoc. Era diferente de los demás. Amaba a Dios con todo su corazón. Tenía un propósito: servir a Dios y hacer su voluntad. Pensaba en Dios durante todo el día, y procuraba agradarle en cada palabra y acción. Nunca fue egoísta, codicioso, celoso ni se enojaba, porque creía que esos pensamientos malos no eran dignos de un hijo de Dios.

No es de extrañarse que Dios se sintiera atraído hacia este que-

rido hombre. Por cierto, casi puedo escuchar a Dios decir: "He aquí un hombre según mi corazón. Es exactamente lo que esperaba que fuesen todos los hijos de Adán. ¡Querido Enoc! ¡Qué alma noble y piadosa!"

"Enoc anduvo fielmente con Dios trescientos años". Ese es un tiempo muy largo; pero Dios lo estaba probando, observándolo cada día, a cada momento. Y cuanto más lo observaba Dios, más lo amaba. Día tras día, semana tras semana, mes tras mes, siglo tras siglo, Enoc caminó con Dios, ¡hasta que al fin, en lugar de morir, siguió caminando hasta el cielo!

¿Qué hizo que Enoc quisiera vivir una vida así? Quizá haya sido el resultado de una conversación que tuvo con Adán, porque si recuerdas, Adán todavía estaba vivo en los días de Enoc. Tal vez, al conocer más del amor de Dios al crear el mundo y al hombre, se propuso en su corazón amar a Dios sinceramente. Y también puede ser que haya ocurrido debido a alguna otra cosa.

La Biblia dice que Enoc caminó con Dios "después del nacimiento de Matusalén"; es decir, después de que naciera su hijito.

Tener un hijito significa mucho para la mayoría de los papás, y es probable que Enoc, al contemplar con amor a su precioso bebé y al haber meditado en la formidable bondad de Dios al darle un hijo parecido a él, le haya entregado su corazón a Dios como nunca antes, y que le haya prometido amarlo y servirlo toda su vida.

Pero sea como fuere, a partir de ese momento, Enoc caminó con Dios, lo que significa que se mantenía en sintonía con él. Y mientras caminaban juntos, deben haber conversado de algunas cosas –"secretos" también– que Dios no podía revelarle a nadie más.

Fue así que Enoc llegó a tener tanto conocimiento de los planes de Dios para el futuro, que pudo escribir esa gran profecía: "El Señor viene con millares y millares de sus ángeles".[1] Aunque era solo "el séptimo patriarca a partir de Adán", Dios lo ayudó a discernir claramente, a través de los siglos, ese día maravilloso en que Jesús vendría en su gloria.

Y así, después de trescientos años de caminar con Dios de ese modo, "Dios se lo llevó". En el Nuevo Testamento leemos que "Enoc fue sacado de este mundo sin experimentar la muerte... pero antes de ser llevado recibió testimonio de haber agradado a Dios".[2]

¿No es este un legado maravilloso dejado por un hombre? Agradó a Dios. ¿Podría decirse eso de ti? ¿Tratas de complacerlo diariamente? ¿Siempre?

¿No es maravilloso caminar con Dios, tratando de complacerlo en cada pensamiento, palabra y hecho? Y si lo hacemos, quién sabe, quizá algún día, como Enoc, nosotros también llegaremos al cielo.

[1] Judas 1:14.
[2] Hebreos 11:5.

TERCERA PARTE

Historias De

Noé

y el

Diluvio

(Génesis 6:1 a 11:9)

Días tristes y malos

(Génesis 6:1-7)

MIENTRAS que Enoc caminó con Dios, la mayoría de los hijos y los nietos de Adán, no. Anduvieron por sus propios caminos y se olvidaron completamente de Dios. Se volvieron egoístas y codiciosos, pendencieros y crueles. Comenzaron a pelear entre ellos y a matarse unos a otros, así como Caín había matado a Abel.

Es difícil comprender cómo pudieron haber ocurrido esas cosas tan cerca en el tiempo después de la creación y de la paz y la armonía del Edén. No obstante, incluso hoy no es raro que los niños y las niñas estén enojados y sean rebeldes ni bien salen de la iglesia. Algunos se ponen verdaderamente molestos ni bien termina un lindo picnic. No pasa mucho tiempo hasta que alguien se olvida de la bondad y el amor que debieran tener siempre presente.

Así era en los comienzos del mundo. A medida que la gente se fue alejando cada vez más de Dios, se fue internando cada vez más en el pecado.

Satanás, que en la forma de una serpiente había engañado a Adán y Eva en el jardín, se alegró mucho con el dramático giro de

— ILUSTRACIÓN DE HERBERT RUDEEN

los días de Enoc no había iglesias. Los que aban a Dios construían altares y adoraban . Cuando los hombres se volvieron malvados, nidaron el culto y comenzaron a pelear.

los acontecimientos. Había tramado arruinar los planes de Dios para un mundo feliz y hermoso, y ahora estaba teniendo más éxito de lo esperado. Al oír la promesa de Dios de que la Simiente de la mujer le aplastaría la cabeza, se propuso que no ocurriera absolutamente nada que tuviese que ver con eso.

La mejor forma de hacerlo, pensó, sería llevar a la mayor cantidad posible de los hijos de Adán a desobedecer a Dios, y a hacer toda clase de cosas que le desagraden. Así que comenzó a tentarlos de muchas maneras, y los que no estaban viviendo cerca de Dios, cayeron en sus engaños.

Por experiencia propia, Adán y Eva, tristemente, conocían el alto precio del pecado e hicieron todo lo posible para advertirles del peligro a sus hijas y sus hijos caprichosos, y persuadirlos a seguir el buen camino "que conduce a la vida".[1]

Año tras año y siglo tras siglo, se opusieron a la creciente marea de maldad. Pero era una lucha pedida. Los malvados se envalentonaron en su perversidad y se burlaban cada vez más abiertamente de los consejos de Adán, diciendo con desdén que estaba demasiado anticuado para entender a los jóvenes, y rezongaban cada vez que él trataba de hacerles cumplir los buenos preceptos.

Adán llegó a ver que este mundo, una vez hermoso y pacífico, estaba habitado por una gran cantidad de gente muy pecadora. Justo antes de morir, escuchó a Enoc, el hombre que caminó con Dios, reprender las "malas obras" de los "refunfuñadores" y "criticones" que "se dejan llevar por sus propias pasiones".[2]

Eso ocurría unos 900 años después de la creación. Quinientos años después, las cosas empeoraron aún más. Pera entonces, había peleas y pleitos por todas partes. Nadie tenía la vida asegu-

rada. La Biblia dice: "La tierra estaba corrompida y llena de violencia".

¡Qué triste que haya sido así! Dios se había esforzado mucho para que este mundo fuese un lugar de encanto, paz y gozo. Ahora, Satanás casi había arruinado todo.

¡Cuánto pesar debe haber sentido Dios! La Biblia dice: "Al ver el Señor que la maldad del ser humano en la tierra era muy grande, y que todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal, se arrepintió de haber hecho al ser humano en la tierra, y le dolió en el corazón".

En esas últimas palabras alcanzamos a ver la profundidad de su pesar. ¡Pensaba en lo que podría haber sido si tan solo Adán y Eva no hubiesen escuchado a la serpiente y si todos sus hijos lo hubiesen amado y hubiesen caminado con él como lo hizo Enoc!

Con profunda tristeza, Dios se dijo: "Voy a borrar de la tierra al ser humano que he creado. Y haré lo mismo con los animales, los reptiles y las aves del cielo. ¡Me arrepiento de haberlos creado!"

Las condiciones deben haber llegado a ser muy terribles, real-

mente, para que Dios diga eso. ¡Cómo debe haberle dolido tener que pensar en destruir a todas las criaturas y todas las cosas hermosas que había hecho tan poco tiempo antes!

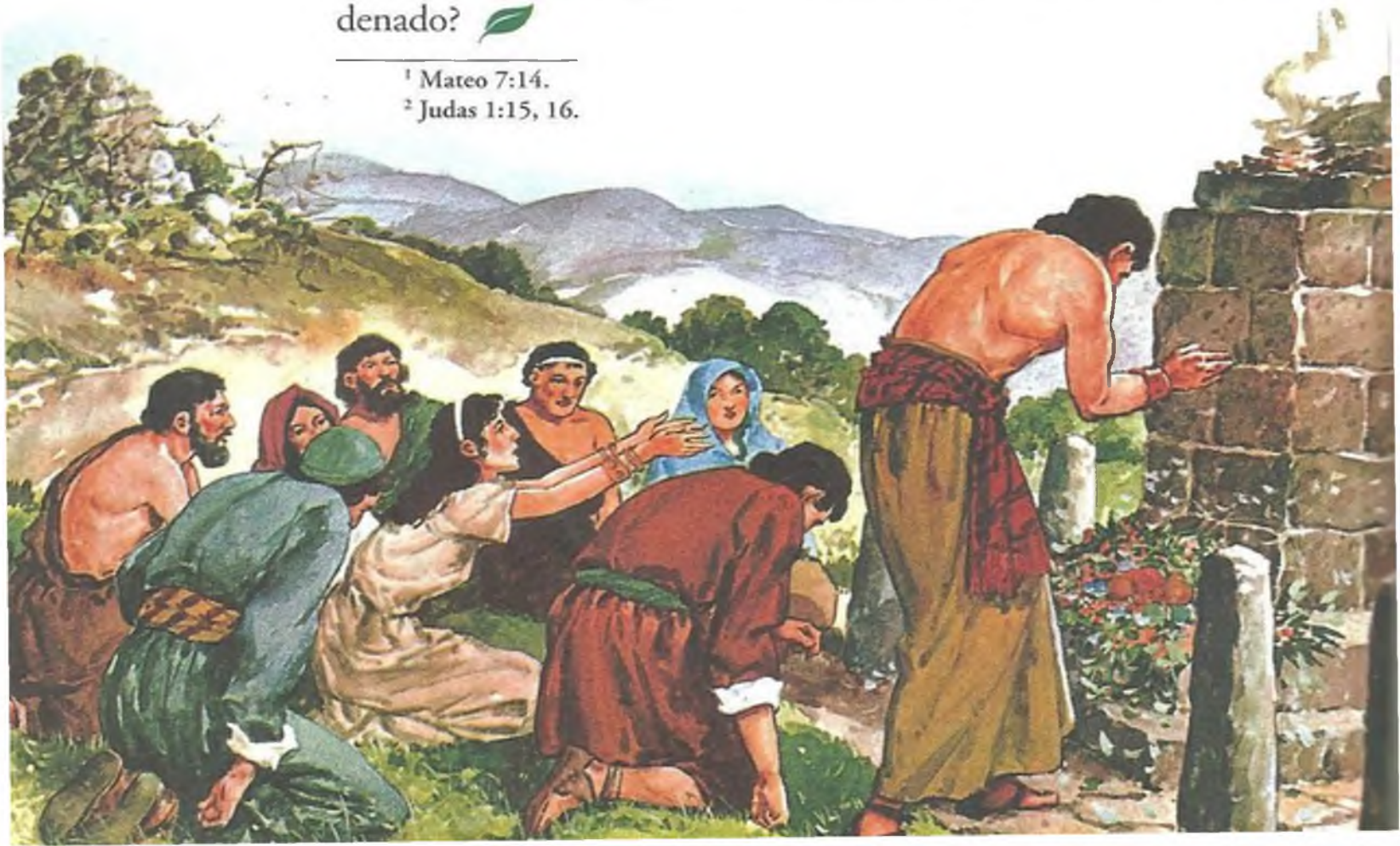
No obstante, aún ahora su corazón amor infinito se contuvo de llevar a cabo un juicio tan espantoso, por más que fuese necesario. Quizá todavía había algunos que se volverían a él, si se les dada una oportunidad más. Si hubiese solo un puñado, incluso dos o tres, estaba dispuesto a esperar.

–"Mi espíritu no permanecerá en el ser humano para siempre –dijo–, por eso vivirá solamente ciento veinte años".

En otras palabras, él esperaría ese tiempo, ciento veinte años, para ver si alguno le haría caso a su llamado de arrepentimiento.

Pero ahora, si habría de hacerse un llamado, debía encontrar a alguien para darlo. Pero ¿quién? Si la mayoría de los hijos de Adán seguían los caminos de Satanás, ¿a quién se le podría confiar una tarea tan importante? ¿Todavía quedaría alguien que pudiera dar el último mensaje de misericordia de Dios a un mundo condenado?

[1] Mateo 7:14.
[2] Judas 1:15, 16.



El constructor naval de Dios

(Génesis 6:9-17, 22)

AL buscar a alguien que le contara a la gente lo que pensaba hacer, Dios pensó en Noé, el último de los diez patriarcas antiguos, ahora con casi 500 años.

Entusiasta, alerta y vigoroso, era uno de los hombres más sabios de sus días. Además, en medio de todo el mal que lo rodeaba, permanecía leal a Dios y a la justicia. La Biblia dice: "Noé era un hombre justo y honrado entre su gente. Siempre anduvo fielmente con Dios".

En esto era como Enoc, e indudablemente por eso Dios lo eligió para su tarea más importante, y finalmente lo salvó a él y a su familia del diluvio.

No se nos dice cuál era el trabajo habitual de Noé. Quizá era agricultor, como muchos de sus parientes. Pero tal vez haya sido constructor, o a lo mejor constructor de barcos, porque en aquella época la gente seguramente tenía barcos de muchas clases en sus hermosos lagos y ríos. Por cierto que era un gran diseñador, sino nunca podría haber llevado a cabo las instrucciones de Dios para construir el arca.

Un día –uno de los grandes días de la historia–, Dios se acercó a Noé y le dijo:

–"He decidido acabar con toda la gente, pues por causa de ella la tierra está llena de violencia... Porque voy a enviar un diluvio sobre la tierra, para destruir a todos los seres vivientes bajo el cielo. Todo lo que existe en la tierra, morirá".

Esto debe haber entristecido al anciano. Sabía que la gente que lo rodeaba era mala, que necesitaba ser castigada, pero la destrucción de todos ellos y de todo ese hermoso mundo era algo demasiado terrible para sus pensamientos.

Pero aunque Dios habló de castigo, también habló de una salida que todos podían tomar, si lo deseaban.

–"Construyete un arca de madera resinosa –dijo".

¡Un arca! Eso significaba algo que flotaría. Un barco, como diríamos nosotros. Pero ¿sería suficientemente largo para contener a todo el que quisiera hallar refugio en él?

Noé debe haberse sorprendido con las cifras que Dios le dio para trabajar. No era un pequeño bote salvavidas el que tenía en mente, sino un enorme navío, tan grande como un barco de guerra moderno. Debía tener "las siguientes medidas: ciento cuarenta metros de largo, veintitrés de ancho y catorce de alto", casi tan grande como alguno de los transatlánticos actuales. El United States, orgullo de la flota mercante estadounidense, tiene 300 metros de largo, 31 metros de ancho y 37 metros desde la quilla hasta la

parte superior. Tiene doce cubiertas y una tripulación de 1.000. En épocas de guerra, podría transportar a 14.000 soldados.

¿Por qué Dios le pidió a Noé que construyera una embarcación tan grande? Primero, porque quería que todas las personas supieran que había lugar para ellas en le arca, si deseaban salvarse. Segundo, porque planeaba preservar una gran cantidad de aves y animales en ella. Y tercero, porque sabía que tendría que soportar las peores tormentas y los mares más embravecidos de todos los tiempos.

Cuando Noé quedó solo, debe haber pensado por bastante tiempo lo que Dios le había pedido que hiciera. ¡Cuántos árboles tendría que talar y transportar hasta el astillero! Imagínate todo lo que tendría que aserrar, planificar y determinar. Y todos los hombres que tendría que contratar, ¡y pagarles! Era una enorme responsabilidad para cualquier hombre.

¡Y luego Noé debe haberse preguntado qué pensarían todos cuando lo vieran construir un barco de 140 metros de largo! Lo más probable es que lo trataran de loco, porque desperdiciaba dinero en una idea descabellada. Pero "Noé hizo todo según lo que Dios le había mandado". Los que caminan con Dios hacen exactamente eso, sin importar lo que los demás opinen de ellos.

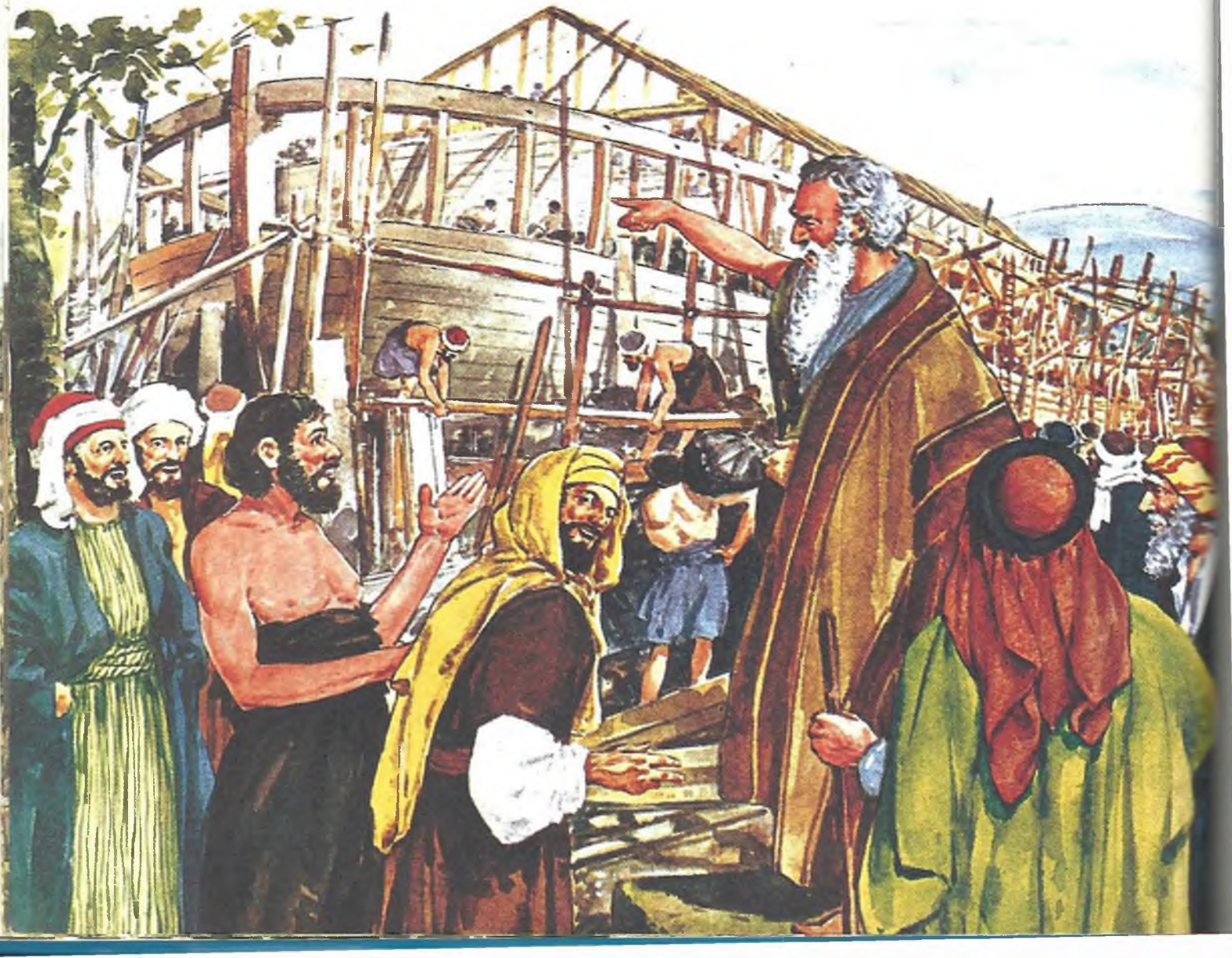
De modo que Noé se puso a trabajar, a dibujar los planos, a preparar la madera y a tender la quilla.

Al comienzo, los vecinos probablemente no le prestaron mucha atención. Pero con el paso de los años, a medida que las grandes costillas de madera del barco se iban asegurando en su lugar, y se hacía evidente que lo que estaba construyendo era un barco y no un gra-

nero, comenzaron a burlarse de él. ¡Cómo se reían! Porque no encontraban razón para construir semejante cosa. ¿Para qué querría alguien un barco tan grande? Y es probable que también descreyeran que flotara, aun cuando Noé pudiera arrastrarlo hasta el agua.

Noé trató de explicarles, pero fue inútil. A medida que la gente acudía para verlo trabajar, él les advertía del diluvio que vendría, y les contaba que Dios le había dicho que construyera un lugar de refugio para los que quisieran salvarse.

Sin embargo, cuanto más trataba de explicarles, más se burlaban de él. Pero él igualmente seguía construyendo y predicando, mientras los últimos años de ese hermoso mundo pasaban volando.



La marcha de los animales

(Génesis 7:1-16)

HAN pasado 120 años desde que Noé comenzó a construir el arca. El gran barco está terminado. Con 14 de alto y 140 metros de largo, se ha convertido en monumento visible a varios kilómetros a la redonda.

Todos están enterados, aunque se han acostumbrado tanto a ella, que ya no se molestan más en ir a verla. Solo la señalan sonriéndose y dicen:

–¡Es un capricho de Noé!

El inmenso barco se ve desolado y deshabitado, porque solo Noé y su familia continúan con esto. Todos los obreros contratados se han ido. Solo trabajaron por la paga y, ahora, una vez terminada la obra, se han ido a su casa. En realidad, nunca creyeron en el mensaje de Noé.

La enorme puerta del arca está abierta, como si invitara a todos a entrar y a hallar seguridad. Pero no viene nadie.

Hay un extraño silencio por todas partes, que se rompe solo por el sonido de los pies retumbantes de Noé y de sus hijos que caminan por la embarcación vacía, asegurándose de que todo esté

firme, fuerte y hermético.

Durante 120 años, el anciano patriarca ha predicado sobre la destrucción venidera, pero, ahora, en ninguna parte hay más tranquilidad que aquí alrededor del arca. Ni siquiera se puede oír el sonido de una sierra ni de un martillo.

¿Será que Noé cometió un error? ¿Será que entendió mal lo que le dijo Dios? Quizá no ocurra nada después de todo. Tal vez malgastó su tiempo y su dinero. A lo mejor, el arca se pudrirá donde está, con el tiempo.

¡Pero mira! ¡Está ocurriendo algo! ¡Fíjate en esos animales de allá! Parece que se encaminan hacia el arca. ¡Sí! Y ahora vienen otros más de todas direcciones. ¿Qué significará?

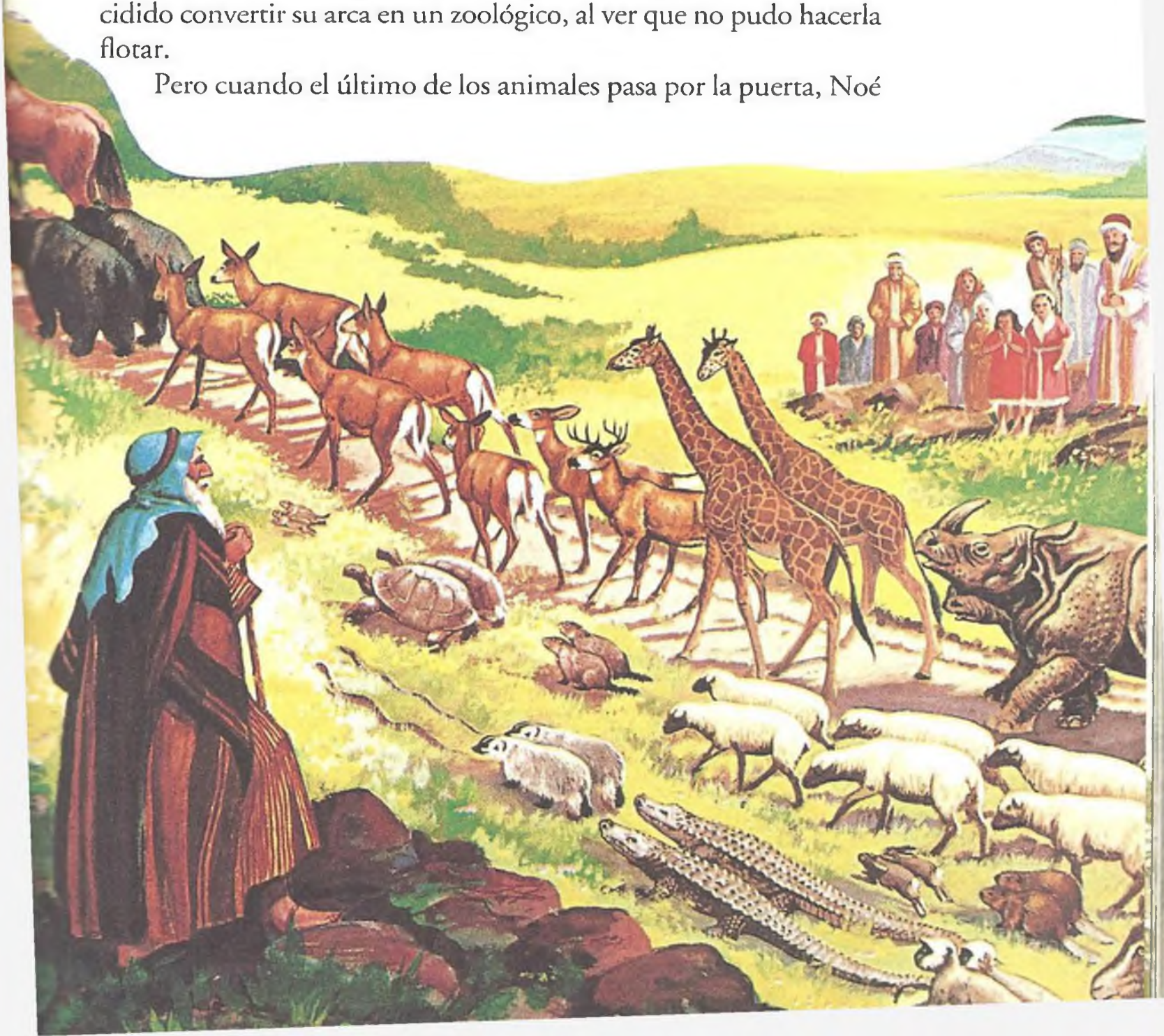
Ahora, la gente corre para observar el asombroso espectáculo, mientras todo tipo de animales, evidentemente guiados por alguna mano invisible, se dirigen hacia el arca, suben por la rampa y entran por la puerta abierta.

Los enormes elefantes se mueven pesadamente y hacen crujir las maderas, mientras suben, seguidos de tigres y osos gruñones y

ovejas que balan. Detrás de ellos hay zebras, antílopes, canguros, pandas, burros, cabras y una infinidad de otros, mientras las ardillas, las zarigüeyas, los castores y toda clase de pequeñas criaturas corretean entre los grandes.

¡Qué espectáculo! Nunca antes había ocurrido algo así. No obstante, aún entonces la gente que se queda mirando asombrada no entiende. Piensan que es todo muy raro. Noé, dicen ellos, ha decidido convertir su arca en un zoológico, al ver que no pudo hacerla flotar.

Pero cuando el último de los animales pasa por la puerta, Noé



se para al lado del arca y hace un llamado final a la gente para que lo acompañe a entrar.

–¡Se viene un gran diluvio! –exclama–. Todo el mundo está a punto de ser destruido. Por eso han venido los animales. Ellos entienden. ¡Vengan! ¡Vengan antes de que sea demasiado tarde!

Pero a pesar de todo, nadie responde. Se vuelven a reír de él.

–Vete a vivir con tus animales –se burlan, mientras regresan a sus hogares y a sus pecados.

Ahora, Dios le vuelve a hablar a Noé.

–"Entra en el arca con toda tu familia, porque tú eres el único hombre justo que he encontrado en esta generación –dice–. Porque dentro de siete días haré que llueva sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches, y así borraré de la faz de la tierra a todo ser viviente que hice".

No hay nada más por hacer. La gente tuvo su oportunidad. Recibió la advertencia. Pero no les importó. Enceguecidos por el pecado, autosuficientes y obstinados en seguir en sus malos caminos, ni siquiera quieren salvarse. Hacen oídos sordos al mensaje de Dios.

De modo que Noé los deja. La Biblia dice: "Entonces entró en el arca junto con sus hijos, su esposa y sus nueras, para salvarse de las aguas del diluvio. De los animales puros e impuros, de las aves y de todos los seres que se arrastran por el suelo, entraron con Noé por parejas, el macho y su hembra, tal como Dios se lo había mandado".

"Luego, el Señor cerró la puerta del arca".

Mientras la enorme puerta se cierra silenciosa y misteriosamente, empujada por una mano invisible, Noé echa un último vistazo al hermoso mundo exterior, el mundo que nunca más volverá a ver.

Se abren las compuertas del cielo

(Génesis 7:10-20)

DENTRO del arca, Noé espera y se cuestiona. Durante siete días interminables, su fe es probada. ¿Habrá hecho bien? ¿Habrá predicado la verdad? El diluvio ¿ocurrirá realmente como lo predijo?

Afuera, algunos también comienzan a hacerse preguntas. Les preocupan las puertas cerradas. Quizá debieran haberle hecho caso a Noé y haber entrado. Tal vez el viejo tenía razón, después de todo. Pero como no sucede nada, pronto se recuperan de sus temores y vuelven a sonreír, pensando en Noé allí adentro, con todos esos animales.

Pasan los días. Los últimos días del mundo. Tres, cuatro, cinco, seis.

El séptimo día, de madrugada, en vez de un sol brillante, el cielo se cubre de funestos nubarrones negros. Hay relámpagos y truenos. Comienzan a caer gotas de agua. Está lloviendo por primera vez en la historia del mundo. ¡Agua del cielo! ¡Así como dijo Noé que ocurriría! El anciano predicador tenía razón, después de todo.

Ahora llueve torrencialmente, y aumenta la intensidad a cada minuto. El agua comienza a caer a cántaros de los techos de las casas

y a correr por los caminos. Los arroyos se llenan y se desbordan. Los terrenos bajos se empantanan.

Ahora, hay agua por todos lados. Las calles, los sótanos, las plantas bajas de las casas están todos inundados. La gente comienza a subir por las escaleras hasta los tejados. Algunos miran en dirección al arca y se cuestionan por qué no habrán entrado mientras la puerta todavía estaba abierta. Otros abandonan sus hogares y huyen a terrenos más elevados. Pero el agua los sigue.

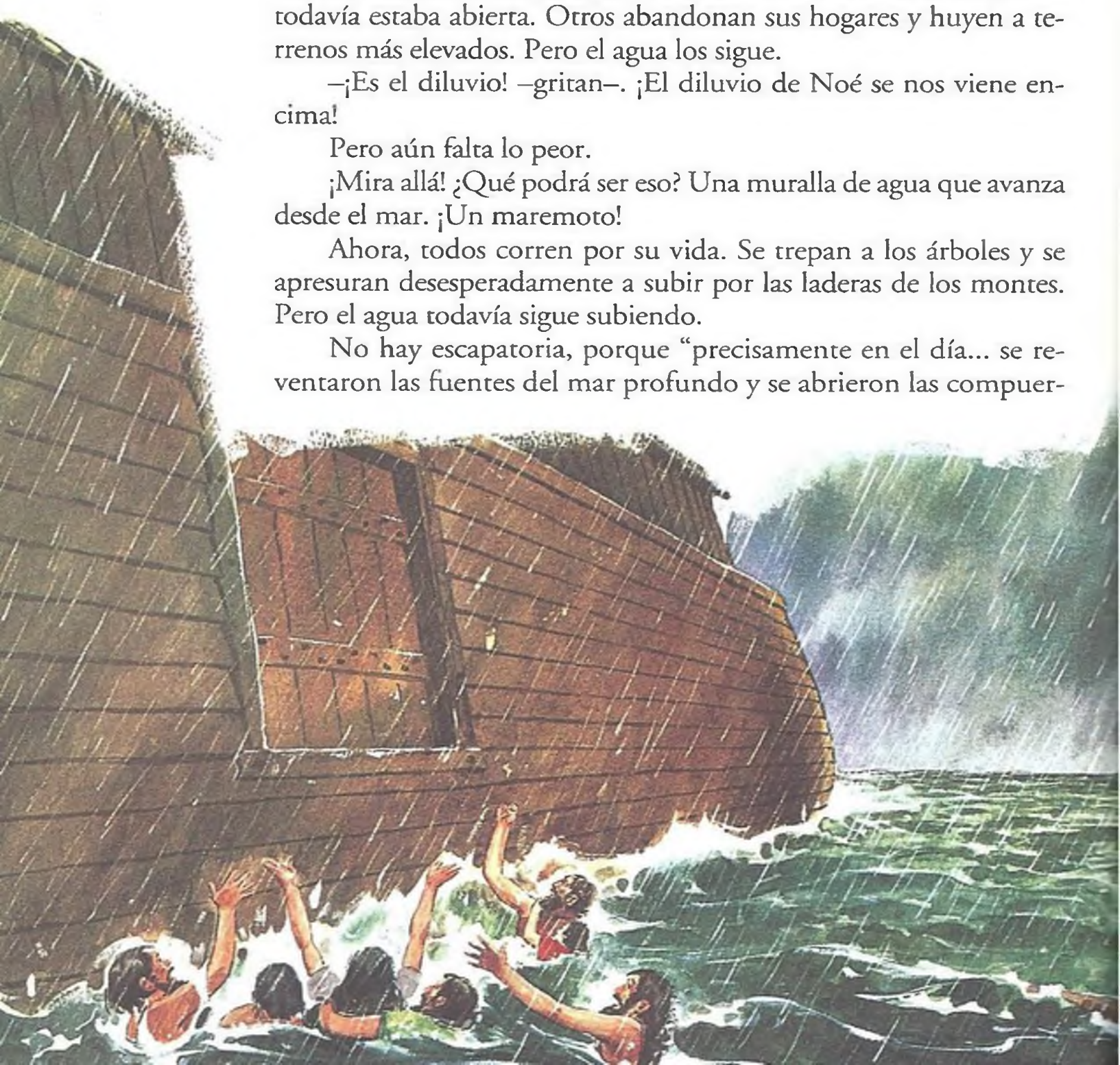
–¡Es el diluvio! –gritan–. ¡El diluvio de Noé se nos viene encima!

Pero aún falta lo peor.

¡Mira allá! ¿Qué podrá ser eso? Una muralla de agua que avanza desde el mar. ¡Un maremoto!

Ahora, todos corren por su vida. Se trepan a los árboles y se apresuran desesperadamente a subir por las laderas de los montes. Pero el agua todavía sigue subiendo.

No hay escapatoria, porque "precisamente en el día... se reventaron las fuentes del mar profundo y se abrieron las compuer-



tas del cielo".

Ahora algunos tratan trepar por los costados empinados del arca y golpean frenéticamente la puerta.

–¡Abran! –claman–. ¡Abran la puerta! ¡Déjennos entrar! ¡Nos arrepentimos de nuestros pecados!

Pero es demasiado tarde para arrepentirse ahora.

El agua sube, sube y sube con rapidez. Las casas son arrasadas. Los bosques desaparecen. Las montañas se convierten en islas y luego son ocultadas por las olas.

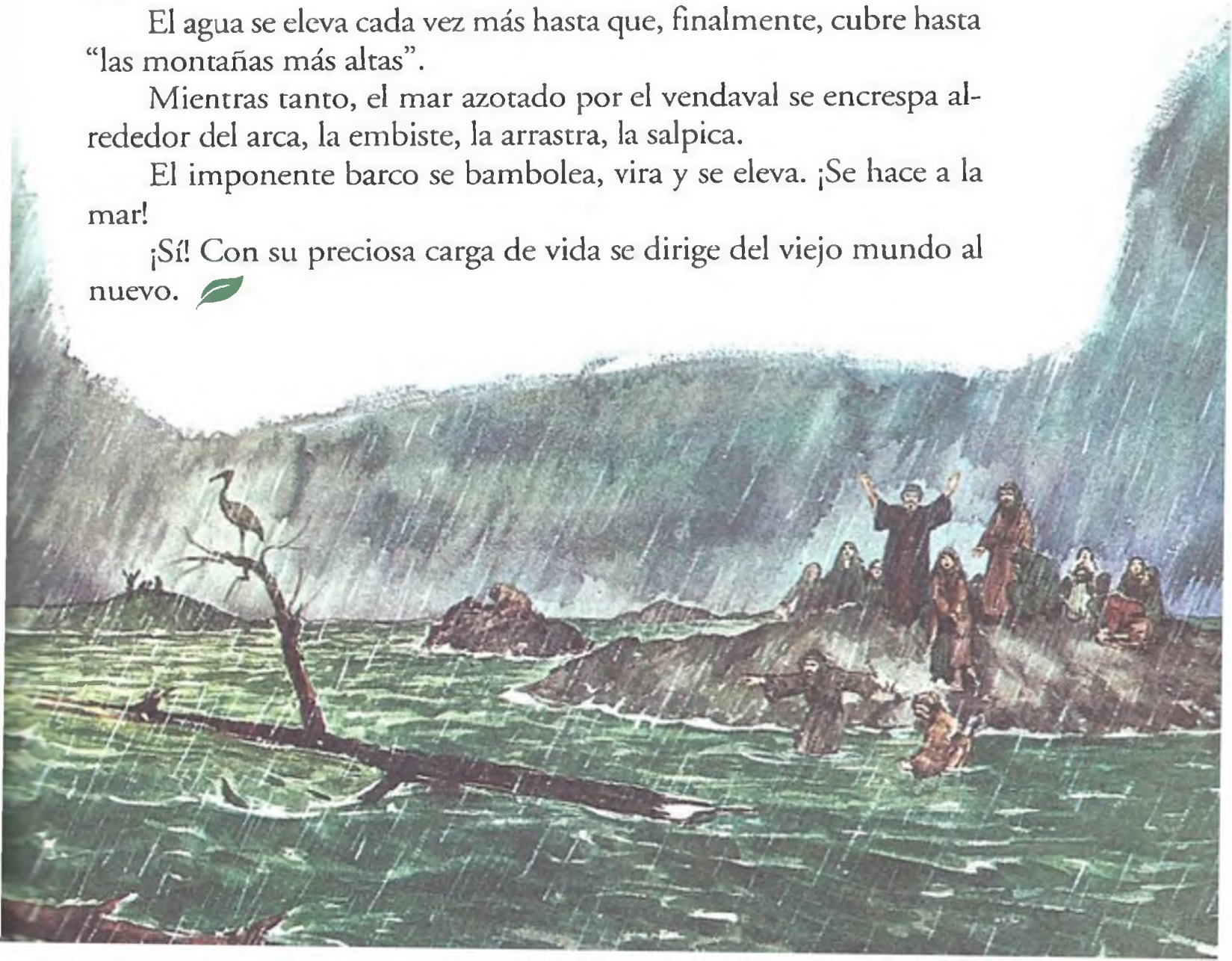
Los grupos de personas presas del pánico que se aferran desesperadamente a las últimas rocas altas se van reduciendo. Primero uno, después otro, pierden agarre y son lanzados en los mares embravecidos.

El agua se eleva cada vez más hasta que, finalmente, cubre hasta "las montañas más altas".

Mientras tanto, el mar azotado por el vendaval se encrespa alrededor del arca, la embiste, la arrastra, la salpica.

El imponente barco se bambolea, vira y se eleva. ¡Se hace a la mar!

¡Sí! Con su preciosa carga de vida se dirige del viejo mundo al nuevo.



La travesía más extraña de la historia

(Génesis 7:17 a 8:14)

RESISTIENDO las aguas enfurecidas, el arca es impulsada por corrientes violentas y vientos huracanados en la travesía más extraña de la historia.

Solo un navío con la más sólida construcción y el trabajo más esmerado podría haber soportado el ímpetu y las presiones de aquellos primeros días y noches cuando, con sismos espantosos, "las fuentes del mar profundo" se rompieron y "las compuertas del cielo" derramaron su diluvio mortal.

No había ningún lugar donde pudiera ir el arca, ningún puerto por ninguna parte, porque "tanto crecieron las aguas, que cubrieron las montañas más altas que hay debajo de los cielos". Así que iba a la deriva de aquí para allá, balanceándose y agitándose de un lado al otro, mientras las aterradoras corrientes "crecían y aumentaban".

Ascendía para chocarse contra una ola gigantesca y caía nuevamente en la depresión de las olas, solo para encontrarse con otra altísima ola blanca y espumosa que se le venía encima. Vez tras vez debe haber sido embestida por enormes murallas de agua que la barrían de popa a proa. Los árboles y troncos flotantes deben haber

sido un peligro constante. Es un milagro que no haya zozobrado ni se haya hundido.

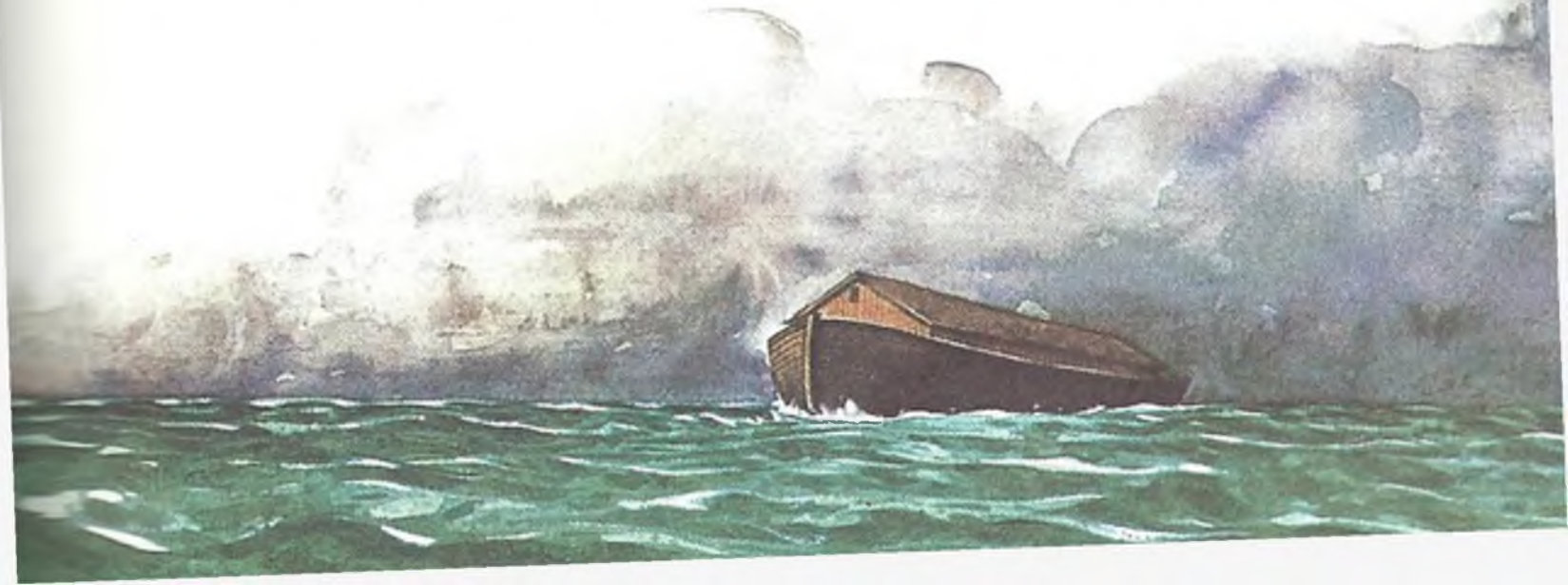
Las condiciones de su interior eran difíciles de soportar: las violentas sacudidas, la falta de luz y de aire fresco. Lo peor de todo era la incertidumbre, la incesante pregunta de cómo terminaría todo.

Por más grande que haya sido el arca, Noé y su familia eran los únicos pasajeros. Había lugar para cientos, pero nadie más quiso subir abordo. Y ahora todos los que se habían negado a hacerlo perecieron ahogados. Todos. Hombres y mujeres, niños y niñas. En todo el vasto mundo no quedó ningún rastro de vida. El mundo antiguo había desaparecido completamente bajo miles de millones de toneladas de agua. "Así murió todo ser viviente que se movía sobre la tierra: las aves, los animales salvajes y domésticos, todo tipo de animal que se arrastraba por el suelo, y todo ser humano... Sólo quedaron Noé y los que estaban con él en el arca".

¡Cómo debe haber vigilado Dios el arca a través de toda esta espantosa experiencia!

¿Alguna vez te pusiste a pensar cuánto significó esto para él? Todas sus esperanzas y sus planes para el mundo dependían de ese puñadito de gente en su interior. Solo a través de ellos se podrían cumplir sus promesas. Solo por medio de alguien que había en ese barco sacudido por la tempestad la Simiente de la mujer algún día podría aplastar la cabeza de la serpiente.

¡Cómo habrá tratado Satanás de hundir el arca en el furor de la



tempestad! De haberlo logrado, habría logrado frustrar el propósito de Dios. Pero el arca no se hundió. Milagrosamente, soportó la tempestad.

"Dios se acordó entonces de Noé y de todos los animales salvajes y domésticos que estaban con él en el arca... Se cerraron las fuentes del mar profundo y las compuertas del cielo... el arca se detuvo sobre las montañas de Ararat".

No obstante, aun después de que el arca hubo tocado tierra, todavía no había tierra a la vista; solo agua, agua por todas partes.

El cese de movimiento, la creciente calma, el hecho de que no hubiese más olas grandes que azotaran los costados, le indicó a Noé que lo peor del diluvio había pasado y que el agua debía estar bajando.

"Y las aguas siguieron bajando hasta que el primer día del mes décimo pudieron verse las cimas de las montañas".

¡Qué día fue aquel! ¡Y qué grito debe haber salido de los ocho pasajeros ante la grata vista!

–¡Tierra! ¡Tierra! –deben haber exclamado, con la alegría de los que han estado en el mar durante mucho tiempo.

Ahora Noé "abrió la ventana del arca que había hecho" y soltó dos aves, primero un cuervo, después una paloma. El cuervo voló feliz "de un lado a otro", pero regresó. Siete días después, dejó salir una paloma, que finalmente volvió. Noé decidió esperar otra semana más para ver cuánto había descendido el agua para entonces.

Al final de la semana, soltó la paloma nuevamente. Esta vez regresó con una hoja de olivo en el pico. Todos se alegraron por ello, porque eso demostraba que no solo seguía bajando el agua, sino que todavía quedaban algunos árboles en pie.

Noé esperó otra semana y entonces volvió a enviar la paloma. Esta vez no volvió, y Noé se dio cuenta de que ahora ya habría mucha tierra libre de agua. De modo que "Noé quitó la cubierta del arca y vio que la tierra estaba seca".

La lluvia había cesado y el sol brillaba entre las nubes. El diluvio había terminado. Y la travesía más extraña de la historia había llegado a su fin, pues el arca descansó por fin sobre la cumbre de un monte de Asia Menor.

Volver a empezar

(Génesis 8:15-22; 9:1-17)

AHORA, llegó el gran momento esperado durante tanto tiempo por todos los del arca: la apertura de la gran puerta que Dios había cerrado.

Sin duda, Noé y sus tres hijos trataron de quitarla. Finalmente, se abrió con un fuerte chirrido, como si fuese movida por la misma mano poderosa que la había cerrado. ¡Cuán contentos deben haber estado todos de salir y volver a respirar aire fresco y dulce!

Tan agradecido estaba Noé por la forma en que Dios lo había salvado a él y a su familia del diluvio, que lo primero que hizo al desembarcar fue construir un altar y, sobre él, ofrecer en sacrificio "animales puros y aves puras".

Y en ese momento, cuando los únicos animales que existían en todo el mundo eran los que se habían salvado con él en el arca, ese era un verdadero sacrificio.

Dios estaba tan complacido que Noé haya recordado agradecerle por su liberación, que dijo:

–"Nunca más volveré a maldecir la tierra por culpa suya... Mientras la tierra exista, habrá siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, y días y noches".

Ahora, a la orden de Dios, todas las demás aves y bestias quedaron en libertad. ¡Qué espectáculo debe haber sido! ¡Qué ruido habrán hecho al batir las alas, mientras las grandes águilas, las cigüeñas, las garzas y los flamencos se lanzaban al aire a volar hacia la libertad, mientras que los petirrojos, los gorriones, los zorzales y los jilgueros revoloteaban y saltaban detrás de ellos! ¡Cómo habrán trinado los ruiseñores, cómo habrán graznado los mirlos y cómo habrán entonado los sinsontes el canto de todas las aves a la vez en el momento de la feliz liberación!

Leones y tigres, búfalos e hipopótamos, elefantes y jirafas, ovejas y cabras, perros y gatos; todos se habrán precipitado hacia la enorme puerta, empujándose unos a otros al descender por la rampa en su ansiedad por salir al aire libre otra vez. Y qué ruido deben haber hecho mientras cada uno expresaba su alegría. ¡Los leones rugían, los elefantes barritaban, los caballos relinchaban, los bueyes mugían, los burros rebuznaban y todos los perritos ladraban a más no poder!

Muchos de los animales desaparecieron inmediatamente, corriendo cuesta abajo por la ladera de la montaña, hasta que se perdieron de vista. Otros se quedaron cerca, prefiriendo la compañía humana, y Noé quizá se preguntaba qué haría con tantos si continuaban permaneciendo cerca del arca. Pero de dos en dos, y grupo tras grupo, comenzaron a dispersarse, dirigiéndose hacia el Norte, el Sur, el Este y el Oeste, buscando comida y cobijo. Finalmente, solo quedaron algunas vacas, ovejas, cabras y, por supuesto, los perritos y los gatitos.

Mientras tanto, Noé y su familia observaban el lugar desértico al que los había llevado el arca. Era una triste escena de desolación. Por todas partes había restos y ruinas producidos por las furiosas

aguas. Había enormes árboles arrancados de raíz. Las encantadoras colinas habían sido barridas y no quedaba nada más que la roca desnuda. Las montañas habían quedado con cicatrices y picos. Las planicies, que en otro tiempo habían sido fructíferas, se habían convertido en desiertos.

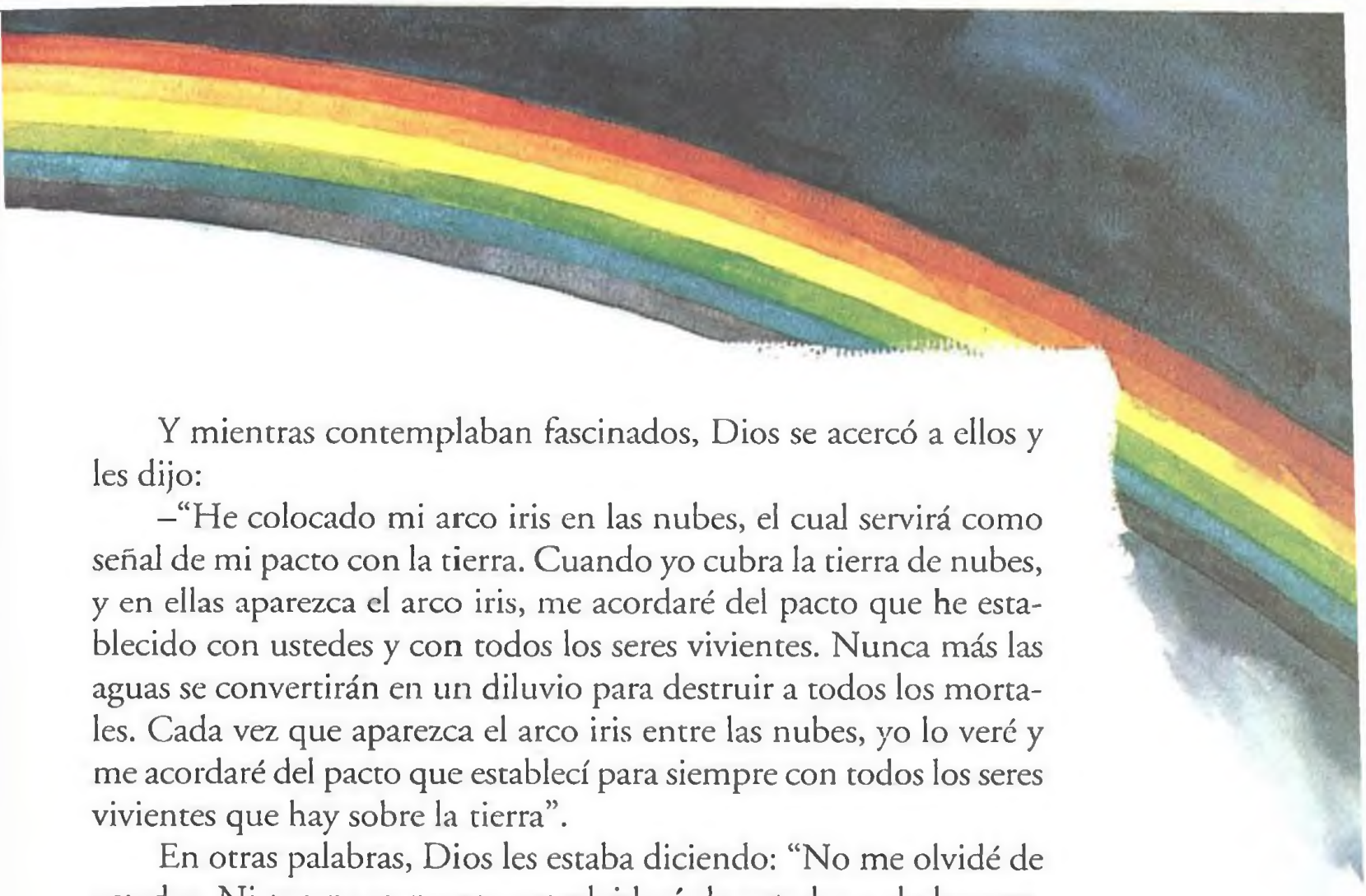
No se veía ninguna vivienda humana por ningún lado. No quedaba ni el menor rastro de todas las hermosas casas que recordaban. Toda había sido aplastado por las gigantescas olas que arrasaron con todo cuando comenzó el diluvio. Fue suficiente para descorazonarlos.

Mientras estaban allí parados, viendo la desoladora escena, sintieron que la tierra se sacudió bajo sus pies, porque debe haber habido más de un sismo al asentarse la tierra después de las enormes erupciones, cuando "se reventaron las fuentes del mar profundo y se abrieron las compuertas del cielo". Sin duda, se sintieron atemorizados y solos en esa ladera que temblaba bajo sus pies. Bien pueden haberse preguntado qué cosa terrible estaba a punto de suceder.

De repente, Noé miró hacia arriba y, allí en el cielo, vio algo que nunca antes había visto. Como si tratara de rodear la arruinada tierra con sus brazos de amor, se reflejaba un glorioso y resplandeciente arco de muchos colores.

Casi sin poder respirar, todos se quedaron mirándolo, mudos de asombro. ¿Qué era eso? ¿Qué podría significar?

Era el primer arco iris.



Y mientras contemplaban fascinados, Dios se acercó a ellos y les dijo:

–"He colocado mi arco iris en las nubes, el cual servirá como señal de mi pacto con la tierra. Cuando yo cubra la tierra de nubes, y en ellas aparezca el arco iris, me acordaré del pacto que he establecido con ustedes y con todos los seres vivientes. Nunca más las aguas se convertirán en un diluvio para destruir a todos los mortales. Cada vez que aparezca el arco iris entre las nubes, yo lo veré y me acordaré del pacto que establecí para siempre con todos los seres vivientes que hay sobre la tierra".

En otras palabras, Dios les estaba diciendo: "No me olvidé de ustedes. Ni tampoco nunca me olvidaré de ustedes y de las promesas que les hice. Cuando ustedes y yo veamos el arco iris, nos recordaremos mutuamente".

Solo un Dios de amor podría haber pensado en hablarle a sus hijos de esa forma en un momento como ese. Después de haber perdido todo –dinero, casas, todo excepto la vida misma y lo que habían llevado consigo en el arca–, estos pobres peregrinos sin hogar seguramente necesitaban un mensaje de consuelo y de esperanza como este.

Pero ahora, al haberse alegrado su corazón y al haberse renovado su valor, se dijeron nuevamente que, finalmente, todo saldría bien. ¡Qué bueno es saber que Dios todavía estaba con ellos, que Dios todavía los amaba! Y así, de la mano de él, avanzaron a través del resplandeciente arco que los cubría para construir un mundo nuevo con él.

El primer rascacielos

(Génesis 10; 11:1-10)

NADIE sabe cuánto tiempo se quedaron Noé y su familia sobre el monte Ararat. Es muy probable que se hayan quedado allí durante mucho tiempo, usando el arca como depósito de los alimentos y las semillas que habían llevado consigo.

De hecho, no había otro lugar donde pudieran vivir. No había casas ni edificios de ningún tipo. De modo que se quedaron allí mientras Sem, Cam y Jafet salían a explorar los valles cercanos en busca de un lugar para establecerse y comenzar a cultivar nuevamente.

Al comenzar el descenso de la montaña, más de una vez deben haberse detenido a contemplar con tristeza el gran barco que había significado tanto para ellos durante muchos años, hasta que finalmente se ocultó de su vista tras la niebla que cubría la cima. No sabemos si alguna vez regresaron o qué pasó con él. Quizá quedó sepultado bajo la profunda nieve que cayó luego sobre ella, y finalmente se desintegró.

La marcha de descenso era difícil, porque no había ningún ca-

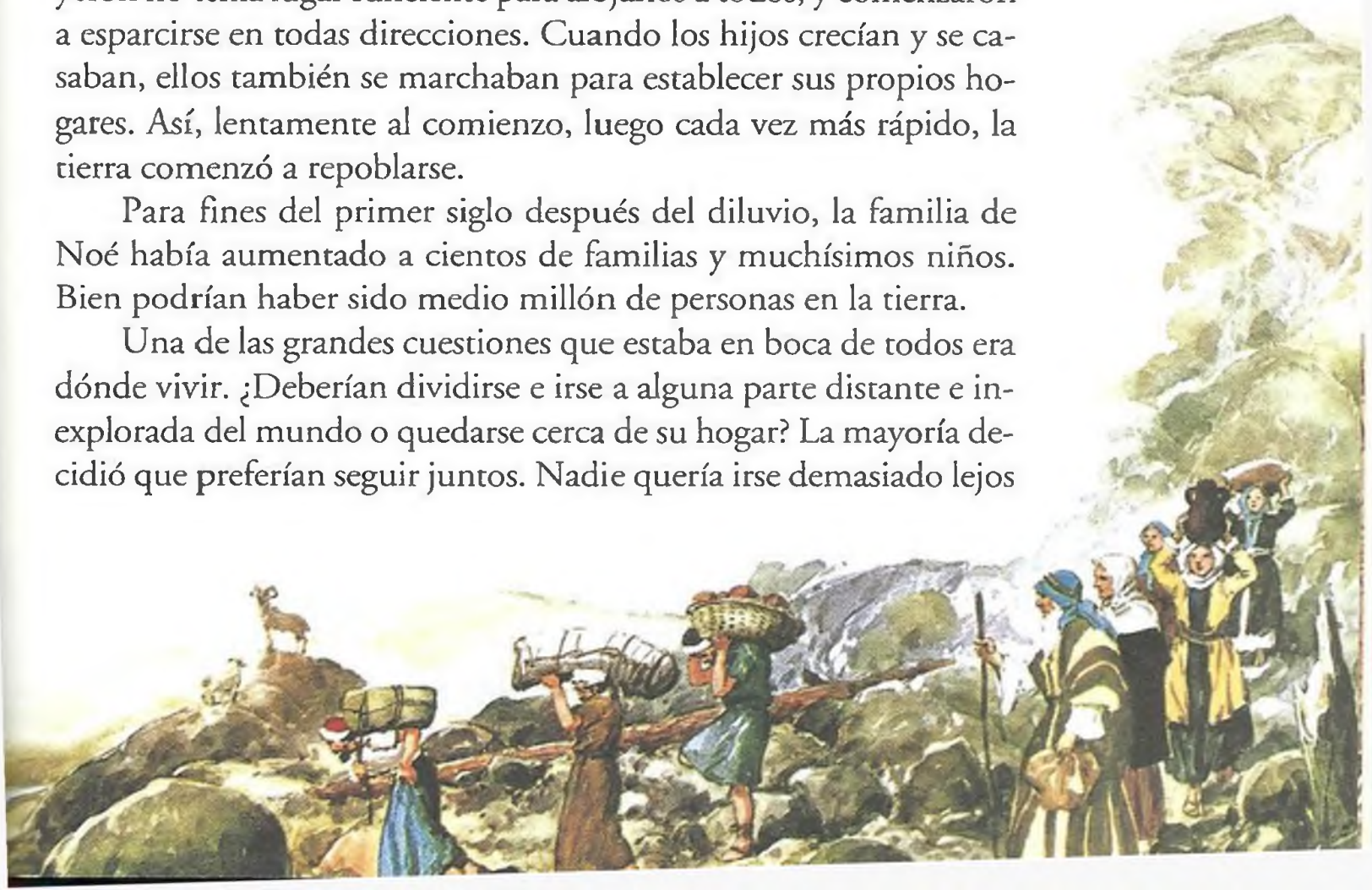
mino, por supuesto, ni siquiera un sendero. Tenían que trepar rocas escabrosas, piedras enormes y árboles caídos. En las depresiones de los cerros, se encontraban con grandes masas de agua y enormes extensiones de terreno pantanoso. A cada paso del camino veían evidencias claras de la tremenda destrucción causada por el diluvio. Por todas partes parecía haber señales recientes de la maldición que el pecado había provocado.

Pero no había tiempo que perder. Necesitaban construir un nuevo hogar, y rápido, porque había un bebé en camino. La Biblia dice que Arfaxad nació "dos años después del diluvio". Era el hijito de Sem y el nieto de Noé y, cuando nació, estoy seguro de que Noé estaba muy orgulloso de él. Este es el primer bebé que se menciona en la Biblia nacido en el nuevo mundo.

Pero no fue el único bebé que nació en aquellos tiempos. Muchos otros bebés nacieron después de él. Sem, Cam y Jafet, todos tuvieron familias numerosas. Pronto, el primer hogar que construyeron no tenía lugar suficiente para alojarlos a todos, y comenzaron a esparcirse en todas direcciones. Cuando los hijos crecían y se casaban, ellos también se marchaban para establecer sus propios hogares. Así, lentamente al comienzo, luego cada vez más rápido, la tierra comenzó a repoblarse.

Para fines del primer siglo después del diluvio, la familia de Noé había aumentado a cientos de familias y muchísimos niños. Bien podrían haber sido medio millón de personas en la tierra.

Una de las grandes cuestiones que estaba en boca de todos era dónde vivir. ¿Deberían dividirse e irse a alguna parte distante e inexplorada del mundo o quedarse cerca de su hogar? La mayoría decidió que preferían seguir juntos. Nadie quería irse demasiado lejos



del bisabuelo Noé que, como recordarás, vivió 350 años después del diluvio.

Muchas veces deben haber conversado acerca de lo que Noé y sus hijos habían conocido antes del diluvio, y cómo fue destruido por causa del pecado. ¡Qué historias maravillosas podía contar Noé en aquellos días!

Nadie dudaba del diluvio entonces. El acontecimiento era demasiado reciente. Y si alguien dudaba de la autenticidad de la historia del arca, podía escalar el monte Ararat y verlo con sus propios ojos.

Un día, alguien presentó una inquietud. ¿Cómo sabemos que no habrá otro diluvio que nos haga perecer ahogados como nuestros antepasados?

–Pero está el arco iris –respondió alguien–. Cuando lo vemos, debemos recordar la promesa de Dios de que nunca más destruirá la tierra con un diluvio.

–Pero no es razonable confiar nuestro futuro y el futuro de nuestros hijos en el arco iris –sugirió otro–. Debiéramos hacer algo al respecto y ponernos a salvo, en caso de que venga otro diluvio.

Y así, "un día se dijeron unos a otros: 'Vamos a hacer ladrillos, y a cocerlos al fuego'. Fue así como usaron ladrillos en vez de piedras, y asfalto en vez de mezcla. Luego dijeron: 'Construyamos una ciudad con una torre que llegue hasta el cielo. De ese modo nos haremos famosos y evitaremos ser dispersados por toda la tierra' ".

La idea prendió. Liderados por Nimrod, el "valiente cazador", pronto todos se pusieron a ayudar a hacer ladrillos y a llevarlos hasta el lugar de la construcción. Ese "todos" no incluía a Noé y a algunos otros que recordaban las promesas de Dios y

confiaban en que él las cumpliría.

Construir una torre que traspasara las nubes era una tarea colosal y debe haberles llevado mucho tiempo y esfuerzo. Pero gradualmente comenzó a tomar forma. Semana tras semana, y mes tras mes, el primer rascacielos del mundo se elevaba sobre la llanura de Sinar.

A medida que se hacía cada vez más alta, con largas filas de gente que con paciencia subía los ladrillos por las empinadas rampas, todos se sentían complacidos. Ahora podían construir una gran ciudad alrededor de esta torre y tener un lugar seguro para refugiarse en caso de que viniera otro diluvio sobre ellos.

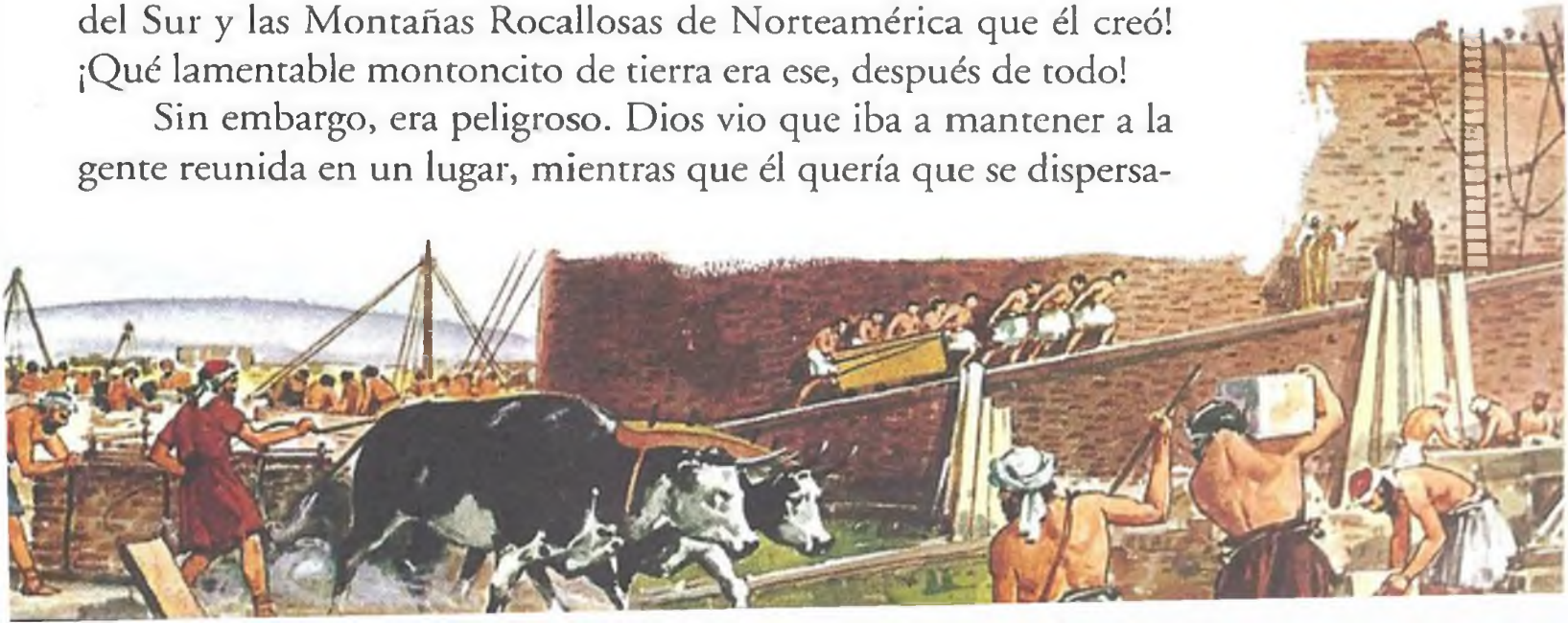
Pero Dios no estaba complacido. No le gusta que duden de su palabra, al igual que a ti y a mí.

La Biblia dice que "el Señor bajó para observar la ciudad y la torre que los hombres estaban construyendo".

De entre todos los cientos de atareados constructores, ninguno se dio cuenta de que Dios estaba tan cerca. Pero allí estaba, junto a ellos. Pensaron que todo estaba marchando bien sin él, pero en realidad no era así. Nunca es prudente olvidarse de Dios, porque él ve y sabe todo lo que hacemos.

¿Y qué pensaba Dios de la torre que la gente estaba construyendo? No mucho. Por cierto, debe haberle parecido muy pequeña y miserable en comparación con los imponentes Himalayas de la India, los altísimos Alpes de Suiza, los elevados Andes de América del Sur y las Montañas Rocallosas de Norteamérica que él creó! ¡Qué lamentable montoncito de tierra era ese, después de todo!

Sin embargo, era peligroso. Dios vio que iba a mantener a la gente reunida en un lugar, mientras que él quería que se dispersa-



ran por la tierra. Además, si todos permanecían juntos, no solo crecería una gran ciudad allí, sino un imperio que, controlado por hombres perversos, podría frustrar su benigno propósito para la humanidad.

Algo había que hacer, y Dios eligió una manera original para desbaratarles el proyecto. Confundió la lengua de los constructores. En otras palabras, hizo que algunos hablaran en un idioma y otros en otro idioma, para que no pudieran entenderse entre sí.

El efecto fue asombroso. Sino imagínate qué ocurriría en la escuela una mañana si todos los niños de tu clase de repente comenzaran a hablar un idioma diferente. ¿Cuánto avanzaría la maestra con la clase? Y ¿a qué podrías jugar en el recreo? Todo sería un lío terrible, ¿verdad? Lo más probable es que cerraran la escuela y que todos se fuesen a sus casas.

Y eso es precisamente lo que ocurrió en la torre de Babel. Un capataz pedía más ladrillos, y un hombre le traía mezcla. Otro pedía mezcla y recibía una carga de ladrillos. Cuando se le pedía a un obrero que trajera una llana, traía un martillo; y cuando se le pedía un martillo, traía una pala o, simplemente, se iba sin saber qué le habían dicho.

Pronto comenzaron a levantarse voces airadas y, antes de mucho, todos se gritaban entre sí y se golpeaban, hasta que reinó la confusión por todas partes.

Nadie podía comprender lo que había ocurrido, y nadie sabía qué hacer al respecto. Uno a uno se iban disgustando y abandonaban el trabajo. La obra de la torre se detuvo.

De regreso a sus hogares, algunos tal vez salieron a comprar algo, pero no podían comprar nada, porque los comerciantes no

STRACIÓN DE HERBERT RUDEEN

to más alto subían, más se enorgulle-
le la torre. De pronto, se confundieron
nguas y todos tuvieron que detener la
se esparcieron en todas direcciones.

podían comprender lo que ellos querían. Muy pronto hubo gran revuelo en todo el lugar.

Entonces, un hombre le dijo a su esposa:

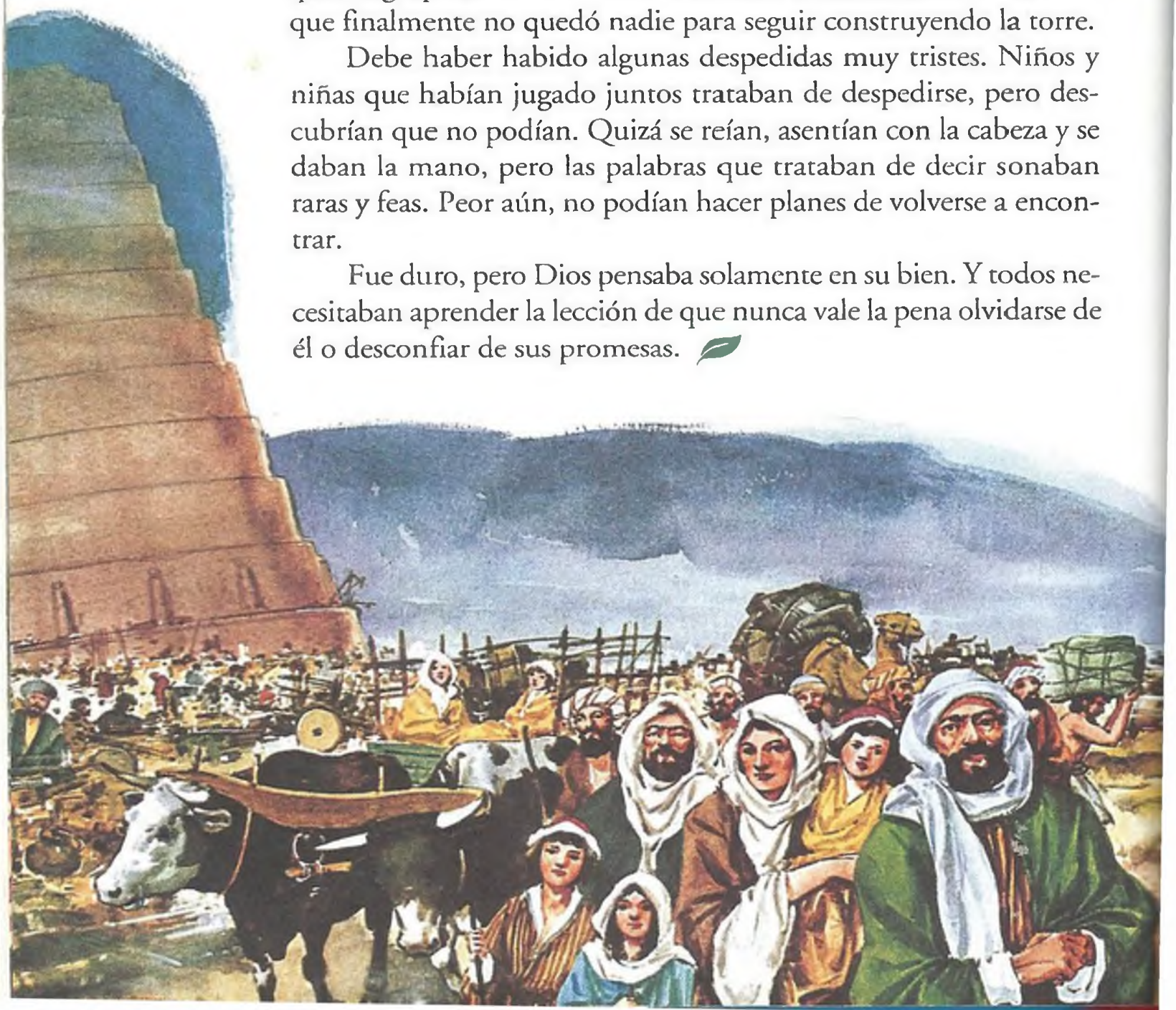
–Esto es espantoso. Empaquemos y vayámonos. Ya no puedo soportar más esto.

Así que juntó sus pertenencias, reunió a su familia y a algunos otros que entendían lo que él decía, y se fueron.

Pronto, otro hombre hizo lo mismo, y otro, y otro. En pequeños grupos, comenzaron a marcharse en todas direcciones, hasta que finalmente no quedó nadie para seguir construyendo la torre.

Debe haber habido algunas despedidas muy tristes. Niños y niñas que habían jugado juntos trataban de despedirse, pero descubrían que no podían. Quizá se reían, asentían con la cabeza y se daban la mano, pero las palabras que trataban de decir sonaban raras y feas. Peor aún, no podían hacer planes de volverse a encontrar.

Fue duro, pero Dios pensaba solamente en su bien. Y todos necesitaban aprender la lección de que nunca vale la pena olvidarse de él o desconfiar de sus promesas.



CUARTA PARTE

Historias De

Abraham, Isaac y Lot

(Génesis 12:1 a 24:67)

Dios encuentra a un niño

(Génesis 10:21-32; 11:24-26)

FUE nos cien años después del diluvio que Dios dispersó al pueblo que estaba construyendo la torre de Babel. Sabemos esto porque nació un bebé justo entonces y recibió el nombre de Peleg, que significa "división", "porque en su tiempo se dividió la tierra". Es fácil contar hacia atrás, hasta Arfaxad, el niño que tuvo Sem dos años después del diluvio, y así descubrir la fecha.

Y ahora, la gente se alejaba de Babel. Algunos no fueron muy lejos. Un grupo, dirigido por Asur, nieto de Noé, viajó hacia el Norte unos 400 kilómetros y fundó la ciudad de Nínive. Otro grupo se mudó al Sur y construyó un pueblo llamado Ur. Aun otros marcharon hacia el Oeste a Europa, y muchos viajaron al Este a la India, China, Siberia y quizá cruzaron el Estrecho de Bering hacia Norteamérica.

Pronto surgieron aldeas, pueblos y ciudades por todas partes. Montaron industrias, porque la gente necesitaba herramientas para construir, cultivar y cocinar. Alguien descubrió el hierro y comenzó la industria del acero. Otro descubrió el cobre y cómo fundirlo. Otros encontraron oro, plata y piedras preciosas enterradas por el

ILUSTRACIÓN DE LESTER QUADE

Abraham vivía en la malvada ciudad de Ur. Dios lo llamó a abandonar el hogar de su padre e ir hacia la tierra que él le mostraría. Abraham obedeció sin objeciones.

diluvio; y pronto los orfebres y los plateros comenzaron a hacer hermosos ornamentos, y algunos de ellos todavía pueden verse en los museos actuales. Los constructores de barcos comenzaron a hacer pequeñas embarcaciones para navegar por el Éufrates, luego navíos más grandes para hacerse a la mar rumbo a los mares desconocidos más allá del Golfo Pérsico.

Desgraciadamente, a medida que la gente estaba cada vez más ocupada, comenzó a olvidarse de Dios, al igual que sus padres antes del diluvio. Algunos incluso se hicieron ídolos y los adoraban. Es difícil de entender, porque Noé y sus hijos todavía vivían. Noé vivió 350 años después del diluvio y Sem, 500. Y uno pensaría que la influencia de estos hombres que sabían lo que Dios había hecho en años pasados haría que los demás se mantuviesen leales y fieles. Pero no fue así.

Indudablemente, estos ancianos continuaron relatando cómo Dios había destruido el mundo a causa del pecado, y cómo los había salvado en el arca, pero poco a poco, para muchos, pasó a ser una mera leyenda. Nadie quería escuchar.

Con el paso de los años, aumentó la maldad, porque cuando la gente se olvida de Dios, comienza a pecar.

Trescientos años después del diluvio, las condiciones eran casi tan malas como antes.

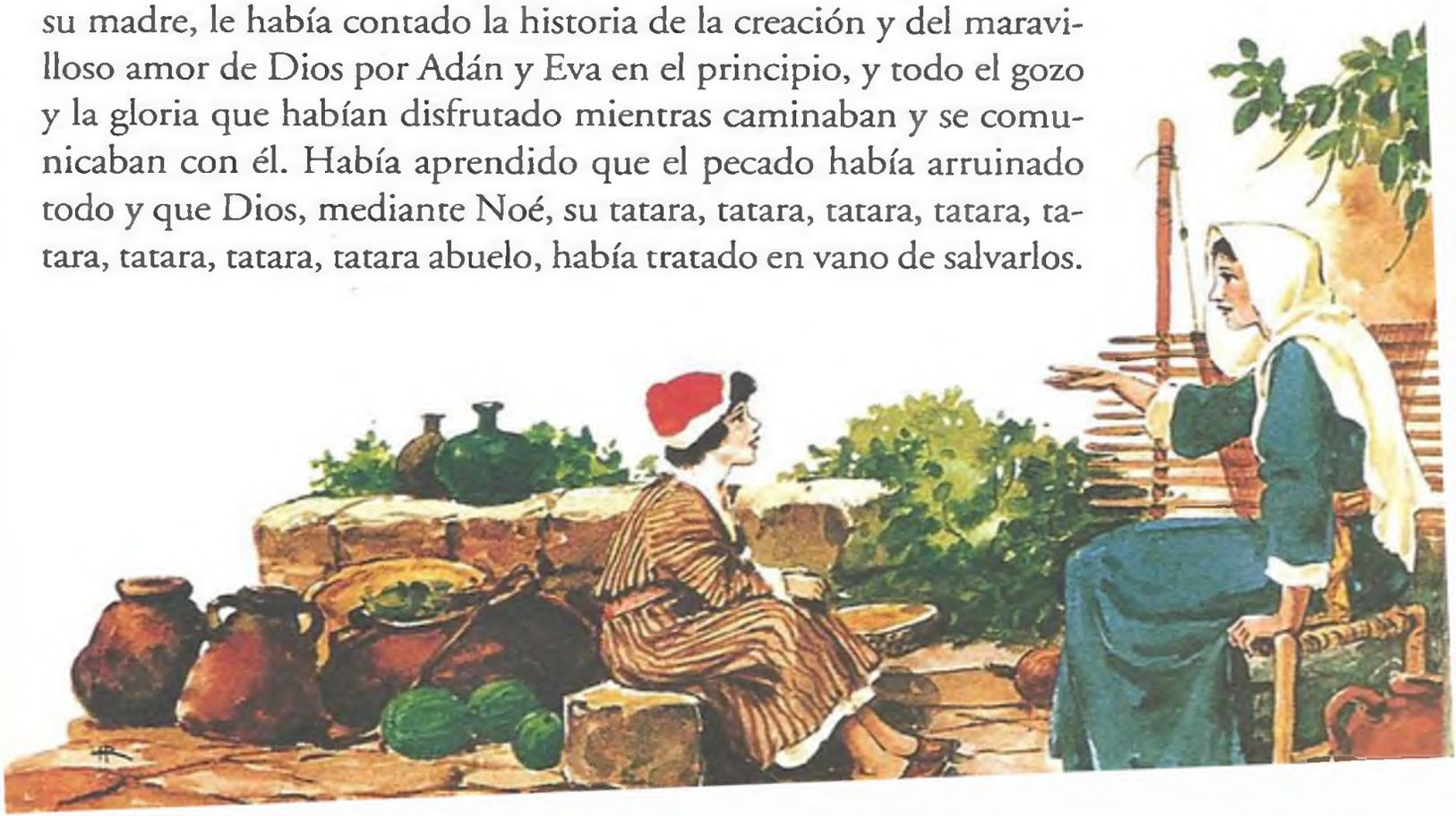
Al contemplar la escena, Dios debe haberse apenado muchísimo. Quizá se preguntó si no hubiera sido mejor que jamás se hubiese construido el arca y que todos hayan perecido en el diluvio. Pero, por supuesto, él no podría haber permitido que eso sucediera, porque ¿no les había prometido a Adán y Eva en el jardín del Edén que un día restauraría todo lo que habían perdido cuando le des-

obedecieron? ¿No había dicho que la Simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente? Uno de los hijos de la mujer, algún día, tenía que vencer a Satanás.

Solo había una cosa que podía hacer. Antes que el mundo se volviera totalmente impío otra vez, debía encontrar a alguien por medio del que pudiera mantener vivo el conocimiento de su verdad y de su propósito. Alguien que lo amara y le fuese siempre fiel. Alguien que se pusiera de parte de la justicia, de la verdad y de la bondad en un mundo impío. Alguien que criara a sus hijos correctamente y se asegurara de que ellos también guardaran su ley.

¿Podría encontrar una persona así? ¿Dónde? ¿En Nínive, quizá, o en Babilonia?, porque ambas ciudades eran bastante grandes para ese entonces. ¿Dónde habría un niño entre toda esa gente en el que Dios pudiera confiar para llevar a cabo su plan?

Finalmente, sus ojos que todo lo ven se fijaron en esa lejana ciudad de Ur, conocida posteriormente como Ur de los caldeos. Aquí vivía un hombre llamado Téraj, que tenía tres hijos: Abram, Najor y Jarán. El menor de ellos –más adelante conocido como Abraham– era un buen muchacho y amaba al Señor. Alguien, quizá su madre, le había contado la historia de la creación y del maravilloso amor de Dios por Adán y Eva en el principio, y todo el gozo y la gloria que habían disfrutado mientras caminaban y se comunicaban con él. Había aprendido que el pecado había arruinado todo y que Dios, mediante Noé, su tatara, tatara, tatara, tatara, tatara, tatara, tatara, tatara abuelo, había tratado en vano de salvarlos.



Al escuchar repetidas veces la antigua historia, Abraham había llegado a amar a Dios y a decidir que le serviría toda la vida.

No fue fácil para él llegar a esta decisión, porque la mayoría de la gente de Ur –incluyendo a su propio padre– ya adoraban ídolos. Había ídolos incluso en su propia casa. De modo que Abraham tuvo que tomar la decisión solo. Y Dios lo amó por eso.

Porque Dios lo estaba observando, así como observa a cada niño y niña en la actualidad. Y cuando Abraham tomó esa importante decisión, puedo imaginarme a Dios diciendo: "Este es el muchacho que he estado buscando. Un muchacho que no me falle. Un muchacho a quien pueda contarle mis secretos y a quien pueda confiarle el futuro de mi plan de redención para el mundo".

Caravana hacia Canaán

(Génesis 11:27-32)

CUANDO Abram llegó a ser adulto, todavía conservaba su deseo de seguir a Dios más que cualquier otra cosa en este mundo.

Un día, papá Téraj le dijo a su familia que debían abandonar la ciudad de Ur. Es probable que haya tomado esta decisión por iniciatia de Abraham, que quería dejar este centro de adoración a la luna. Parece que Dios le había dicho a Abraham que todas las naciones serían bendecidas por su intermedio.

Imagínate el alboroto que debe haber habido en Ur cuando se filtró la noticia de que Abraham estaba haciendo planes de irse. Sin duda, los vecinos se acercaron para preguntar por qué la propiedad de Téraj estaba a la venta, solo para descubrir que el anciano padre también se iba con él.

Cuando les dijo que no conocía el nombre del lugar al que iba, probablemente pensaron que se había vuelto loco. ¿Por qué alguien que estuviese cuerdo querría abandonar una ciudad magnífica y próspera como Ur de los caldeos para ir a un lugar

del que no sabía absolutamente nada?

Pero Abraham sabía lo que estaba haciendo. El Dios a quien amaba desde la niñez le había hablado, y eso era suficiente. Quizá se preguntó qué quería decir Dios exactamente con esas palabras: "Por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra". Las únicas familias que él conocía eran las de alrededor de su casa y algunas otras a corta distancia de Ur. No tenía ni idea del plan que Dios tenía en mente para que llegase a ser la cabeza de un gran linaje de hombres piadosos mediantes los que finalmente vendría Jesús para cumplir la promesa que le había hecho a Adán en el jardín del Edén.

Pero aunque no pudo ver lo que veía Dios, estuvo dispuesto a confiar en él y a seguirlo donde él lo guiara. Y ese es un buen ejemplo para todos los niños y las niñas actuales. Cuando Dios dice: "Levántate y anda", es bueno obedecerle por encima de toda duda. Porque los planes de Dios son solo para nuestro bien, y podemos estar seguros de que al final del viaje tendrá una rica bendición esperándonos.

Por fin todo estuvo listo. Todo el equipaje había sido empaquetado en bultos y atados al lomo de los animales. Abraham había dado una última mirada para asegurarse de que no se olvidaba nada. Los siervos que cuidaban los rebaños y las manadas estaban aguardando la orden de partida.

En aquellos días lejanos, la gente no viajaba en automóvil, tren ni avión. Todos caminaban o montaban en camellos o asnos. Y cuando llevaban consigo ganado u ovejas, tenían que ir al paso de los terneritos o los corderitos. No podían apresu-

rarse como nosotros ahora. No se podía apretar el acelerador para ir más rápido como ahora. Tenían que conformarse con viajar lentamente, cubriendo solo pocos kilómetros por día.

Imagínate la caravana lista para emprender el viaje. Primero, quizá, había algunas cabras seguidas de un rebaño de ovejas y una manada de vacas, siervos que los cuidaban y perros para evitar que se extravíen.

Estos siervos llevaban esposas, hijos y todas sus posesiones consigo, porque cuando la cabeza de una familia se mudaba, todos sus ayudantes iban con él también. Luego venían Abraham y su esposa, Sara, y su anciano padre Téraj, todos probablemente montados sobre camellos o burros y seguidos de más animales y siervos.

En algún lugar de la caravana estaba Lot, el sobrino de Abraham, que parece haber llegado a formar parte de la familia de su tía después de la muerte de su padre. Él también tenía siervos que cuidaban de su ganado, lo que hacía que la caravana fuese más larga todavía.

Probablemente el padre Téraj, que todavía era el jefe de la familia aun cuando estaba saliendo por iniciativa de Abraham, haya dado la orden de partida. A medida que su orden iba pa-

sando de boca en boca a través de la larga línea de espera de gente y animales, los siervos entraron en acción.

Los perros ladraron. Los camellos arrodillados, cargados con bultos pesados, se pararon y se echaron a andar. El ganado se adelantó, contento de estar en movimiento nuevamente. Los niños más pequeños caminaban de la mano de sus madres y los niños y niñas más grandes corrían alegremente de aquí para allá disfrutando del alboroto.

Finalmente, llegaron a un lugar llamado Jarán. Quizá algunos de sus parientes vivían allí. De cualquier modo, Abraham decidió detenerse allí por un tiempo y darles descanso a todos. Había muchas cosas para hacer en un grupo tan numeroso. Además, el anciano padre Téraj no se estaba sientiendo muy bien. Así que acamparon en Jarán y se quedaron allí un largo tiempo.

¡Y todo esto porque un hombre había oído la voz de Dios y decidió obedecerle! Sí, Abraham partió rumbo a un gran destino. Débilmente, a lo lejos en un futuro distante, había vislumbrado una hermosa ciudad, "de la cual Dios es arquitecto y constructor".* Estaba cambiando la pequeña Ur por la Nueva Jerusalén.

* Hebreos 11:10.

Las huellas de un buen hombre

(Génesis 12:1-20; 13:1-4)

MIENTRAS estaban en Jarán, la caravana aumentó. Nacieron muchos terneros, cabritos, corderos y camellos. Llegaron más niños y niñas para aumentar las familias de los siervos. Así, cuando Abraham estuvo listo para partir, sus problemas de movilidad aumentaron enormemente.

Un día, cuando Abraham creció hasta hacerse grande, oyó una voz que le hablaba, y supo inmediatamente que era la voz de Dios. Dios dijo:

–"Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y vete a la tierra que te mostraré. Haré de ti una nación grande, y te bendeciré; haré famoso tu nombre, y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; ¡por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra!"

De repente, se presentó ante Abraham una visión gloriosa. Vio lo que Dios había planeado para su futuro. Vio más allá de las murallas de Ur hasta los confines de la tierra. Miró más allá de sus días hasta el tiempo del fin. Se vio a sí mismo convertido en una bendición para toda la humanidad. Pero esto significaba dejar su hogar, sus amigos y la tierra de sus padres.

Creyó que estaba siendo guiado a la Tierra de la Promesa que Dios le había dado a Adán y Eva: el Edén, el glorioso Edén. Algún día, el Edén sería devuelto a sus hijos.

¿Iría o se quedaría? Por un momento, todo el futuro pendió de su decisión.

¿Dijo Abraham: "Quizá vaya, quizá me quede"? No. No lo dudó ni un instante. De inmediato, decidió hacer como Dios le había indicado.

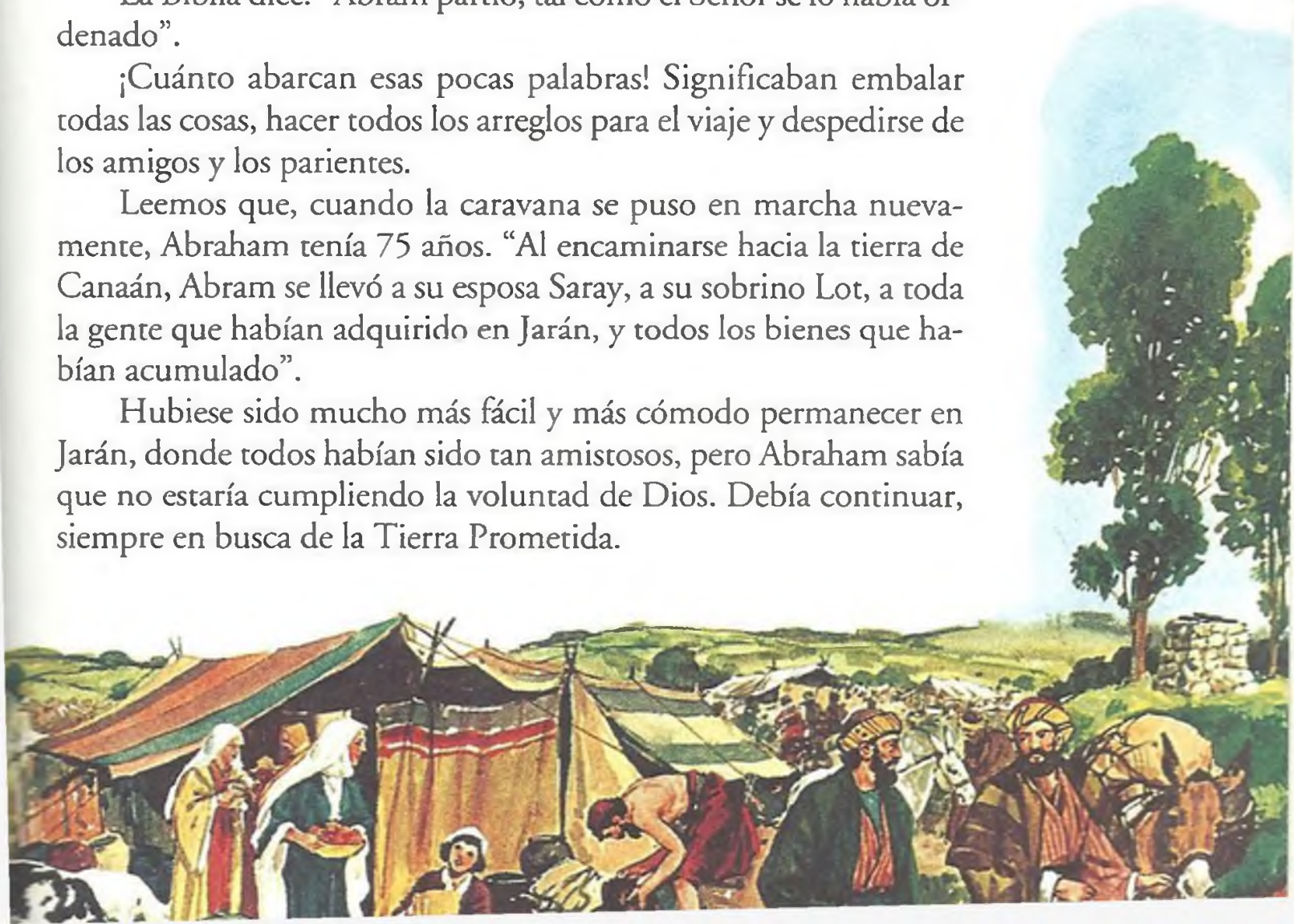
Una buena cantidad de personas que vivían en Jarán y en sus alrededores preguntaron si podían ir con ellos también. Habían escuchado a Abraham hablar del gran Dios del cielo, a quien amaba y adoraba, y que lo había llamado para dejar Ur de los caldeos y viajar a una tierra nueva y mejor. Al oír su maravillosa historia y observar su vida compasiva, decidieron unírsele; y Abraham estuvo de acuerdo en llevarlos consigo.

La Biblia dice: "Abram partió, tal como el Señor se lo había ordenado".

¡Cuánto abarcan esas pocas palabras! Significaban embalar todas las cosas, hacer todos los arreglos para el viaje y despedirse de los amigos y los parientes.

Leemos que, cuando la caravana se puso en marcha nuevamente, Abraham tenía 75 años. "Al encaminarse hacia la tierra de Canaán, Abram se llevó a su esposa Saray, a su sobrino Lot, a toda la gente que habían adquirido en Jarán, y todos los bienes que habían acumulado".

Hubiese sido mucho más fácil y más cómodo permanecer en Jarán, donde todos habían sido tan amistosos, pero Abraham sabía que no estaría cumpliendo la voluntad de Dios. Debía continuar, siempre en busca de la Tierra Prometida.



Ahora, el viaje era más lento que nunca, con muchas más personas y animales en la caravana. Recorrían solo una corta distancia por día, pero en realidad no importaba, porque nadie tenía mucho apuro. Se tomaban su tiempo y disfrutaban del viaje.

Al avanzar hacia el Sur, aparecían más colinas y vegetación. De tanto en tanto, pasaban por pequeños poblados de descendientes de los pioneros que se habían mudado de Babel dos siglos antes. Eran primos lejanos de Abraham, dado que erab hijos de Canaán, un hijo de Cam; y su tierra era llamada la la tierra de Canaán.

Lamentablemente, la mayoría de estas personas se habían olvidado de Dios y adoraban ídolos, o se inclinaban ante el sol y la luna como si fuesen dioses. Contemplaban asombrados esta caravana de gente que no llevaba ningún ídolo y cuyo líder, bondadoso y de noble apariencia, se las pasaba hablando de Alguien que hizo el cielo y la tierra y que quería que todos lo amaran y le sirvieran.

"Abram atravesó toda esa región hasta llegar a Siquén, donde se encuentra la encina sagrada de Moré. En aquella época, los cananeos vivían en esa región. Allí el Señor se le apareció a Abram y le dijo: 'Yo le daré esta tierra a tu descendencia'. Entonces Abram erigió un altar al Señor, porque se le había aparecido".

Habían pasado muchos meses desde que había abandonado su hogar. ¡Qué fe necesitó para mantener viva en su corazón la visión de la bella ciudad fulgurante durante tanto tiempo! Puedes imaginarte lo contento que estaba Abraham de volver a escuchar la voz de Dios otra vez. De tanto en tanto, durante el largo viaje y tantas demoras, bien puede haberse preguntado si estaba en el camino correcto, y haciendo lo que Dios realmente quería que hiciera. Pero ahora contaba con esa seguridad. ¡Qué feliz estaba de que Dios estuviese complacido con él!

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

rimero que Abraham hacía al llegar a un
r y levantar su tienda, era construir un altar
le él y toda su casa adoraban a Dios, a la
de los sorprendidos paganos del lugar.

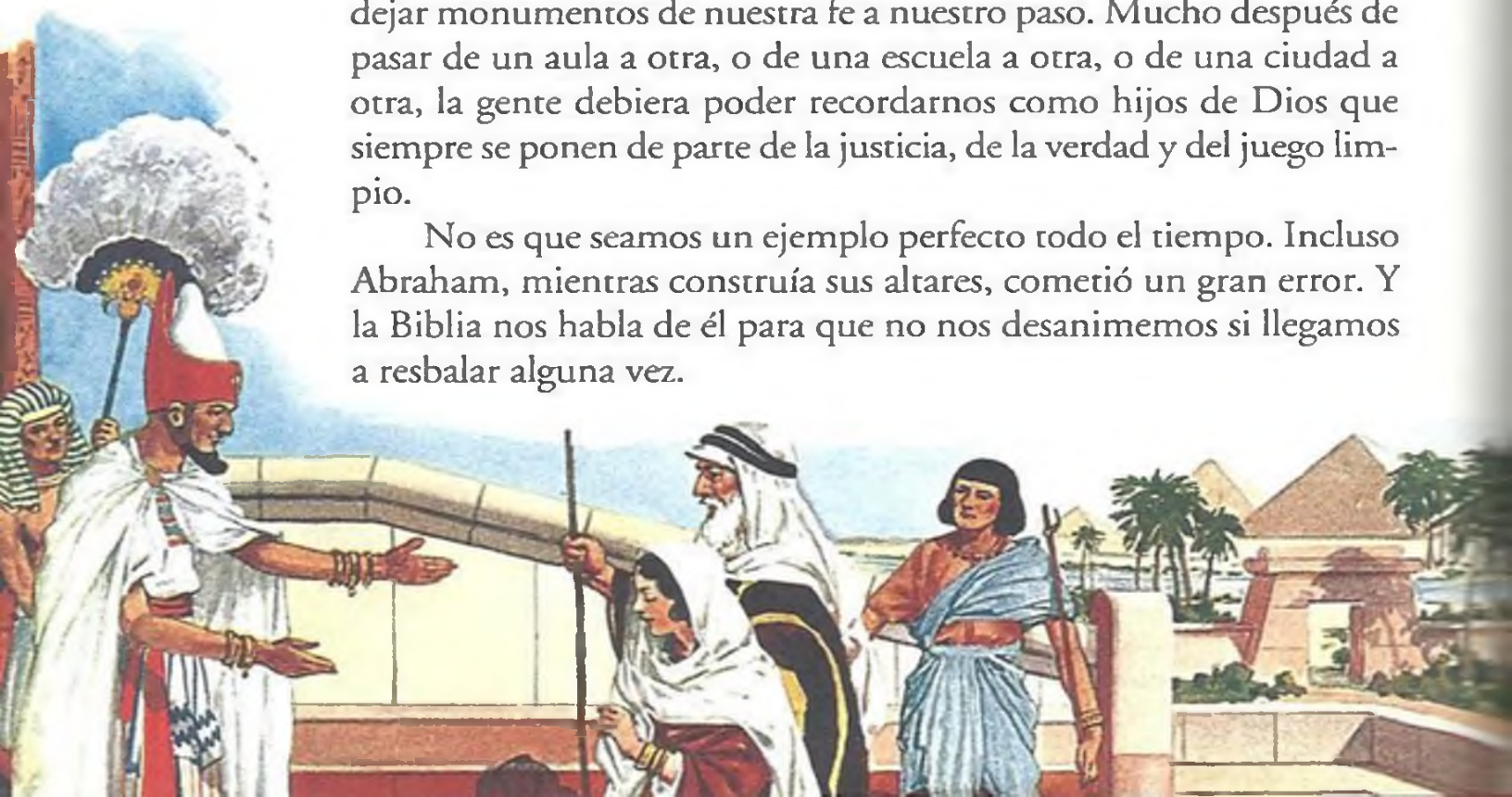
En su alegría, construyó un altar y ofreció un sacrificio, y luego él, Sara, Lot y todos los siervos se arrodillaron en adoración. Cuando el humo del sacrificio ascendía por el aire, algunos de los cananeos lo vieron y se preguntaron qué estaba ocurriendo.

Al acercarse para mirar, vieron a Abraham y toda su gente arrodillados delante de Dios, y sus corazones se conmovieron. Recordaron lo que sus padres les habían contado del gran Creador, y algunos decidieron que a ellos también les gustaría adorar a Dios como Abraham, en vez de inclinarse ante los ídolos.

Cada vez que la gran caravana se detenía, Abraham construía un altar, hasta que la región quedó salpicada de ellos, cada uno como un testigo silencioso de su fe. Cuando, años después, los viajeros encontraban uno de esos altares y se preguntaban qué era y quién lo había construido, siempre había alguien que les decía: "Este es uno de los altares de Abraham, siervo del Dios del cielo". Estos altares señalaban las huellas de un buen hombre, un hombre de Dios que procuraba hacer lo recto y dar testimonio de su Hacedor.

Nosotros también debiéramos hacer como él hizo. Al mudarnos de un lugar a otro a lo largo de la vida, debiéramos tratar de dejar monumentos de nuestra fe a nuestro paso. Mucho después de pasar de un aula a otra, o de una escuela a otra, o de una ciudad a otra, la gente debiera poder recordarnos como hijos de Dios que siempre se ponen de parte de la justicia, de la verdad y del juego limpio.

No es que seamos un ejemplo perfecto todo el tiempo. Incluso Abraham, mientras construía sus altares, cometió un gran error. Y la Biblia nos habla de él para que no nos desanimemos si llegamos a resbalar alguna vez.



Dado que una sequía impidió que su numeroso ganado pastara en Canaán, Abraham se dirigió hasta Egipto. Allí, se metió en problemas al tratar de engañar al faraón.

Como Sara era muy hermosa, tenía miedo que el rey lo matara y tomara a Sara para sí. Así que dijo que era su hermana. En cierto modo, esto era cierto, pero ¡cuánto mejor habría sido si desde el principio hubiera dicho que era su esposa!

Faraón se preparó para tomar a Sara como esposa y trató espléndidamente a Abraham, dándole muchos regalos. Pero al final, como siempre, se supo la verdad. Entonces, el faraón se enojó, y tenía razones para estarlo, y Abraham pasó mucha vergüenza.

"Y el faraón ordenó a sus hombres que expulsaran a Abram y a su esposa, junto con todos sus bienes".

Con vergüenza, la caravana se dirigió nuevamente hacia el Norte. Pero aunque Abraham tenía el corazón quebrantado por su fracaso, sabía dónde ir. "Desde el Néguev, Abram regresó por etapas hasta Betel, es decir, hasta el lugar donde había acampado al principio, entre Betel y Hai. En ese lugar había erigido antes un altar, y allí invocó Abram el nombre del Señor".

Tenía mucho para contarle a Dios. ¡Ah, cómo lamentaba haber arruinado la mejor oportunidad de su vida para dar testimonio de él en la corte del faraón! Pero Dios lo perdonó, y todo volvió a estar bien.

Es bueno regresar a algún "altar" que hayamos construido "al principio" –a algún lugar donde nos hayamos encontrado antes con Dios– cuando cometemos un error y derramar nuestro corazón en humilde arrepentimiento. Porque él nos oirá y nos perdonará, y continuaremos nuestro caminar, sabiendo que todavía nos ama.

Escojamos lo mejor

(Génesis 13:5-13)

LA salida de Egipto no fue feliz. Verdaderamente, Abraham había llegado a ser "muy rico en ganado, plata y oro". Así también Lot, que ahora "tenía rebaños, ganado y tiendas de campaña". Pero había un espíritu diferente en la caravana. Los siervos se peleaban entre sí. Cuando acampaban de noche había palabras airadas y golpes.

La Biblia dice: "Por eso comenzaron las fricciones entre los pastores de los rebaños de Abram y los que cuidaban los ganados de Lot".

Una de las razones del problema era que no había suficiente pasto para alimentar a tantos animales. Es muy probable que tampoco hubiese suficientes pozos para abrevarlos. "La región donde estaban no daba abasto para mantener a los dos, porque tenían demasiado como para vivir juntos".

Algo había que hacer. No se podía viajar a la Tierra Prometida con conflictos en el campamento.

Una vez más, vemos la verdadera grandeza de Abraham. Lo

STRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

ervos de Abraham y los de Lot peleaban
división de las tierras de pastoreo, pero
am era un hombre de paz y resolvió la
ad al dar a elegir a Lot la mejor tierra.

llamó a Lot y le dijo de manera muy bondadosa y amable:

–"No debe haber pleitos entre nosotros, ni entre nuestros pastores, porque somos parientes. Allí tienes toda la tierra a tu disposición. Por favor, aléjate de mí. Si te vas a la izquierda, yo me iré a la derecha, y si te vas a la derecha, yo me iré a la izquierda".

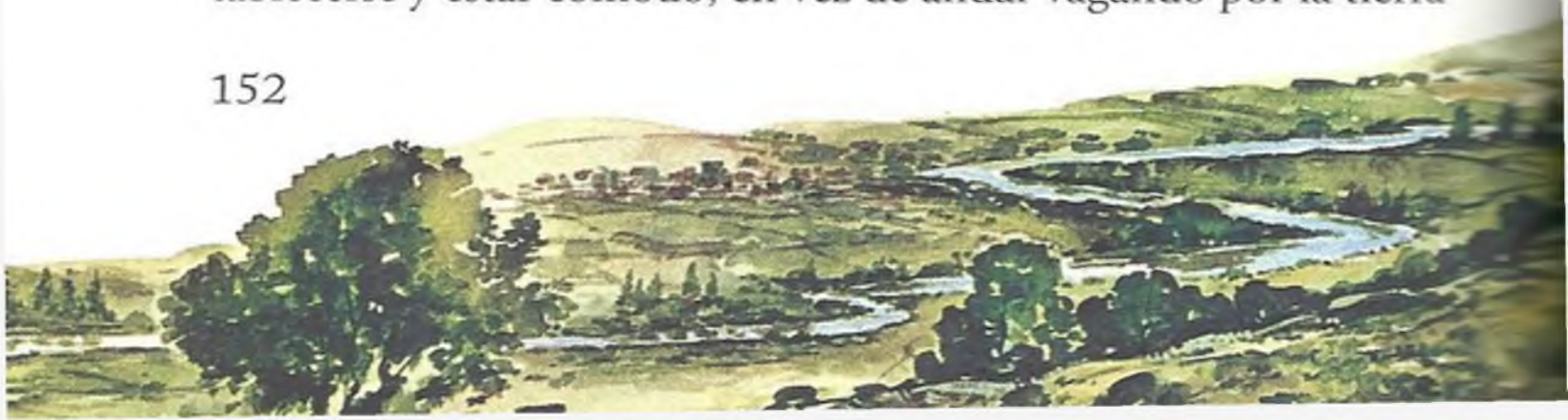
¡Qué generosidad por parte de Abraham! Al estar a cargo de la caravana, bien podría haber elegido lo mejor para sí. Pero no lo hizo, sino que le dio a su sobrino la posibilidad de elegir. ¡Qué ejemplo para nosotros!

Lot no merecía tanta bondad. Después de todo lo que Abraham había hecho por él, debiera haber dicho: "Querido tío, elige tú primero, y con gusto tomaré lo que quede". Pero no lo hizo.

En lugar de eso, "Lot levantó la vista y observó que todo el valle del Jordán, hasta Zoar, era tierra de regadío, como el jardín del Señor... Entonces Lot escogió para sí todo el valle del Jordán, y partió hacia el oriente. Fue así como Abram y Lot se separaron. Abram se quedó a vivir en la tierra de Canaán, mientras que Lot se fue a vivir entre las ciudades del valle, estableciendo su campamento cerca de la ciudad de Sodoma".

Al mirar el hermoso valle verde y encantador desde la ladera de la montaña al sol de la mañana, con la hebra plateada del río Jordán que lo atravesaba por el medio, Lot se dijo: "¡Qué hermoso lugar para vivir! ¡Qué excelente pastura para mi ganado! ¡Cuánto me voy a enriquecer allá!"

Quizá también, al ver el valle salpicado de pequeñas aldeas y la ciudad de Sodoma en la distancia, pensó qué lindo sería establecerse y estar cómodo, en vez de andar vagando por la tierra



con Abraham. ¡Qué bien podría pasarla en Sodoma, con sus espléndidos mercados y muchos lugares de diversión!

Sabía muy bien que Sodoma era una ciudad malvada, porque todos hablaban de los que sucedía allí, pero pensó que no pasaría nada si él vivía allí. Que a él no le pasaría nada. Podría ser peligrosa para otros, pero él estaría bien. De todos modos, asumiría el riesgo.

Así que Lot tomó la decisión. Escogió la llanura del Jordán con sus buenos campos de pastoreo, su abundancia de agua y sus ciudades. Y estableció "su campamento cerca de la ciudad de Sodoma".

Es lo peor que podría haber hecho, el mayor error que cometió en su vida. Aunque él no lo sabía, ese hermoso valle pronto se convertiría en un campo de batalla. La gente que vivía en esas bonitas aldeas pronto serían llevadas cautivas por ejércitos invasores. Y Sodoma, esa gran ciudad tentadora, estaba a punto de ser totalmente destruida por el fuego.

Nunca vale la pena ser egoísta. A veces, la persona que acapara lo mejor para sí tal vez parezca beneficiarse por un tiempo. Pero, a la larga, está destinada a perder. Debiéramos orar pidiendo la gracia y la grandeza de Abraham, que le dio a elegir primero a otro.

Ni siquiera un hilo ni la correa de una sandalia

(Génesis 13:14-18; 14:1-24)

QUIZÁ Abraham se sintió algo desanimado al ver a Lot arrear sus rebaños y sus manadas por la ladera del cerro hacia el valle del Jordán, ya que se había elegido la mejor tierra para sí. Porque justo entonces, Dios le dijo:

–"Abram, levanta la vista desde el lugar donde estás, y mira hacia el norte y hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste. Yo te daré a ti y a tu descendencia, para siempre... ¡Ve y recorre el país a lo largo y a lo ancho, porque a ti te lo daré!"

Es como si Dios le hubiese dicho: "¡Alégrate! No tienes que preocuparte por la elección de Lot. Toda esta tierra será tuya, toda la tierra de Lot y el resto también, ¡todo el ancho mundo!"

Y así Abraham se consoló y "levantó su campamento y se fue a vivir cerca de Hebrón, junto al encinar de Mamré. Allí erigió un altar al Señor".

Sin embargo, no pasó mucho tiempo allí hasta que se enteró de que Lot estaba en problemas, y graves. Se había desatado una guerra cuando cuatro reyes o gobernantes de Mesopotamia se habían aliado para atacar a los reyes de cinco ciudades alrededor del

Mar Muerto, incluyendo a los reyes de Sodoma y Gomorra. "Eran cuatro reyes contra cinco", dice la Biblia, y los cinco perdieron.

Los vencedores se llevaron todo lo que pudieron de Sodoma y Gomorra y se fueron. "Y como Lot, el sobrino de Abram, habitaba en Sodoma, también se lo llevaron a él, con todas sus posesiones. Uno de los que habían escapado le informó todo esto a Abram el hebreo".

¿Qué hizo Abraham? ¿Dijo: "Se lo tiene merecido", "Él se lo buscó"? No. Sin dudar un solo instante, "convocó a trescientos dieciocho hombres adiestrados que habían nacido en su casa, y persiguió a los invasores hasta Dan".

Debemos recordar que no había policías en aquellos días. Abraham no podía llamar por teléfono a la comisaría para pedir ayuda. Si había que rescatar a Lot, tendría que hacerlo con sus siervos.

Como sabía que su pequeña cuadrilla era superada ampliamente en número, Abraham atacó de noche, y su estrategia funcionó. Persiguió al enemigo casi todo el camino hasta Damasco y rescató no solo a Lot y su familia, sino todos sus bienes y todo el botín que los cuatro reyes habían tomado de Sodoma y Gomorra.

La noticia de la victoria se divulgó rápidamente, y cuando Abraham regresó con "Lot, junto con sus posesiones, las mujeres y la demás gente", fue el héroe del día. El rey de Sodoma salió a su encuentro con un profundo sentimiento de gratitud, como podrás imaginarte. Así también Melquisedec, rey de Salén, que "le ofreció pan y vino" en honor a la ocasión.

La Biblia dice que este Melquisedec no solo era rey, sino también "sacerdote del Dios altísimo". Cuando vio a Abraham, dijo:

–"¡Que el Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra, ben-

diga a Abram! ¡Bendito sea el Dios altísimo, que entregó en tus manos a tus enemigos!"

"Entonces Abram le dio el diezmo de todo", lo que significa que tomó una décima parte de todos los bienes que había recuperado y se lo dio como ofrenda de gratitud a este hombre de Dios, y preparó el resto para devolvérselo al rey de Sodoma.

Generosamente, el rey de Sodoma le dijo:

–"Dame las personas y quédate con los bienes".

Pero Abraham no se quedaría con nada de eso. Y aquí nuevamente alcanzamos a ver una vislumbre de su grandeza.

–"He jurado por el Señor, el Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra, que no tomaré nada de lo que es tuyo, ni siquiera un hilo ni la correa de una sandalia. Así nunca podrás decir: 'Yo hice rico a Abram'. No quiero nada para mí, salvo lo que mis hombres ya han comido. En cuanto a los hombres que me acompañaron, es decir, Aner, Escol y Mamré, que tomen ellos su parte".

Abraham había aprendido la lección. No permitiría que el rey de Sodoma le dijera, como había dicho Faraón, que él había enriquecido a Abraham. Nunca más aceptaría favores de un gobernante terrenal. ¿Cómo podría luchar contra la maldad de Sodoma si aceptaba dinero de su rey? De ahora en más, su lema fue: "Ni siquiera un hilo ni la correa de una sandalia" de ninguna fuente como esa.

Y ese es un principio importante que han de seguir todos los niños y las niñas. Nunca aceptes un regalo que podría atarte las manos o acallar tu voz para dar testimonio de la justicia y la verdad. Nunca aceptes soborno de ningún tipo, ni siquiera un hilo ni la corra de una sandalia.

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

ham era un hombre muy rico y pagó diez-
de todos sus bienes a Melquisedec, que era
:rdote del Dios altísimo". Melquisedec
ijo entonces a Abraham por su fidelidad.

Tantos hijos como estrellas

(Génesis 15:1-7)

A MEDIDA que iban pasando los años, Abraham comenzó a preguntarse qué tenía en mente Dios para él. Había salido de Ur de los caldeos, como se le dijo. Ahora estaba en la tierra de Canaán, y hacía bastante tiempo que estaba allí. ¿Qué le aguardaba ahora?

Recordaba lo que Dios le había dicho: "Multiplicaré tu descendencia como el polvo de la tierra. Si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tus descendientes".

¿Qué quería decir Dios con eso de hijos como el polvo, cuando todavía no tenía ningún hijo? Por cierto que tenía muchos siervos, y estos tenían muchos hijos. Tenía miles de animales, y seguían aumentando cada pocos meses. Se estaba enriqueciendo cada vez más con oro y bienes. Pero ¿era eso en lo que Dios estaba pensando?

Un día, Dios le dijo:

–"No temas, Abram. Yo soy tu escudo, y muy grande será tu recompensa".

Era una promesa muy hermosa, pero no respondía las preguntas que se habían estado levantando en su mente.

–"Señor y Dios, ¿para qué vas a darme algo, si aún sigo sin tener hijos, y el heredero de mis bienes será Eliezer de Damasco?"

Con esto, Abraham quería decir que, al ver que no tenía hijos propios, todas sus posesiones irían a parar a manos de su siervo principal o supervisor cuando muriese. Demostraba cuán deprimido se sentía en ese momento.

Por la respuesta que le dio, Dios parecía estar casi indignado.

–"¡No! Ese hombre no ha de ser tu heredero". No será Eliezer. No será ese hombre de Damasco.

–Entonces, ¿quién? –preguntó Abraham.

–"Tu propio hijo" –le dijo Dios.

Era de noche, y Dios lo condujo afuera a la oscuridad y le dijo:

–"Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas, a ver si puedes. ¡Así de numerosa será tu descendencia!"

Abraham levantó la vista y, por encima de él, vio un sinnúmero de minúsculos puntos de luz en el cielo, cada uno de ellos era un sol ardiente en las lejanas distancias del universo infinito de Dios. Quizá comenzó a contarlos, pero luego se dio cuenta de que nunca podría lograrlo.

¡Tantos hijos como estrellas! ¡Miles y miles de hijos! ¿Cómo podría ser? ¿Cómo podría llegar a tener tantos hijos cuando aún no tenía ningún hijo propio? Eso parecía imposible.

No obstante, "Abram creyó al Señor", y el Señor "lo recono-

ció a él como justo".

Entonces, Dios le dijo:

–"Yo soy el Señor, que te hice salir de Ur de los caldeos para darte en posesión esta tierra".

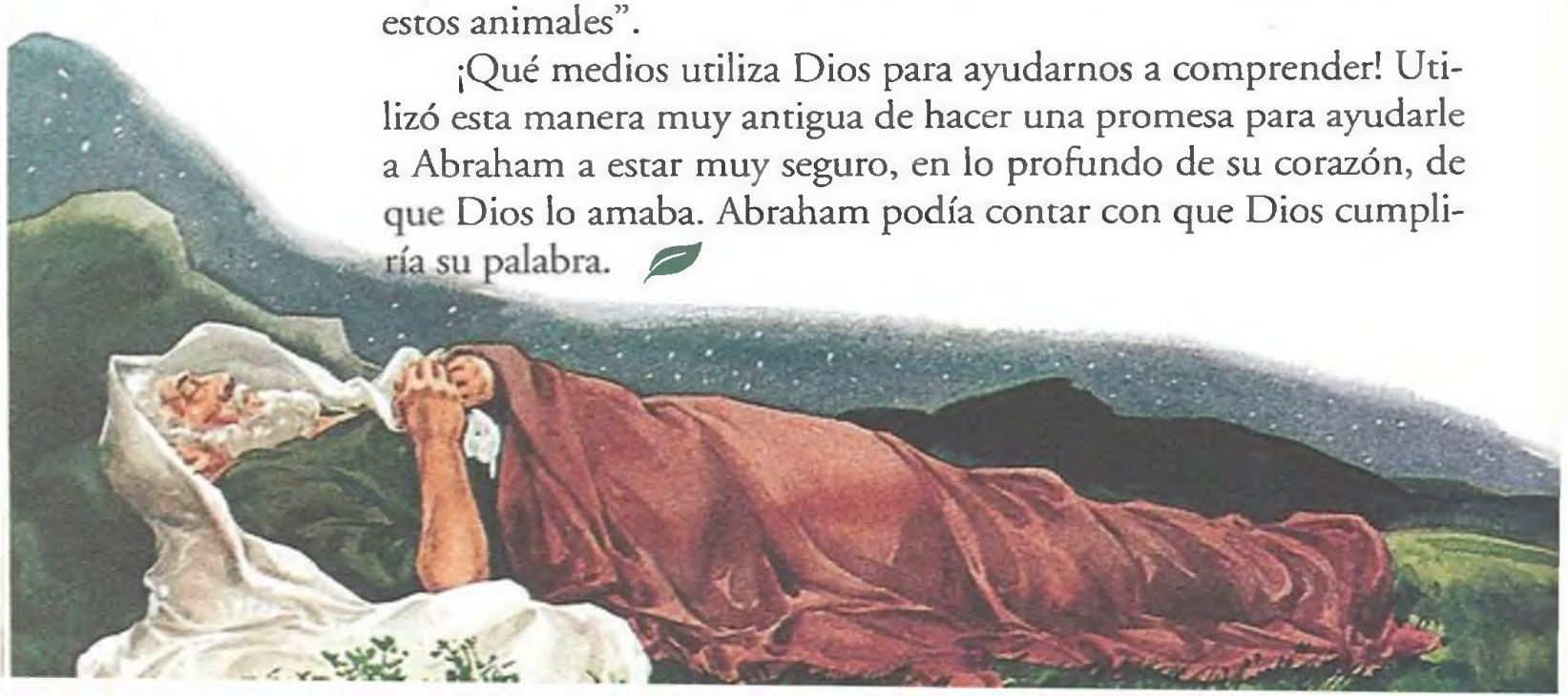
–"¿Cómo sabré que voy a poseerla?" –preguntó Abraham, anhelando tener alguna evidencia más palpable de que eso realmente ocurriría.

Fue entonces que Dios le dio una señal para que su corazón descansara. Se le dijo que tomara una vaquillona, una cabra, un carnero, una tórtola y un palomino, y que los partiera al medio. Después de hacer eso, se quedó profundamente dormido. "Lo envolvió una oscuridad aterradora".

Entonces, oyó la voz de Dios que le hablaba de cosas que ocurrirían en el futuro: que ciertamente tendría hijos, y sin importar cuántas pruebas tuviesen que pasar, Dios velaría sobre ellos y, finalmente, cumpliría cada promesa que había hecho en relación con ellos.

"Cuando el sol se puso y cayó la noche, aparecieron una hornilla humeante y una antorcha encendida, las cuales pasaban entre los animales descuartizados". La luz simbolizaba la presencia de Dios. Al moverse entre los animales descuartizados, Dios estaba diciendo: "Es verdad todo lo que te he dicho acerca del futuro. Si no llega a suceder tal como lo dije, debería ser cortado en piezas como estos animales".

¡Qué medios utiliza Dios para ayudarnos a comprender! Utilizó esta manera muy antigua de hacer una promesa para ayudarle a Abraham a estar muy seguro, en lo profundo de su corazón, de que Dios lo amaba. Abraham podía contar con que Dios cumpliría su palabra.



Sara se ríe demasiado pronto

(Génesis 16:1-16; 17:1-17; 18:10-14; 21:1-8)

AHORA Abraham estaba tan seguro de que debía tener un hijo, que volvió a hablar del tema con su esposa Sara. Como resultado, concordaron en que él debía casarse con Agar, la sierva de Sara, una mujer egipcia.

Al hacerlo, Abraham cometió su segundo gran error. Debería haber esperado un poco más para que Dios obrara. Sí, yo sé que él esperó mucho, mucho tiempo, pero Dios estaba probando su fe con un propósito. Iba a llegar a ser conocido como el padre de todos los fieles, y Dios quería que sea un ejemplo perfecto para todo el que viniera después de él.

Poco tiempo después, Agar le dio un hijo a quien llamó Ismael, pero eso no ayudó demasiado. Dios no tenía intenciones de permitir que este niño fuese el heredero de Abraham. Accedió a bendecirlo, porque le pertenecía a Abraham, pero la simiente prometida, dijo, nunca vendría por medio de él.

Pasaron otros 13 años. Abraham ahora tenía 99 años. Casi

cien, y todavía sin ningún hijo de Sara. Seguramente, ya había perdido todas las esperanzas. Después de todo, quizá se había equivocado al pensar que la estrella que parecía haber venido directamente hacia él. Quizá Dios haya querido decir algo totalmente diferente. ¡Cuántas veces debe haberse sentido tentado a dudar!

Entonces un día Dios volvió a hablarle, diciendo:

–"Te he confirmado como padre de una multitud de naciones. Te haré tan fecundo que de ti saldrán reyes y naciones".

Entonces, Dios mencionó a Sara, la pobre anciana llena de arrugas, ahora con más de 90 años.

–"Yo la bendeciré, y por medio de ella te daré un hijo. Tanto la bendeciré, que será madre de naciones, y de ella surgirán reyes de pueblos".

Esto casi fue demasiado para Abraham. Su fe se había mantenido firme hasta ese momento pero, bueno... ¡Sara!

"Entonces Abraham inclinó el rostro hasta el suelo y se rió de pensar: '¿Acaso puede un hombre tener un hijo a los cien años, y ser madre Sara a los noventa?' "

Sí, él se rió, ¡se le rió a Dios en la cara!

Más tarde, Dios le dijo a Abraham:

–"¿Acaso hay algo imposible para el Señor? El año que viene volveré a visitarte en esta fecha, y para entonces Sara habrá tenido un hijo".

Y cuando Sara lo oyó, ella también se rió. Quizá Dios también se rió, sabiendo la sorpresa que le daría a ambos muy pronto. Y la sorpresa llegó justo cuando menos lo esperaban, y

cuando parecía totalmente imposible.

"Tal como el Señor lo había dicho, se ocupó de Sara" y ella "le dio un hijo a Abraham en su vejez. Esto sucedió en el tiempo anunciado por Dios".

Así nació Isaac, el hijo de la promesa –por cierto, de muchas promesas– y hubo gran regocijo en el campamento de Abraham. Apenas podemos imaginarnos cuán felices estaban estos queridos ancianos después de esperar tanto tiempo. "El niño Isaac creció y fue destetado". Y no es de extrañarse que "ese mismo día, Abraham hizo un gran banquete". Tenía un gran acontecimiento que celebrar, y lo hacía con una gran fiesta.

Y me gusta pensar que, en medio de los festejos y de la alegría, cuando toda la gente de lejos y de cerda se había reunido para traer sus felicitaciones, Abraham elevó su corazón a Dios y dijo:

–Gracias, querido Dios; gracias por mi hijito. Esta es nuestro primer granito de polvo, nuestra primera estrellita.

¿Y Sara? Puedo escucharla decir, mientras sostenía a su bebé en sus brazos:

–Tenías razón, querido Señor, tenías razón después de todo; no hay nada demasiado difícil para ti.

Desciende fuego del cielo

(Génesis 18:17-33; 19:1-30)

NO mucho después del nacimiento de Isaac, Dios le contó a Abraham lo que había planeado hacer con Sodoma y Gomorra.

Durante años, estas dos ciudades se habían vuelto cada vez más impías, hasta que finalmente Dios decidió que debían ser destruidas. Habían llegado a ser tan malas que se habían convertido en un peligro para toda la gente que vivía en la zona.

Lot tendría que haber apartado a sus hijos de toda esa impiedad, pero no lo había hecho. Ahora, le era imposible irse. A su esposa le gustaba vivir en Sodoma, y sus hijas se habían casado con jóvenes paganos que habían crecido en la ciudad. Su situación no era fácil.

Cuando se acercaba el día de la destrucción, el Señor dijo: "¿Le ocultaré a Abraham lo que estoy por hacer?" No, respondió, se lo diré porque "lo he elegido para que instruya a sus hijos y a su familia".

Es maravilloso que Dios le diga a alguien: "Te he elegido". Dios sabía que podía confiar en Abraham, no solamente en el

presente, sino también en el futuro, y siempre. Confiaba en que Abraham no solo procuraría vivir rectamente, sino que instruiría también a sus hijos en el camino de la observancia de los mandamientos de Dios. Así, el Señor se sintió libre para revelarle el secreto del inminente castigo de Sodoma y Gomorra.

Cuando Abraham escuchó la noticia, pensó inmediatamente en su sobrino Lot. Con la intención de salvarlo, le dijo al Señor: "¿De veras vas a exterminar al justo junto con el malvado? Quizá haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Exterminarás a todos, y no perdonarás a ese lugar por amor a los cincuenta justos que allí hay? ¡Lejos de ti el hacer tal cosa! ¿Matar al justo junto con el malvado, y que ambos sean tratados de la misma manera? ¡Jamás hagas tal cosa! Tú, que eres el Juez de toda la tierra, ¿no harás justicia?"

A Dios le agradó que Abraham tuviera compasión de los habitantes de Sodoma que no merecían el castigo, y le dijo:

–"Si encuentro cincuenta justos en Sodoma, por ellos perdonaré a toda la ciudad".

Abraham pensó por un momento. Quizá no había tantos justos en la ciudad. Por lo tanto, rebajó el número a cuarenta y cinco. Y Dios dijo:

–"Si encuentro cuarenta y cinco justos no la destruiré".

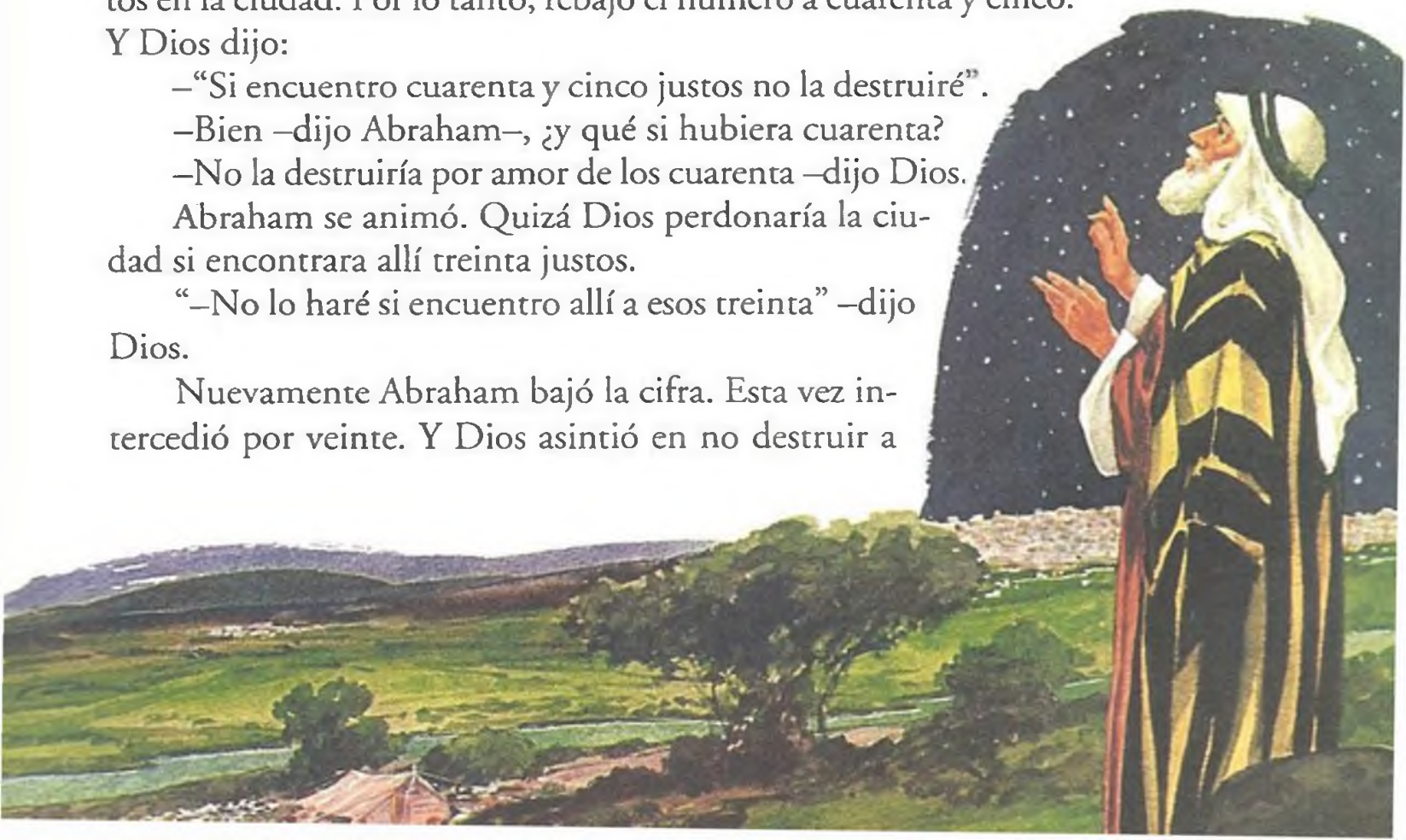
–Bien –dijo Abraham–, ¿y qué si hubiera cuarenta?

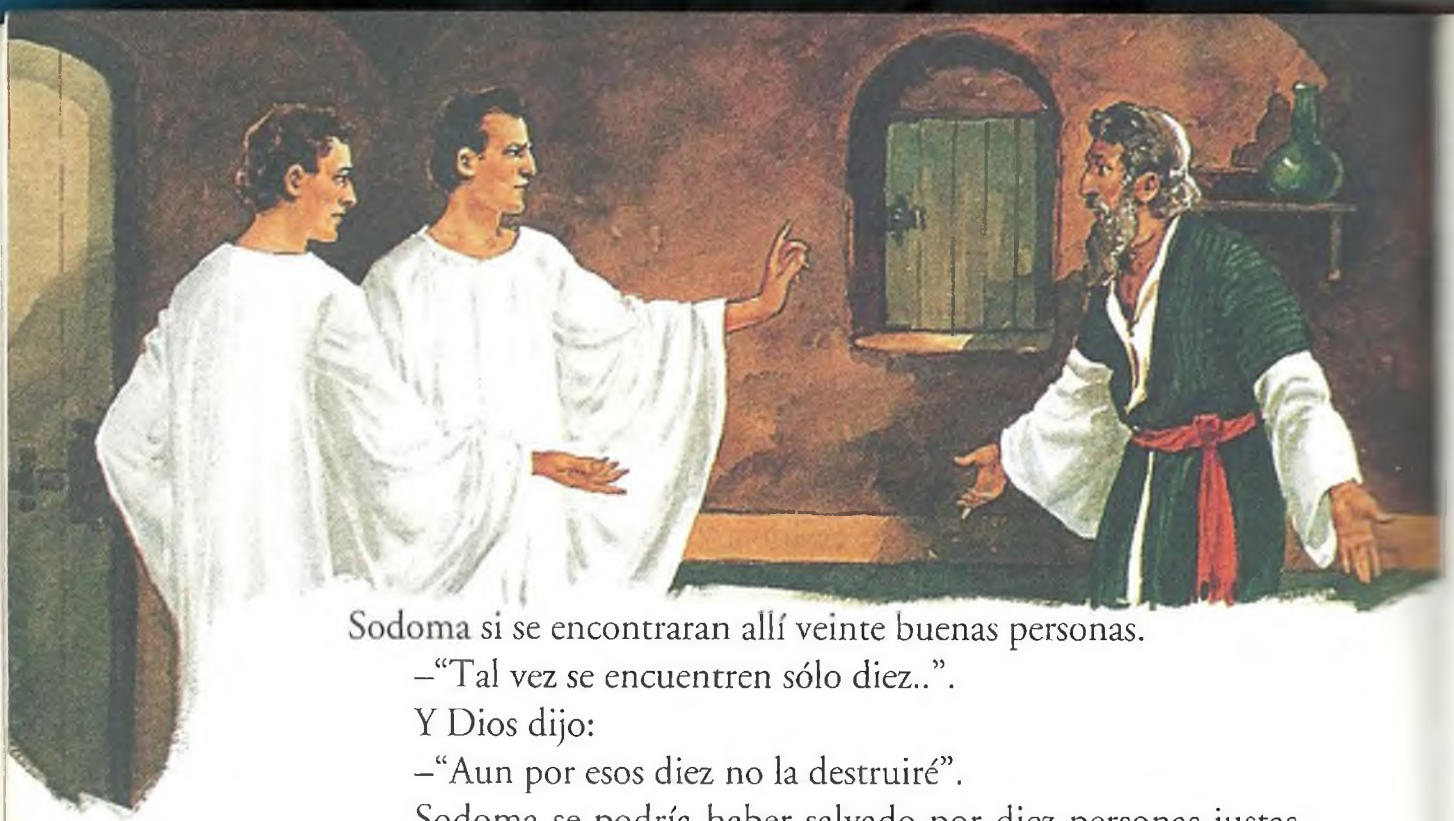
–No la destruiría por amor de los cuarenta –dijo Dios.

Abraham se animó. Quizá Dios perdonaría la ciudad si encontrara allí treinta justos.

"–No lo haré si encuentro allí a esos treinta" –dijo Dios.

Nuevamente Abraham bajó la cifra. Esta vez intercedió por veinte. Y Dios asintió en no destruir a





Sodoma si se encontraran allí veinte buenas personas.

–"Tal vez se encuentren sólo diez..".

Y Dios dijo:

–"Aun por esos diez no la destruiré".

Sodoma se podría haber salvado por diez personas justas. Pero no había ni siquiera diez. Tan impía era esa ciudad.

Un poco más tarde, dos ángeles en forma de hombre llegaron a Sodoma. Acompañados por Lot, se dirigieron a su casa para advertirle lo que estaba por ocurrir. Sin embargo, ni bien entraron, una multitud de hombres mal intencionados se reunieron a la puerta y comenzaron a agolparse. Habían visto entrar a los dos extranjeros y estaban decididos a abusarse de ellos. Lot salió para dialogar con ellos, pero fue atacado. Solo la inmediata intervención de los ángeles, que enceguecieron a los atacantes, le salvó la vida.

Luego de meterlo dentro de su casa, los mensajeros celestiales le comunicaron su misión y lo que ocurriría con Sodoma al día siguiente. A Lot le costaba creer que esa era la última noche de Sodoma y que, a menos que actuara inmediatamente, tanto él, como sus hijos, y todo lo que poseía, serían destruidos por el fuego.

Los ángeles insistieron en que tomara una decisión rápida. "¿Tienes otros familiares aquí? Saca de esta ciudad a tus yernos, hijos, hijas, y a todos los que te pertenezcan, porque vamos a des-

truirla. El clamor contra esta gente ha llegado hasta el Señor, y ya resulta insoportable. Por eso nos ha enviado a destruirla".

Finalmente, Lot se convenció de que algo realmente terrible estaba por acontecer, y salió "para hablar con sus futuros yernos, es decir, con los prometidos de sus hijas.

–"¡Apúrense! –les dijo–. ¡Abandonen la ciudad, porque el Señor está por destruirla!

"Pero ellos creían que Lot estaba bromeando".

Los jóvenes pensaban que Lot se había vuelto loco o estaba borracho. Ciertamente, no le creyeron. No había la más mínima señal de un desastre. ¿Y quién era ese Dios que decía que iba a quemar el lugar? ¡Qué absurdo! Nadie iba a quemar a Sodoma.

Lot mismo comenzó a dudar. Al amanecer, cuando el fuego estaba por descender del cielo, él todavía quería permanecer en la ciudad.

"Como Lot titubeaba, los hombres lo tomaron de la mano, lo mismo que a su esposa y a sus dos hijas, y los sacaron de la ciudad, porque el Señor les tuvo compasión".

–"¡Escápate! No mires hacia atrás, ni te detengas en ninguna parte del valle. Huye hacia las montañas, no sea que perezcas" –lo urgieron.

Sin duda, los ángeles advirtieron que no miraran hacia atrás, debido al enceguecedor fogonazo de luz y la onda expansiva que produciría el fuego al descender del cielo para destruir la ciudad.

Entonces, "el Señor hizo que cayera del cielo una lluvia de fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra. Así destruyó a esas ciudades y a todos sus habitantes, junto con toda la llanura y la vegetación del suelo".

Desde allá lejos en las montañas, Abraham vio el terrible resplandor en el cielo y comprendió lo que había ocurrido. "Volvió la mirada hacia Sodoma y Gomorra, y hacia toda la llanura, y vio que de la tierra subía humo, como de un horno".

Quizá haya preguntado si se había salvado alguien de ese infierno. Pensó que debía haber menos de diez justos allí, o de lo contrario, eso nunca hubiera ocurrido. Pero ¿cuántos? Él no podía saberlo, pero eran solo tres: Lot y dos de sus hijas. Porque la esposa de Lot, que todavía tenía su corazón en Sodoma, desobedeció el mandato de no mirar hacia atrás y murió en el instante. La Biblia dice que ella "se quedó convertida en estatua de sal".

Ahora estas tres personas aterrorizadas huían por sus vidas, subiendo la ladera de la montaña, en medio de una densa nube de humo sulfuroso y caliente, como únicos sobrevivientes en toda esa región que una vez había sido tan hermosa.

Todos los demás habían perdido la vida. Todo lo que una vez habían poseído y amado había sido destruido: las ciudades, los árboles, los hermosos campos de pastoreo, todo lo que una vez le había parecido tan bueno a Lot, induciéndolo a escogerlo egoís-

tamente para sí. No quedó nada, sino gran campo quemado. Aún hoy, miles de años después, toda esa región es un desierto y el sitio en que estaba Sodoma permanece cubierto por el Mar Muerto.

De manera que Lot, que una vez quiso adueñarse de lo mejor, finalmente se encontró sin nada. Había perdido su hogar, su esposa, sus hijos y sus nietos, sus graneros y sus animales; todo, excepto sus dos hijas, a quienes los ángeles habían salvado juntamente con él.

"Vivió con ellas en una cueva".

Esto es lo último que se dice de Lot. ¡Qué triste fin de un viaje que comenzó con tanta felicidad y esperanza en Ur de los caldeos! ¡Qué lecciones encierra para nosotros hoy! En verdad, nunca vale la pena ser egoísta y escoger lo mejor para nosotros. ¡Y qué peligroso es jugar con el mal y mudarse a Sodoma!

La mayor prueba de amor

(Génesis 21:2-20; 22:1-18)

TAL cuán viejo era Abraham cuando llegó su hijo durante tanto tiempo prometido? Tenía cien años, y ¡cuán feliz se debe haber sentido de tener finalmente un hijo! Él y Sara miraban ese pequeñito maravillados y deleitados.

Sara se sentía tan feliz, que dijo:

–"Dios me ha hecho reír, y todos los que se enteren de que he tenido un hijo, se reirán conmigo".

Cuando Isaac tenía unos 3 años, el anciano Abraham hizo una gran fiesta e invitó a todos los amigos y vecinos para venir y ver al niño. ¡Cuán orgulloso se sentía! ¡Y cuánto habrán gozado él y Sara al mostrarlo a todos! Casi puedo escuchar a Abraham decir, vez tras vez: "Este es el bebé que Dios nos prometió cuando salimos de Ur hace veinticinco años. Este es nuestro primer granito de polvo, nuestra primera estrellita".

Pero no todos estaban tan felices en el campamento. Agar sabía que, ahora que había llegado Isaac , su hijo Ismael, que

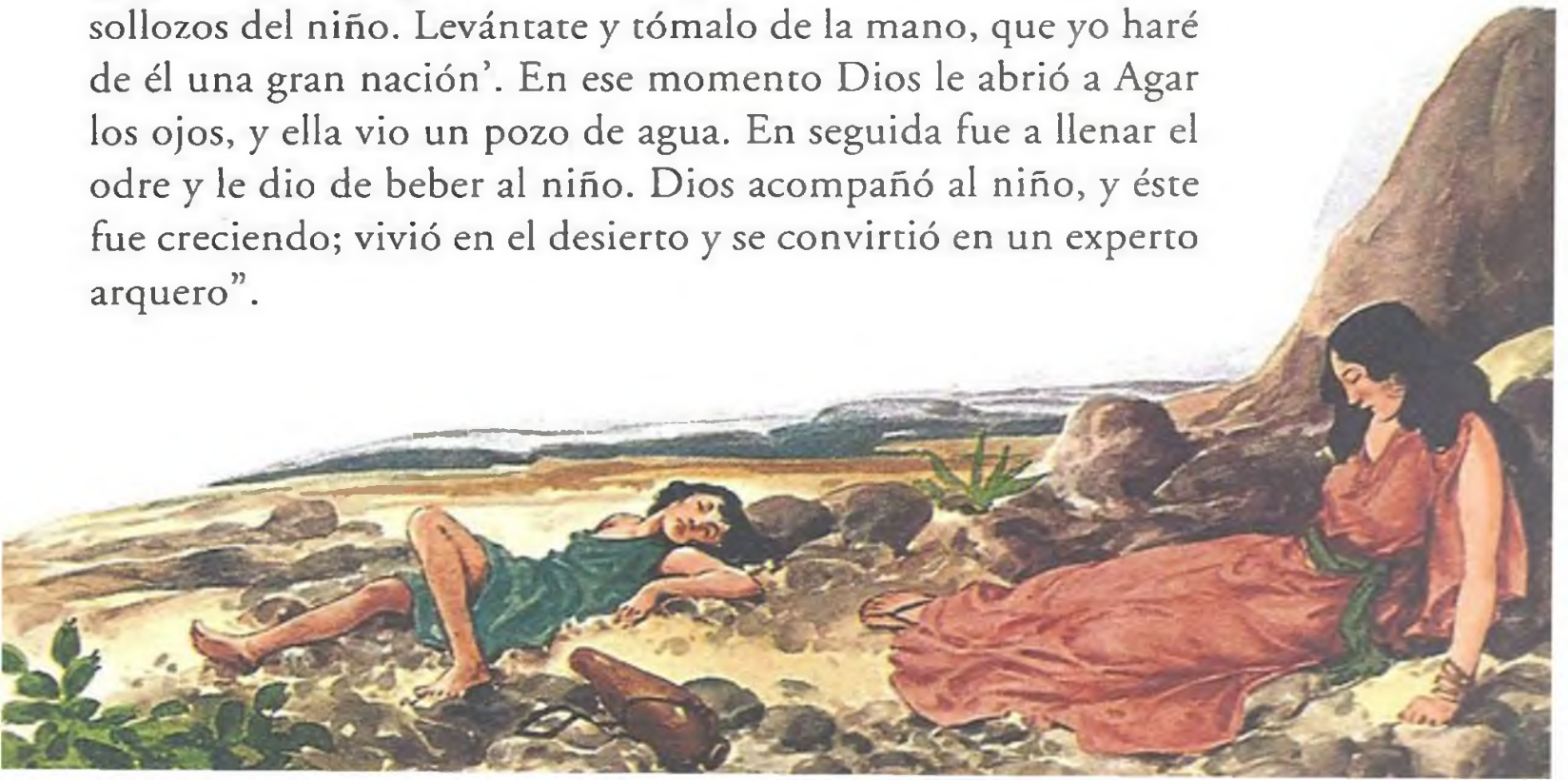
tenía catorce años, no tendría jamás la oportunidad de convertirse en el heredero de Abraham. Movida por los celos, se burló de Sara y de su bebé. Ismael hizo lo mismo. Finalmente, Sara se enojó tanto, que le pidió a Abraham que los expulsara del campamento.

Sin querer parecer rudo, Abraham habló del problema con Dios, y Dios le dijo que sería mejor que los dejara ir, pero que no se angustiara, porque él cuidaría de ellos.

A la mañana siguiente, tempranito, Abraham se despidió de Agar e Ismael, dándoles de alimento y agua para el viaje. Debe haber sido una partida dolorosa, y puedo imaginarme que los ojos del anciano se llenaron de lágrimas mientras el niño y su madre se alejaban y desaparecían en la distancia.

Pero el cántaro de agua no fue suficiente y, cuando quedó vacío, tanto Agar como Ismael estuvieron a punto de morirse de sed. El muchacho se desmayó por el calor del desierto, y Agar comenzó a llorar. Pero Dios mantuvo su promesa y cuidó de ellos.

"El ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: '¿Qué te pasa, Agar? No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño. Levántate y tómalo de la mano, que yo haré de él una gran nación'. En ese momento Dios le abrió a Agar los ojos, y ella vio un pozo de agua. En seguida fue a llenar el odre y le dio de beber al niño. Dios acompañó al niño, y éste fue creciendo; vivió en el desierto y se convirtió en un experto arquero".



Mientras tanto, en el campamento, la vida giraba alrededor del nuevo bebé. Todos los ojos se volvían a él.

Abraham y Sara no podían pensar en ninguna otra cosa. ¡Cuánto amaban a ese niño! Lo habían esperado tanto tiempo, y les parecía que nunca podrían hacer lo suficiente para demostrarle su afecto.

Y Dios también lo amaba, porque Isaac constituía un importante eslabón en la cadena de su plan de salvación. Jesús, la Simiente de la mujer, que aplastaría la cabeza de la serpiente, sería descendiente de Isaac y de sus hijos.

Pero súbitamente, por una razón que le debe haber sido muy difícil de entender a Abraham, Dios le pidió que ofreciera a Isaac en sacrificio: que lo matara como a un cordero, como a un cabrito, o como a un becerro, ¡y que lo quemara sobre el altar!

Esto debe haber conmocionado al anciano.

Allí estaba el muchacho, a punto de entrar en la adultez, el gozo del corazón de sus padres y el orgullo de todo el campamento, y ahora Dios le decía: "Toma a tu hijo, el único que tienes y al que tanto amas, y ve a la región de Moria. Una vez allí, ofrécelo como holocausto en el monte que yo te indicaré".

¡Pobre Abraham! Es probable que un hombre jamás haya tenido que enfrentar una prueba mayor de fe y amor. Después de esperar a este niño durante muchos años, y después de decirles a todos sus amigos y sus siervos que era el niño del milagro que Dios les había prometido, y después de amarlo con

todo el afecto que un anciano es capaz de sentir por su hijo único, ¡ahora se le pedía que lo colocara sobre el altar y lo sacrificara!

"¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?", debe haberse preguntado Abraham vez tras vez. Seguramente, se había confundido. Era indudable que no había oído bien a Dios. No era posible que el Señor le pidiera a alguien que hiciera semejante cosa.

Pero Abraham sabía que Dios le había hablado y, aunque no entendía la orden, decidió obedecerla. Tenía la seguridad en su corazón de que el que lo había llamado a salir de Ur de los caldeos, y lo había cuidado durante todas sus jornadas y cumplido su promesa concediéndole un hijo, no le pediría que hiciera un sacrificio semejante sin tener una buena razón.

De manera que, voluntariamente, pero con un corazón acongojado, "se levantó de madrugada y ensilló su asno. También cortó leña para el holocausto y, junto con dos de sus criados y su hijo Isaac, se encaminó hacia el lugar que Dios le había indicado".

Viajaron todo ese día, y todo el día siguiente. Abraham e Isaac iban juntos , con los dos siervos que los seguían, preguntándose qué significaría todo aquello.

¡Qué viaje triste fue ese! Debe haber sido casi más de lo que Abraham podía soportar.

Con cada paso que daba, su corazón se angustiaba más y más, y me atrevo a decir que apenas podía mirar a Isaac sin tener deseos de llorar.

¿De qué hablaban? Nadie lo sabe y, sin embargo, podemos estar seguros de que se trataban con gran ternura; Isaac embargado de amor y consideración hacia su padre anciano, y Abraham intensamente conmovido por lo que Dios esperaba que hiciera al día siguiente con su propio hijo.

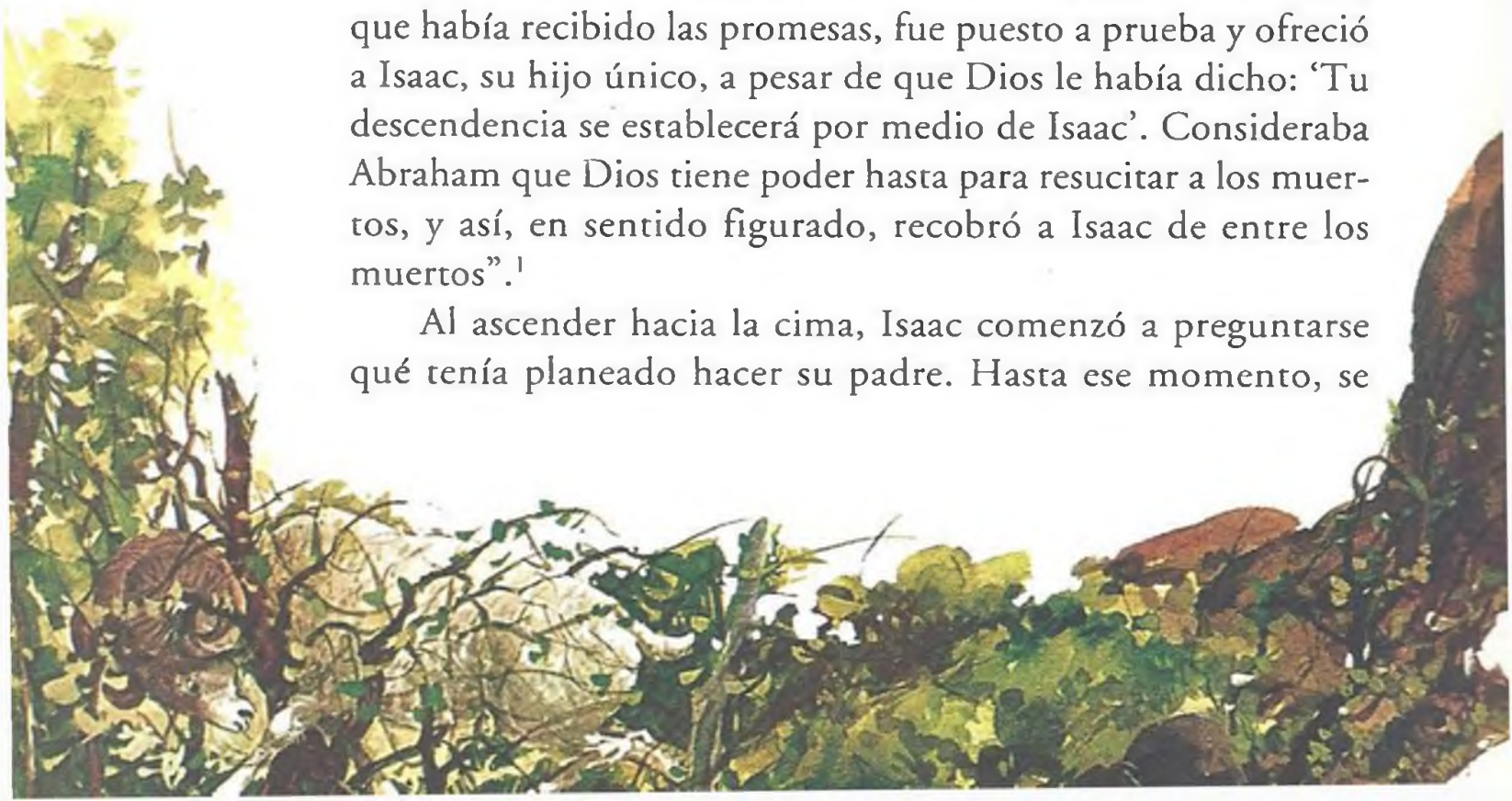
"Al tercer día, Abraham alzó los ojos y a lo lejos vio el lugar. Entonces le dijo a sus criados:

–"Quédense aquí con el asno. El muchacho y yo seguiremos adelante para adorar a Dios, y luego regresaremos junto a ustedes".

"Regresaremos junto a ustedes". ¡Cuánta esperanza encerraban esas palabras! No obstante, ¿sucedería? Si él obedecía a Dios y sacrificaba a su hijo, ¿cómo podrían ambos volver? A menos que... ¿podría suceder?... A menos que Dios tuviera planeado otro milagro aún mayor en su favor. Nunca antes había sucedido tal cosa, pero sí, ¡Dios podía realizarlo! ¿No había dicho que nada era demasiado difícil para él? Entonces, quizá hasta sería posible que levantara a Isaac de los muertos.

Así leemos en el libro de Hebreos: "Por la fe Abraham, que había recibido las promesas, fue puesto a prueba y ofreció a Isaac, su hijo único, a pesar de que Dios le había dicho: 'Tu descendencia se establecerá por medio de Isaac'. Consideraba Abraham que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos, y así, en sentido figurado, recobró a Isaac de entre los muertos".[1]

Al ascender hacia la cima, Isaac comenzó a preguntarse qué tenía planeado hacer su padre. Hasta ese momento, se



había sentido muy orgulloso y feliz de estar solo con él para construir un nuevo altar a Dios; pero ahora, al tomar nota de las cosas que llevaba, de repente se dio cuenta de que algo faltaba.

No había ningún animal para el sacrificio. Habían viajado toda esa larga jornada en vano. ¡Se habían olvidado de lo más importante!

–"¡Padre!... Aquí tenemos el fuego y la leña –continuó Isaac–; pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?"

¡Había llegado el momento que Abraham más temía! Debía decirle a Isaac la espantosa verdad... pero todavía no; esperaría hasta el último momento.

De manera que Abraham respondió –y casi podemos escuchar el temblor en su voz–:

–"El cordero, hijo mío, lo proveerá Dios".

Estas palabras decían mucho más de lo que él se daba cuenta. En cierto sentido, fueron proféticas. Porque mucho después, en el futuro, Dios haría precisamente eso, no solo para Abraham, sino para cada ser humano. Él proveería un Cordero que habría de morir en el Calvario, Jesús, "¡Aquí tie-

nen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!"[2]

Y así caminaron juntos, con paso lento, y pesado, hasta que por fin llegaron al lugar que Dios indicó, y "Abraham construyó un altar y preparó la leña".

Si alguna vez se acercaron el cielo y la tierra, fue en ese instante.

Allí estaba Abraham, de pie ante el altar, con las lágrimas que corrían por sus mejillas, cuando lanzó una última mirada al hijo al que amaba tan tiernamente; y allí estaba Dios a su lado, velando con infinita ansiedad, preguntándose si su siervo fiel podría hacer un sacrificio tan enorme sin chistar, sin pronunciar una sola palabra de queja.

Abraham, ¿soportaría la terrible prueba? ¿Podría hacerlo hasta su amargo fin antes que desobedecer a Dios?

Y tomó Abraham "el cuchillo para sacrificar a su hijo".

Isaac cerró sus ojos, aguardando el golpe fatal. El cuchillo resplandeció a la luz de la mañana. Pero nunca lo tocó. Repentinamente, el silencio de la cima del monte fue interrumpido por el sonido de una voz fuerte, apremiante, imperativa, como si Dios mismo estuviera ahora conmovido.

–"¡Abraham! ¡Abraham!... No pongas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas ningún daño".

La voz llegó justo a tiempo.

Un solo instante más y todo se habría terminado.

Ahora, el cuchillo que podría haberlo matado cortó las ligaduras que ataban al muchacho y lo dejó en libertad.

¡Con cuánto amor se habrán abrazado padre e hijo, mudos

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Dios honró la fe de Abraham al restaurar a su hijo Isaac del altar del sacrificio. Entonces, los dos se abrazaron tiernamente y alabaron a Dios desde lo más hondo de su corazón.

de gozo ante esta revelación asombrosa! ¡Y cuánto se habrá agradado Dios de ambos por su amor y devoción hacia él!

Dijo la voz nuevamente:

–"Sé que temes a Dios, porque ni siquiera te has negado a darme a tu único hijo".

Entonces, se escuchó nuevamente la voz, porque Dios todavía estaba cerca, feliz de saber que había un hombre que lo amaba con todo su corazón que, a su mandato, estaba dispuesto a entregarle su tesoro más preciado: su propio hijo, la alegría de su corazón.

Y la voz dijo:

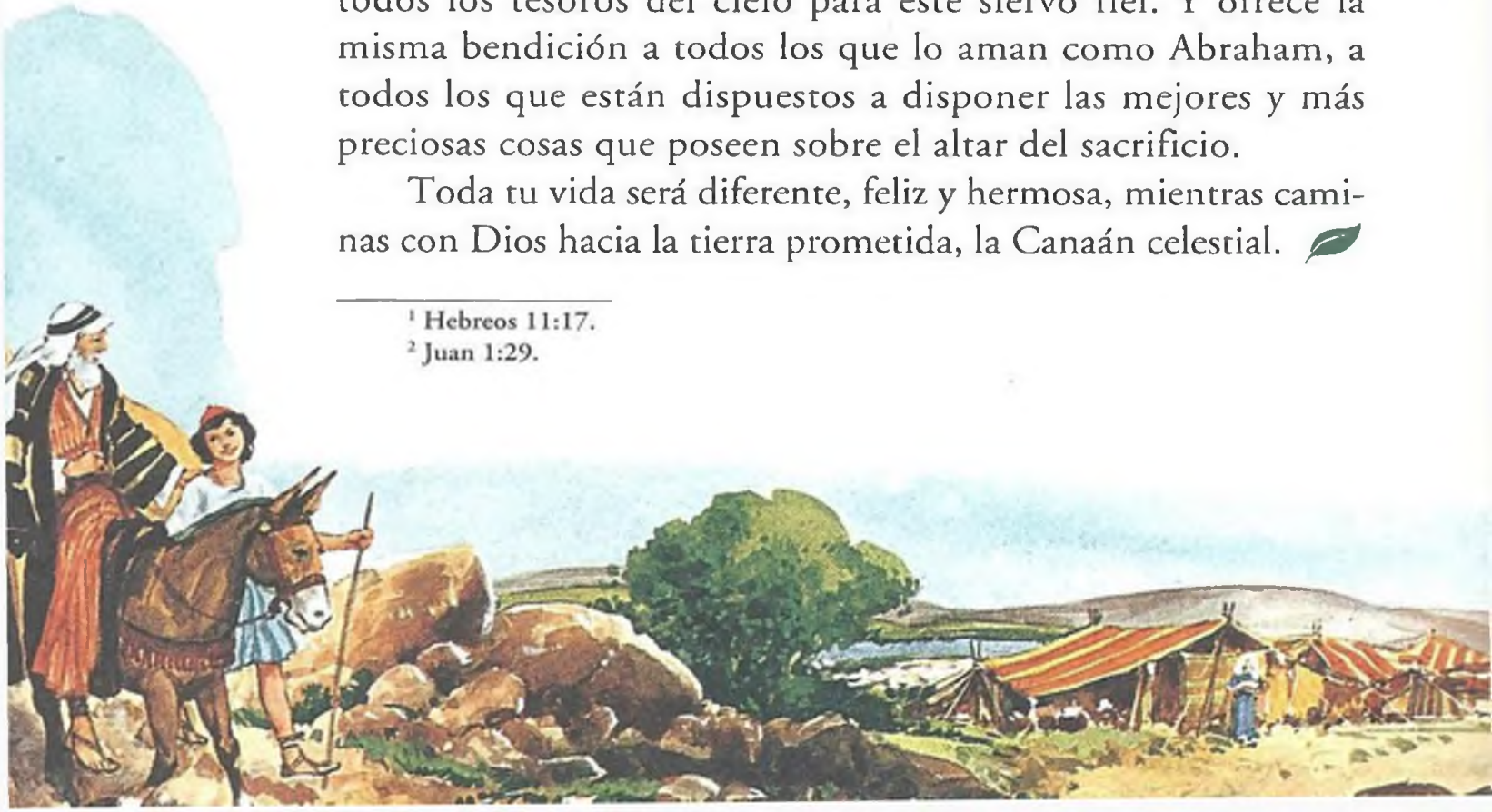
–"Juro por mí mismo –afirma el Señor– que te bendeciré en gran manera, y que multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena del mar. Además, tus descendientes conquistarán las ciudades de sus enemigos. Puesto que me has obedecido, todas las naciones del mundo serán bendecidas por medio de tu descendencia".

¡Qué promesa tan maravillosa! Al expresar esto, Dios abrió todos los tesoros del cielo para este siervo fiel. Y ofrece la misma bendición a todos los que lo aman como Abraham, a todos los que están dispuestos a disponer las mejores y más preciosas cosas que poseen sobre el altar del sacrificio.

Toda tu vida será diferente, feliz y hermosa, mientras caminas con Dios hacia la tierra prometida, la Canaán celestial.

---

[1] Hebreos 11:17.
[2] Juan 1:29.



Buscando una esposa para Isaac

(Génesis 22:19-24; 23; 24:1-14)

DEBE haber sido muy feliz el viaje que hicieron Abraham e Isaac de regreso del monte Moria a Berseba, donde se hallaba situado su campamento. Padre e hijo se sintieron más cerca que nunca, y ambos estaban contentos al saber que Dios se había agradado de ellos.

Al llegar a su casa, encontraron que los aguardaban noticias interesantes con respecto a Najor, hermano de Abraham. Dado que en esos días no había servicio postal, la llegada de un mensajero era un acontecimiento importante. El mensajero relató que Najor tenía doce hijos, uno de los que se llamaba Uz, y el otro Buz. ¡Qué nombres! Otro de ellos se llamaba Betuel, y tenía una hija que se llamaba Rebeca. En ese momento, ese nombre no significaba mucho para Abraham. Ella no era más que otra sobrina nieta suya. Pero algún día, iba a desempeñar un papel muy importante, tanto para él como para su precioso Isaac.

Lo que más le preocupaba ahora a Abraham era Sara. Ya tenía 127 años, y sus fuerzas declinaban rápidamente. Se dio cuenta de

que ella no viviría mucho más.

Cierto día, la querida anciana falleció, y su muerte sumió a todo el campamento en profunda tristeza. Puedes imaginarte cuán solo se sintió Abraham, y también Isaac porque, al ser hijo único, su madre había significado mucho para él.

Después que Sara fue sepultada en la cueva de Macpela, Abraham comenzó a preocuparse por el futuro de Isaac. El muchacho ya tenía edad suficiente para casarse, pero ¿con quién? No podía hacerlo con la hija de uno de sus siervos, ¡no en aquellos días! Y por supuesto, no debía casarse con una de las hijas de los paganos de Canaán, porque ella podría apartarlo del Dios verdadero.

¿Qué podría hacerse al respecto? El asunto revestía una gran importancia, porque Isaac era el heredero único de las riquezas de Abraham, y el hijo por el que se cumpliría la promesa de Dios. Y allí estaba, sin esposa, y sin posibilidades reales de encontrar una.

Mientras Abraham pensaba en ello, recordó a su hermano Najor, el hombre que tenía doce hijos y muchos nietos. Tal vez una de sus nietas fuera una buena posibilidad. El mensajero, ¿no había mencionado a una de ellas? ¿Cómo era que se llamaba? Rebeca. Sí. Esa era. Rebeca. Bueno, al menos podrían intentarlo.

Así que Abraham llamó a Eliezer, su siervo de confianza, y le comunicó su plan. "Irás a mi tierra, donde vive mi familia, y de allí le escogerás una esposa".

Eso implicaba un largo viaje de unos 800 kilómetros, pues requería volver a Mesopotamia. Además, Eliezer comenzó a preocuparse:

–¿Y si ella no quiere venir conmigo? –preguntó–. ¿Qué haré en

ese caso? ¿Llevaré a Isaac para allá?

–¡No! –dijo Abraham–. Nunca harás algo así. De ninguna manera irás allá con mi hijo.

Abraham temía que, si Isaac volvía a su antiguo hogar, podría olvidar todo lo que Abraham le había dicho acerca de la maravillosa conducción de Dios, y de sus planes y sus promesas para el futuro. Antes de que eso ocurriera, Abraham estaba dispuesto a que Eliezer fracasara en su misión y volviera solo.

Claro que, si Isaac hubiera sido como algunos de los jóvenes de hoy, indudablemente habría insistido en acompañar a Eliezer y escoger por sí mismo; pero en aquellos días eso no hubiera sido correcto. Por supuesto, no es improbable que le haya dicho en privado a Eliezer la clase de joven que le gustaría tener como esposa.

La historia de cómo el anciano y fiel siervo encontró a la niña adecuada, la niña de corazón bondadoso, es una de las más hermosas de la Biblia.

Con diez camellos, Eliezer preparó una verdadera caravana; porque además de tener que recorrer un largo camino, deseaba también dar una buena impresión ante la joven, si tenía la suerte de encontrar una.

Mientras viajaba, día tras día, se preguntó muchas veces cómo se daría cuenta, cuando llegara a su destino, cuál sería la niña más apropiada. Supongamos, pensaba, que las nietas de Najor fueran todas igualmente agradables. ¿Qué haría en ese caso? Y lo que más lo aterraba era traer la que no correspondía, ¡una que no le gustara a Isaac! No era tarea fácil encontrar una esposa para otro.

Cierto atardecer, Eliezer llegó a Jarán, la ciudad donde vivía Najor. Con calor y cansado, se dirigió al pozo que estaba en las afueras de la puerta de la ciudad e hizo arrodillar a sus camellos listos para ser abrevados. Entonces, esperó y vigiló, porque se le ocurrió que esa era la hora del día en que era más probable que las jóvenes de la ciudad fueran al pozo para sacar agua para sí mismas y sus animales. Si así fuera, a él se le presentaría una magnífica oportunidad para observarlas antes de que descubrieran quién era o por qué había venido.

Pero todavía le preocupaba la idea de cómo elegiría a la joven correcta. Si elegía a la más hermosa, quizá descubriría luego que era orgullosa y egoísta. Si elegía a la que iba mejor vestida, quizá, demasiado tarde, hallaría que era mundana e infiel a Dios.

¡Qué problema! ¿Qué iba a hacer un pobre hombre? ¡Cuán fácil sería cometer un error!

La puerta de la ciudad se abrió y comenzaron a salir algunas jóvenes, con los cántaros de agua sobre sus hombros. ¿Alguna de ellas

sería la indicada para Isaac?

Mientras las jóvenes se acercaban, elevó una ferviente oración a Dios en busca de ayuda. "Señor, Dios de mi amo Abraham, te ruego que hoy me vaya bien, y que demuestres el amor que le tienes a mi amo".

Entonces, sugirió una prueba sencilla:

"Aquí me tienes, a la espera junto a la fuente, mientras las jóvenes de esta ciudad vienen a sacar agua. Permite que la joven a quien le diga: 'Por favor, baje usted su cántaro para que tome yo un poco de agua', y que me conteste: 'Tome usted, y además les daré agua a sus camellos', sea la que tú has elegido para tu siervo Isaac. Así estaré seguro de que tú has demostrado el amor que le tienes a mi amo' ".

Esta prueba, como notarás, no se basaba en la belleza de la niña, sino en la bondad de su corazón. A Eliezer no le interesaban sus ropas ni su maquillaje, sino su preocupación por los demás.

¿Había alguna jovencita en el grupo que se movía hacia él que se desviaría de su camino para ayudar a un extranjero? A Eliezer no le costó demasiado encontrarla.

La niña de corazón bondadoso

(Génesis 24:15-66)

A MEDIDA que el grupo de jovencitas se acerca al pozo con sus cántaros, Eliezer observa cuidadosamente. Se pregunta si alguna de ellas hará lo que él sugirió. Algunas son sencillas y otras de buen aspecto. Algunas son alegres, y otras se ven tristes. Algunas notan al extranjero con los camellos y se ríen de él; otras, le dan la espalda y lo ignoran.

Entonces, una de ellas, más hermosa que el resto, se acerca al pozo y llena su cántaro de agua.

Sintiéndose impresionado a dirigirle la palabra, Eliezer le dice:

–"¿Podría usted darme un poco de agua de su cántaro?"

La niña contesta:

–"Sírvase, mi señor".

Y tomando el cántaro que tenía sobre sus hombros, le ofreció de beber.

–"Voy también a sacar agua para que sus camellos beban todo lo que quieran" –añade.

Con la mayor prisa, la joven vació su cántaro en la pila y corrió de nuevo al pozo para sacar agua para todos los camellos.

Cuánta agua bebieron estos diez camellos, no lo sabemos; aun-

que estoy seguro de que debe haber significado mucho trabajo para esta niña sacar el agua y llevarla hasta la pila, pero ella lo hizo feliz y voluntariamente.

Mientras tanto, Eliezer observaba con admiración creciente, sintiéndose cada vez más seguro de que esa era la joven que él buscaba.

Y entonces, ¡qué sorpresa se llevó ella! Porque en ese momento Eliezer, abriendo una de sus bolsas, tomó algunos hermosos adornos de oro y plata y se los obsequió. Casi la puedo oír gritando de sorpresa: "¿Para mí? Yo no esperaba que me pagara por ayudarlo, señor, pero ¡son tan hermosos!"

Eliezer sonríe y le pregunta:

–"¿Podría usted decirme de quién es hija, y si habrá lugar en la casa de su padre para hospedarnos?"

–"Soy hija de Betuel, el hijo de Milca y Najor –respondió ella, a lo que agregó–: No sólo tenemos lugar para ustedes, sino que también tenemos paja y forraje en abundancia para los camellos".

¡Así que esta es Rebeca! Precisamente la niña que tanto había

deseado ver. ¡Pensar que ella había sido la que había abrevado sus camellos!

Casi aturdido por su buena suerte, Eliezer cae sobre sus rodillas y levanta sus manos a Dios. "Bendito sea el Señor, el Dios de mi amo Abraham, que no ha dejado de manifestarle su amor y fidelidad, y que a mí me ha guiado a la casa de sus parientes".

Al ver al extraño de rodillas, orando al Dios del cielo, Rebeca se vuelve y corre hacia su casa. La primera persona que encuentra es su hermano Labán, quien, como lo haría cualquier hermano, inmediatamente repara en las costosas joyas que ella lleva.

–¿Dónde conseguiste esto? –le pregunta.

–Un hombre me las dio. Junto al pozo. Ven a verlo.

Entonces, ella cuenta todo lo ocurrido, y cómo el extraño ha viajado desde la casa de Abraham, que está allá en la tierra de Canaán.

Ahora Labán se apresura a ir hasta el pozo para comprobar si lo que su hermana le ha contado es realmente cierto. Al ver a Eliezer, todas sus dudas se desvanecen, y dice:

–"¡Ven, bendito del Señor! –le dijo–. ¿Por qué te quedas afuera? ¡Ya he preparado la casa y un lugar para los camellos!"

Los siervos se apresuraron a servirle de comer y de beber, pero Eliezer no quiso probar bocado hasta contar su historia. En primer lugar, habló acerca de Abraham, y de cómo Dios lo había bendecido ricamente. Luego, les explicó la misión que le había encargado su amo de hallar una esposa para Isaac. A continuación, les contó de su oración junto al pozo y, finalmente, cómo el acto bondadoso de Rebeca lo había impresionado tan gratamente.

Mientras Rebeca escuchaba, sus mejillas se ruborizaron. El co-

razón le saltaba dentro del pecho. ¡Eso era demasiado maravilloso! ¡Pensar que ella podría convertirse en la esposa del hijo único de Abraham, del gran Abraham, de cuyas riquezas y piedad ella había oído hablar desde su infancia!

Cuando Eliezer termina su historia, Betuel y Labán están seguros de que Dios ha dirigido todo lo que ha ocurrido.

–"Sin duda todo esto proviene del Señor –dijeron–. Aquí está Rebeca; tómela usted y llévesela para que sea la esposa del hijo de su amo, tal como el Señor lo ha dispuesto".

Entonces, todos los ojos se vuelven a Rebeca, porque ella tiene que decir algo al respecto.

–¿Quieres partir luego con este hombre? –le preguntaron.

–Iré –respondió ella.

Y así lo hizo. A la mañana siguiente, la caravana de Eliezer partió de regreso a Canaán, con Rebeca sentada en uno de los camellos, todavía maravillada por la extraordinaria buena suerte que le había tocado de manera tan repentina.

Es probable que ella nunca se haya dado cuenta, pero ¡cuánto dependió todo de ese acto bondadoso que ella realizó con un extraño! ¡De qué gran bendición y felicidad se hubiera privado si aquella tarde hubiera estado malhumorada y quejosa! Todo el futuro –para sí misma, para sus hijos y los hijos de sus hijos, y su parte en el gran plan de salvación divino– dependió de su conducta en aquel momento. No se puede medir el alcance que puede tener una sonrisa o una palabra amigable.

Mientras tanto, alguien en Canaán aguardaba ansiosamente la llegada de la caravana. Seguramente era Abraham; pero más que todo era Isaac, el pobre y solitario Isaac, que nunca dejó de pensar en ella. Día tras día, oraba a Dios para que ayudara a Eliezer a en-

contrar a alguien a quien él pudiera amar con todo su corazón.

Entonces, cierto día, cuando Isaac "había salido a orar en el campo al caer la tarde... alzando la vista, miró, y he aquí que venían unos camellos".

¡Los camellos! ¡Cómo había esperado esos camellos!

Los contó. Eran diez. Estaba seguro de que se trataba de la caravana de Eliezer. La escudriñó de punta a punta, en busca de un rostro femenino. Le pareció ver uno, y se apresuró a ir a su encuentro.

Mientras tanto –cosa rara–, Rebeca también aguzaba los ojos, llena de curiosidad. Cuando la caravana se acercó al campamento, le dijo a Eliezer:

–"¿Quién es aquel hombre que viene por el campo a nuestro encuentro?"

Él se lo dijo y... bueno, eso fue amor a primera vista. Y cuando "el criado le contó a Isaac todo lo que había hecho", Isaac no tuvo ninguna duda de que esa era la joven que Dios había elegido para él.

Entonces, él hizo una cosa muy linda. La "llevó... a la carpa de Sara, su madre", y allí le contó a su futura esposa todas las dulces memorias que evocaba ese lugar para él.

Después, "la tomó por esposa. Isaac amó a Rebeca, y así se consoló de la muerte de su madre".

El muchacho amigable

(Génesis 25:7-11; 26:17-24)

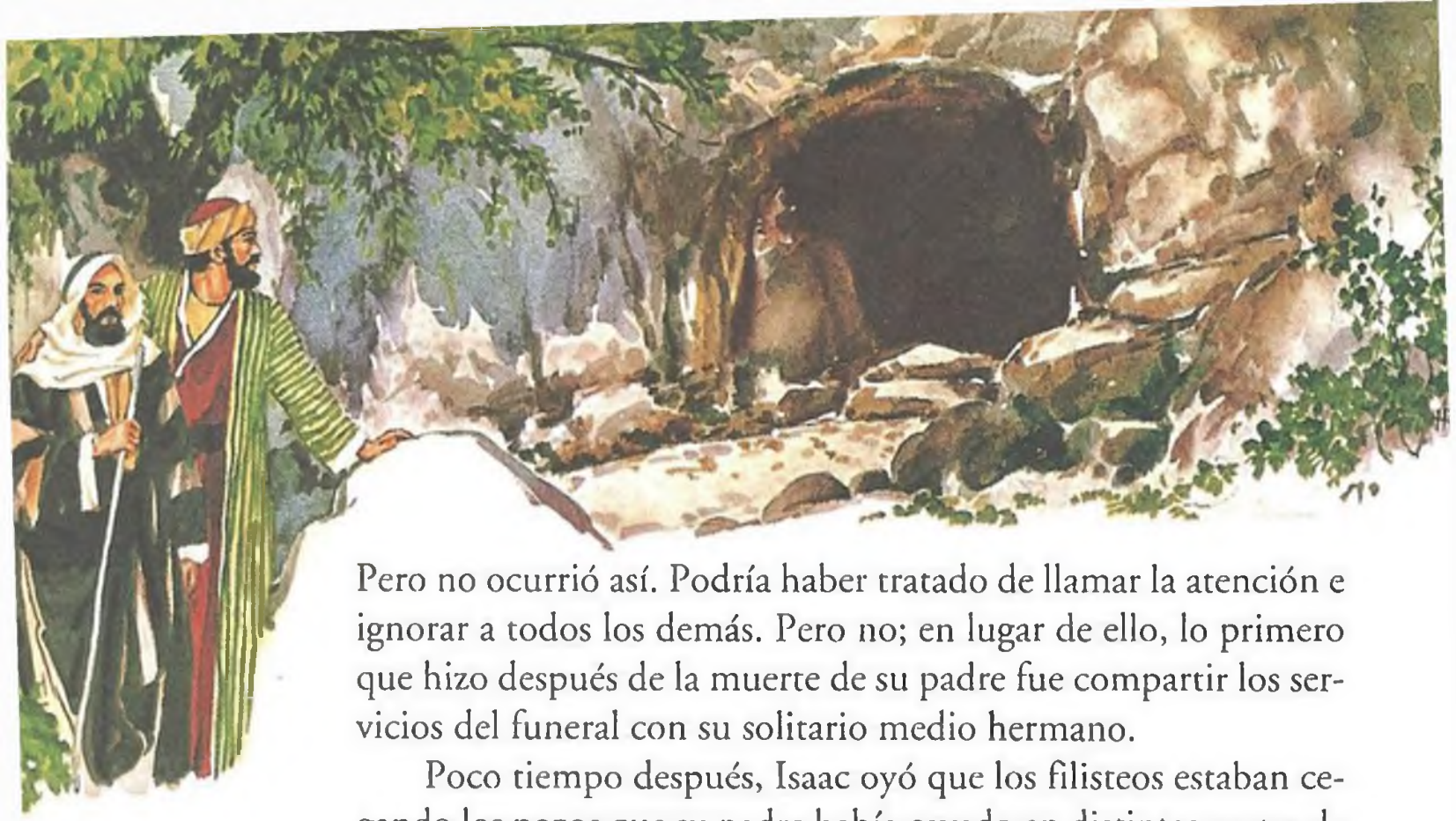
SI Rebeca era la niña de corazón bondadoso, Isaac era el muchacho amigable. Siempre pensaba en otros, y en cómo podría ayudarlos. Nada parecía contrariarlo jamás.

¿Recuerdas cómo se condujo en el monte Moria, cuando su padre le explicó que Dios quería que fuera ofrecido en sacrificio y cuánto se lamentó por la muerte de su madre, y cuán feliz se sintió cuando vio a Rebeca? Todo eso reveló la dulce bondad de su carácter.

Durante los años siguientes, ese mismo hermoso rasgo de carácter resplandeció repetidas veces en su vida.

Cuando Abraham falleció a los 175 años, ¿qué crees que hizo Isaac? Envió a buscar a Ismael, a quien Abraham había separado del campamento hacía muchos años antes, y juntos sepultaron a su padre en la cueva de Macpela, donde descansaba Sara.

Solamente alguien que poseyera una verdadera grandeza hubiera pensado en hacer eso. Isaac había sido nombrado heredero único de las incontables posesiones de Abraham, y fácilmente podría haberlo convertido en un hombre orgulloso y egoísta.



Pero no ocurrió así. Podría haber tratado de llamar la atención e ignorar a todos los demás. Pero no; en lugar de ello, lo primero que hizo después de la muerte de su padre fue compartir los servicios del funeral con su solitario medio hermano.

Poco tiempo después, Isaac oyó que los filisteos estaban cegando los pozos que su padre había cavado en distintas partes de la región. Esas noticias hubieran indignado a la mayoría de los hombres, porque en aquellos días, y en aquella región, los pozos eran de gran importancia por ser la única fuente de agua para el ganado.

Sin duda, mientras Abraham vivía, los filisteos habrán envidiado sus enormes manadas de vacas y sus numerosos rebaños de ovejas y cabras. Y cuando oyeron decir que había muerto, probablemente se dijeron: "Ahora es nuestra oportunidad de apoderarnos de su campo. Ceguemos sus pozos y arreemos su animales. No nos preocupa la reacción de su heredero. Él no es un hombre fuerte como su padre".

Pero en Isaac encontraron una nueva clase de fortaleza. Él no intentó pelear con ellos, como ellos esperaban. En su lugar, se mostró amigable. Y ellos no sabían cómo combatir contra eso.

Al llegar un día al valle de Guerar, los siervos de Isaac le informaron a su amo que todos los pozos que Abraham había cavado habían sido cegados.

En lugar de enojarse, como muchos lo hubieran hecho, Isaac sencillamente dijo: "Muy bien, cávenlos de nuevo".

De manera que los siervos, tranquilamente, se pusieron a trabajar y reabrieron los pozos. No obstante, ni bien terminaron, los pastores locales se reunieron y trataron de pelear.

–Estas aguas son nuestras –gritaron.

–Muy bien –dijo Isaac–. No peleemos por esto.

Y ordenó a sus siervos que se apartaran un poco y cavaran otro pozo. Pero apenas habían encontrado agua en este nuevo pozo, cuando las mismas personas que habían hecho un alboroto acerca del primero, llegaron corriendo y gritando:

–¡Esta agua también es nuestra!

Esa situación debe haber sido muy difícil para Isaac y sus siervos. Cavar un pozo no resulta una tarea fácil, y en ese clima cálido, debe haber sido un trabajo muy arduo. Que alguien se haya intentado apoderar de lo que tanto les había costado encontrar, hubiera sido motivo suficiente de pelea para la mayoría de los hombres.

Pero no para Isaac.

–"Pueden quedarse con él –dijo–. Iremos a otra parte y volveremos a cavar".

Y eso fue precisamente lo que hizo: La Biblia dice: "Entonces Isaac se fue de allí y cavó otro pozo, pero esta vez no hubo ninguna disputa. A este pozo lo llamó Espacios libres, y dijo: 'El Señor nos ha dado espacio para que prosperemos en esta región' ".

Y en verdad que el Señor hizo lugar para Isaac, pero lo hizo mediante el espíritu bondadoso y pacífico que él manifestó hacia

los que se le oponían. Sus enemigos, sencillamente, no podían combatir contra un hombre como ese. Así fue que él obtuvo la victoria al ser paciente y bondadoso, y al proceder de esa forma, hizo amigos en lugar de enemigos.

En esa misma noche, el Señor se le apareció y le dijo: "Yo soy el Dios de tu padre Abraham. No temas, que yo estoy contigo. Por amor a mi siervo Abraham, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia".

Era como si Dios le estuviera diciendo: "Estoy muy complacido por la forma en que actuaste en este asunto de los pozos. Te amo por causa de ello. Ese es el espíritu que yo quiero ver en todos mis hijos. Nunca temas hacer lo recto. Recuerda, yo estoy siempre contigo, y te voy a bendecir, como se lo prometí a tu padre Abraham".

Esto es algo que debemos recordar cuando otros nos tratan de forma agresiva y desconsiderada. Si buscamos tratarlos con bondad y mansedumbre, agradaremos a Dios tal como lo hizo Isaac, y las bendiciones que le prometió a él serán también nuestras.

Sabemos que eso es verdad por lo que Jesús dijo un día: "Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen, para que sean hijos de su Padre que está en el cielo".*

Si tan solo cada niño y cada niña tuvieran un corazón bondadoso y un espíritu amigable como Isaac y Rebeca, ¡qué lugar feliz para vivir sería este mundo!

* Mateo 5:44, 45.

1

Arthur S. Maxwell ha escrito la colección más precisa y completa de las historias bíblicas disponibles para niños.

Este tomo, el primero de diez, comienza con el primer capítulo y versículo de la Biblia y continúa hasta el capítulo 24 del Génesis. Leerás acerca del primer encuentro maravilloso entre el hombre y su Creador, los emocionantes acontecimientos del diluvio y la fe heroica de Abraham.

La ilustración de la portada es de Harry Anderson